Prescripción Para Vivir

Rúhíyyih Rabbani

Amatu'l-Bahá Rúhíyyih Khánum (1910-2000)

Título original en ingles

Prescription for Living

Traducido a castellano por:

Dr. Alejando Reíd

1981

****

Deseo agradecer la bondadosa ayuda de mis amigos, Dr. Stanwood Cobb de Chevy Chase, Maryland, y del Sr. y Sra. David Hofman de Oxford, Inglaterra, sin cuyo consejo y estimulo este libro no habría visto la luz.

Rúhíyyih Rabbani

****

A

MAY BOLLES MAXWELL

Quien me dio la dádiva de la vida,

Pero mejor aún, la amada madre de

Mi alma.

Rúhíyyih Rabbani

Contenido

Capítulo		*Página*
	Prefacio	05
I.	El Mal Está en Nosotros	08
II.	La Doble Naturaleza de Hombre	15
III.	El Camino a la Felicidad	26
IV.	Amor y Matrimonio	43
V.	La Muerte	52
VI.	Trabajo	60
VII.	El Hábito	68
VIII.	Dolor y Pruebas	72
IX.	El Gran Plan	77
X.	La Necesidad de un Perfecto Ejemplar	89
XI.	Primavera en el Siglo Diecinueve	97
XII.	El Rebrote	118
XIII.	Usted	144
	Apéndice A	148
	Apéndice B	150
	Apéndice C	152
	Bibliografía	156

Prefacio

Los pensamientos que se exponen en estas páginas, se muestran como pajas al viento, con la esperanza que otros puedan ver en ellos la dirección en que sopla. No pretenden ser exhaustivas, ni aun comenzar a abarcar las tremendas cuestiones que se tocan. La que escribe los ofrece a causa de su aguda convicción que, no obstante, la aparente falta de esperanza de nuestra situación actual sobre este planeta – envueltos como estamos, en problemas políticos, económicos y sociales a una escala más grave y vasta que cualesquiera que han amenazado al hombre durante el período de historia escrita – no obstante el negro horizonte que nos rodea, podemos y debemos hacer individualmente el mayor esfuerzo posible para desviar, o cuando menos aminorar, cualesquiera catástrofes que amenacen engolfarnos.

No se concibe que existan medios para hacer todas las cosas que hacemos; vencer distancias como lo hemos hecho mediante aviones, satélites, cohetes; eliminar el tiempo en la forma en que lo hemos logrado mediante la radio, el radar, la televisión, los rayos laser y otros descubrimientos de la ciencia moderna; hacer que el descanso, cuando menos en teoría, puede ser gozado por todos los hombres, gracias a la eficacia de la producción en masa mediante máquinas; incluso abrir, como con palanca, el núcleo del átomo, para librar sus deslumbrantes poderes de construcción y destrucción y que, no obstante, no haya medios para hacer que los hombres sean seres iluminados, buenos y felices.

¿Es que hubo alguna vez mundo más trágico que el nuestro, en la actualidad? ¿Dónde vemos paz o justicia o aquellas bendiciones más ansiadas y buscadas por todos: paz mental y un corazón lleno de júbilo? Buscamos placeres en una enloquecida vorágine de diversión y entretenimientos; cualquier cosa, lo que sea, que nos mantenga ocupados y nos impida pensar en aquellas cosas que, en realidad, se hallan continuamente en el umbral de la conciencia de todos los hombres; mas en realidad nos sentimos amargamente infelices y no podemos encontrar promesa alguna para el futuro.

Pero creo que hay una promesa para el futuro aún más, en modelo perfecto que funciona, con el cual podemos tejer una vida individual dichosa y una vida mundial feliz y unida. Los únicos instrumentos con los que tenemos que trabajar somos nosotros mismos. Nosotros somos quienes hemos creado todos los problemas que nos enfrentan en la actualidad; nosotros somos quienes hemos librado durante el siglo veinte dos grande guerras mundiales, increíblemente destructivas, así como un sinnúmero de encarnizadas guerras menores en todos los

continentes del globo. De igual manera, los seres humanos debemos ser los que remediemos la situación; ninguna fuerza exterior puede, ni lo va hacer por nosotros.

Debemos preguntarnos ¿Qué es lo que ha estado faltando en nosotros, que nos ha llevado a la situación actual? ¿En qué hemos fracasado? ¿Puede, en realidad, cada uno de nosotros, que individualmente somos tan insignificantes cuando se nos compara con la abultada e ingobernable masa de los habitantes del mundo, hacer algo que tenga efecto sobre el curso de los acontecimientos futuros? La respuesta es: Sí, podemos. Ya que la cosa mejor creada por la naturaleza es el hombre. Todo lo bueno y todo lo malo, todo el poder para crear o destruir, en él yacen. Él, en verdad, es la llave tanto para el cielo como para el infierno, ya que por la forma en que dirige sus poderes y facultades, se modelan los acontecimientos. Sólo tenemos que comparar lo que hizo Abraham Lincoln por su país y lo que Adolfo Hitler hizo por el suyo, para ver cuán verídico es esto, cuánta diferencia puede hacer un hombre solo en la historia del mundo.

Por aguda que sea la crisis en nuestros asuntos, podemos pasar y pasaremos por la tormenta, para emerger en la otra orilla como una raza humana purificada y mejor. Pero ¿cuánto tiempo debe durar nuestra agonía? ¿Cuán pronto podemos obtener que el presente libere de su matriz en gestación, la carga del futuro? ¿Cuán rápidamente habrán de llegar a todos los hombres los beneficios de ese futuro? Estas cuestiones están en nuestras manos, las de ustedes, las mías, las de cada individuo.

La evolución, que nos ha visto avanzar desde un hombre de frente aplanada, torpe, vagamente pensante, similar al mono, no se va a detener repentinamente para dejarnos donde estamos. Esto sería una negación de todo lo que comprendemos de las leyes de la naturaleza. Por el contrario, va a seguir llevándonos hacia adelante, probablemente a alturas no soñadas en el desarrollo de nuestra condición humana. Pero cuán rápido o lentamente avancemos, depende sólo y enteramente de nosotros.

Estas páginas se escriben para ofrecer justamente lo que dice su título, una **Prescripción para Vivir**. Cuando una persona se enferma, toma remedios. Nosotros, los individuos, somos miembros de una especie muy enferma – el hombre; que vive en un ambiente muy insalubre – la sociedad. Hay leyes de lo que podríamos llamar “higiene interior” las que, si se obedecen, nos ayudarán a recuperar nuestra salud moral y espiritual personalmente y, al cambiarnos nosotros como partes constitutivas de la sociedad, hará posible que nuestra vida juntos sea más feliz y mejor bajo todos los aspectos. De esas leyes tratamos brevemente en este libro.

Todo ha crecido tanto hoy, todo sucede a tan gran escala, que nos llena con sentimientos de impotencia. Se nos arrastra sobre la marea de los acontecimientos a tal velocidad, que hacer un violento esfuerzo personal para frenar las consecuencias parece un infructífero derroche de energías. Pienso que la mayoría de la gente en todo el mundo observa la actual tendencia de la política con viva alarma. Después de la última guerra mundial los hombres esperaron y soñaron que nacería una nueva era de cooperación internacional de entre las cenizas amargas del sufrimiento y muerte. Las Naciones Unidas – un tremendo avance sobre la Liga de las Naciones de la pre-guerra – fue aclamada como la nueva protectora de una paz permanente. En lugar de ello, vemos cómo se forman nuevos bloques de poder, cómo brotan de la noche a la mañana nuevos malentendidos, que aparecen en los titulares de los periódicos. El hombre común encuentra que anda a empujones con su vecino, ya sea que lo considere amigo o enemigo. Todos estamos tan apiñados en este mundo que la ciencia ha encogido hasta transformarlo en un mero vecindario. Sabemos ahora que deberíamos ser buenos con los vecinos, incluso para con nuestros enemigos de ayer, en obsequio de la auto-conservación si no por motivos más elevados. Pero parece que no podemos serlo. Cada hora se levantan entre nosotros murallas más altas de odios y malentendidos. ¿Hacia dónde nos volveremos?

Una parte de la respuesta es volverse hacia sí mismo. Está lejos de ser la respuesta total, pero es esencial; un requisito absoluto, fundamental, para cualquier estabilidad futura en el mundo. Tenemos que aprender a ser **‘seres humanos**’, a recuperar el arte de vivir que hemos estado perdiendo gradualmente por ciento o más años. En la actualidad casi podríamos decir, contemplando a nuestro mundo de manera impersonal, que éste está habitado por animales y una extraña especie de desadaptados llamados **‘hombres**’. Porque nosotros, quienes ahora amenazamos, con la brillantez de nuestras mentes y con el desenfreno de nuestro carácter, destruir a nuestra propia especie (y a lo mejor a la mayoría de las demás especies también), no estamos, por cierto, viviendo de acuerdo a nuestras posibilidades. No somos lo que nuestra raza, los Reyes de la Creación, podría ser. Sólo somos, por ahora, horribles productos desadaptados de la creación, dignos de lástima. Debemos descubrir cómo es que hemos llegado a ser así y disciplinar nuestras energías, retornándolas a los cauces correctos, antes que sea demasiado tarde.

Capítulo 1
El Mal Está en Nosotros

La gente está, hoy, intensamente insatisfecha con su vida y con el mundo en que vive. Cualquiera sea su medio social, cualquiera sea su trabajo, su ingreso, sus formas de recreación, se oyen quejas por todos lados. Si no culpan a la situación económica, entonces es la política. Si la Iglesia no es la víctima propiciatoria, entonces se hace que alguna clase social cargue con el peso del reproche por la situación desafortunada en que nos encontramos nosotros, la humanidad. Jamás se nos ocurre que, posiblemente, la mayor parte del mal está más cerca de casa – posiblemente, de hecho, **nosotros** somos el mal.

Somos la generación más rica que jamás ha vivido. Jamás hubo hombres que se pararon sobre la tierra y miraron hacia el cielo, que poseyeron tanto como nosotros; los mares, el aire, la mismísima estructura de la materia, yacen en nuestras manos y estamos logrando un mayor dominio sobre ellos cada día que pasa. Navegamos por el campo azul del cielo, llenamos el éter con melodías invisibles, escudriñamos el corazón del átomo; enjaezamos incluso la luz de nuestro carro. Y no obstante, estamos miserablemente insatisfechos e infelices. Parece haber en nuestros pechos un cáncer que hace amargo el fruto de nuestro propio ingenio y nos priva de paz mental, de estabilidad emocional y del poder para vivir al unísono, ya sea con nuestro propio complejo yo o con nuestros congéneres.

Hemos erigido una poderosa civilización – la civilización occidental – la que se está propagando rápidamente a los rincones más apartados del mundo, y sin embargo esta estructura colosal, con todo el progreso que encarna, todas sus ventajas, todas sus facilidades, da indicios de destruirnos. En el momento actual nos cubre con la sombra de un Frankenstein; es nuestra creatura, pero todavía puede hacer que nosotros seamos la suya y puede destruirnos tanto a nosotros como a sí misma. ¿Se debe esto a que esa gran civilización, como el monstruo de Frankenstein, carece de alma? ¿Se debe esto a que, al ocupar tanto de nuestro pensamiento y de nuestros esfuerzos para alcanzar el dominio sobre la materia, en sondear las leyes que la gobiernan, en canalizar sus energías, hemos olvidado por completo que a lo mejor nosotros, los humanos, también tenemos un conjunto de leyes que gobiernan nuestro desarrollo y nos hemos descuidado de tratar de

comprender nuestra propia naturaleza y nuestra verdadera relación con el universo en el que nos encontramos y que estamos tan ocupados en explorar?

En alguna parte hay un desajuste fundamental. Nosotros que todo lo tenemos, no tenemos nada. No tenemos ni el sentido de seguridad interior que conocieron nuestros abuelos, ni la convicción espiritual de que gozaban los habitantes de las así llamadas 'Edades Oscuras'[1]. Nunca hubo un tiempo en el mundo en que la gente daba voz a pensamientos más hermosos y tenía proyectos más maravillosos que los que tenemos hoy. Pero tampoco hubo nunca una época que consideraba más barata la vida y todo ser humano se hallaba en mayor peligro de una muerte horrible o de una existencia miserable, insegura y estéril, cuando todas las normas parecían ser más vacías e inútiles.

Este mundo hermoso se ha transformado en un infierno, y si no lo sabemos, es solamente porque no queremos saberlo. Nos estamos engañando a nosotros mismos. Cuando 200.000 civiles pueden ser exterminados por el encendedor destello de una bomba atómica que caiga sobre su ciudad; cuando de la noche a la mañana se pueden reducir ciudades populosas a humeantes ruinas; cuando una mujer encinta puede pilotear un avión de caza; cuando una muchacha de diecisiete años puede ser considerada como una heroína guerrillera por haber dado muerte a ciento cincuenta enemigos, y un niño de diez años puede recibir altas distinciones por sus actividades como francotirador y saboteador, cuando, a diestra y siniestra, pueden ser secuestrados hombres y mujeres completamente inocentes y tenidos como rehenes o incluso muertos sin consideración, es hora de preguntarnos si lo que hoy tenemos puede ser llamado vida y dónde nos está llevando.

La naturaleza parece ser tan inestimablemente buena cuando se la compara con nosotros. Incluso el temporal de agua y nieve, aun en los rayos tórridos del sol tropical y también en las humeantes selvas, hay un equilibrio y un propósito que contrastan vivamente con nuestro sistema de vida desordenada, distraída y acosada. En la noche parece ser una increíble anomalía que la estrellas puedan arrojar su luz tan serenamente sobre la destrucción de miles de vidas y hogares, que se produce en alguna parte del mundo en la que se libra alguna guerra pequeña y encarnizada o ruge una feroz guerra civil. Nos maravillamos de cómo pueden cantar y gorjear en los árboles los pájaros, justamente después de haber estado rugiendo los cañones o ululando las sirenas. Parece que estuviésemos viviendo alguna horrible pesadilla que debe terminar, para que todo aparezca en paz y en consonancia con el ritmo grande y ordenado de la naturaleza. Nuestra tierra gira en su ruta eterna, enlazada en las redes del plan cósmico, gobernado por leyes e integrados en un gran todo. Pero en el mundo de los hombres vemos el caos, la

[1] Se refiere a la Edad Media que, en ingles, se suelen señalar con esta expresión (N. del T.)

discordia, vastas discrepancias; riqueza ilimitada, malgastada y dilapidada; poder ilimitado, abusado y mal aplicado; tremenda organización, pero que trabaja para la destrucción, para el gobierno por la fuerza.

Y aún así, nunca parece ocurrírsenos que el mal está adentro y no afuera. Toda la tribu humana se está aferrando a remedios patentados; uno cree que el remedio es la democracia, otro está convencido que es el comunismo y un tercero que el problema sólo puede ser resuelto por el nacional socialismo. Un grupo insiste que lo único que se requiere es un ajuste económico, otro enfatiza el aspecto social y otro el educacional, y así sucesivamente. Aun cuando todas las naciones beligerantes tanto en la primera como en la segunda guerra mundial eran más o menos religiosas, cada una pedía a su Dios fuerza y victoria, y la religión no pudo prevenir estas guerras, ni tampoco pudo, en las formas existentes, hacer más que fortalecer a almas creyentes individuales para que enfrentasen su destino con cierto grado de estoicismo y resignación.

Hombro a hombro con los más difundidos conceptos de naturaleza idealista, tales como que todos los hombres son hermanos y que deben cooperar para construir un sistema de coordinación internacional, vemos a la sociedad humana en la peor condición en que jamás ha estado. Y no es la menor causa de alarma una cierta dureza que ha penetrado en los corazones de los hombres, cierto cinismo amargo de anciano, que existe a pesar de nuestros sentimientos más cálidos de piedad, de simpatía y de generosidad. ¿Cree, realmente, la mayoría de la gente en el mundo, hoy, que es posible una paz perdurable; que *vida, libertad y la búsqueda de la felicidad* pueden ser el apacentamiento para todos; que los pueblos del mundo pueden dejar de odiarse entre sí; que la humanidad puede y debe volverse religiosa en el sentido más elevado? ¿Se interesan ellos mismos por trabajar para tales objetivos? La respuesta, sin lugar a dudas es no, no se sienten convencidos en lo más mínimo sobe tales cosas y no tienen intención alguna de esforzarse ellos mismos por tratar de que se logren. La raza humana todavía tiene por objetivo el número UNO.

Este número UNO, este individuo cuyo objetivo es sus propios intereses, ¿qué es? Biológicamente, es muy claro lo que es; psicológicamente también es bastante claro lo que constituye su estructura. Pero éstas no son las cosas difíciles y que a la vez dan esperanza en un ser humano. Es aquel algo que hace que sea **humano** el punto crucial del asunto. ¿Qué hace que sea humano y cómo debería él funcionar en relación con ello? Allí está el gran desajuste en el mundo de hoy. La gente no está viviendo según las leyes que gobiernan su **ser humano**. Están enfermas por dentro, están deformadas, mal nutridas, subdesarrolladas. Naturalmente, el resultado es el caos. Donde debería haber llanuras suaves, por así decirlo, hay superficie ásperas; lo que debería estar derecho está retorcido; lo que debería estar

en calma, hierve con agitación. Todos va en contra nuestra, todo es contradictorio, todos los objetivos están enredados, porque no somos dueños de nosotros mismos. En el hecho, somos menos que eso, casi somos por completo extraños para nosotros mismos.

El hombre civilizado más sencillo sabe que se requiere leyes para que un avión pueda volar; que hay enfermedades que se propagan por gérmenes vivientes que pueden transmitirse de una persona a otra; que la radio no es un milagro, sino una hábil combinación de hechos. Un porcentaje grandioso ha oído hablar de vitaminas, aprecia las ventajas de la higiene y puede hacer funcionar una máquina complicada si se le enseña cómo hacerlo. ¿Y sin embargo, cuántos saben algo sobre sí mismos como seres humanos? ¿Cuántos están felices – no sólo entretenidos, divertidos u ocupados, pero profundamente felices interiormente? Sabemos que lo afilado corta, que el fuego quema, que una caída desde lo alto hace daño; no obstante, magullados desde la cabeza hasta los pies por dentro, pasamos nuestras vidas sin saber cómo nos estamos lastimando, qué capacidades se nos están atrofiando por falta de uso, qué miembros invisibles están siendo mutilados para el resto de la vida. La humanidad se precipita de panacea en panacea. Después de la última gran guerra, en los 40 y 50, fue la formación de las Naciones Unidas y las actividades de los Aliados las que brindaron esperanzas a un mundo agotado que buscaba la paz. Pero un tratado tras otro y guerra tras guerra no han resuelto nuestros problemas. Como las olas del mar que rompen sobre la playa, una conferencia internacional tras otra ha fracasado, o ha tenido un éxito parcial, o incluso ha afirmado que fue todo un éxito; pero los problemas del mundo siguen sin solucionarse. Epítetos y promesas políticas y una consigna tras otra rebotan de diversos satélites para aparecer en los encabezamientos de la prensa, día tas día, en todo el mundo; los leemos cansadamente, sabiendo muy bien que no se ha encontrado una solución pacífica a la miserable situación en que ahora se halla la sociedad humana.

Las naciones y también los individuos ponen sus esperanzas en remedios patentados. China tiene su marca política, sus remedios patentados que todo lo curan, listos para entrega – también los tiene Rusia y las democracias occidentales y las naciones no alineadas. No importan cual sea la forma de la botella o el nombre en la etiqueta, la medicina que contiene posee toda el mismo sabor que en resumen, es; mírame, sígueme, sé como yo soy – o de lo contrario… Cada ser humano también tiene perfectamente elegido su tónico: si puede conseguir el trabajo que quiere, construir esa casa, abrir ese negocio, casarse con esa niña, establecerse en ese lugar – entonces valdrá la pena vivir la vida. Las minorías también tienen, cada una, sus propios remedios que todo lo curan: reconocimiento, independencia, el triunfo de cierto partido o filosofía. Las **necesidades** de la raza

humana tienen mil facetas, pero cuan a menudo, cuando se cumplen, la situación social o política sigue tan mal como antes, o alguna calamidad nueva ocupa el lugar de la antigua – una fila interminable y sin fin de tónicos y curalotodos. Pero el problema más pesado de todos es ese pequeño lio de personalidad que cada uno de nosotros lleva en sí mismo, mal comprendida, mal manejada, inexplorada, y no obstante la fuente de todos nuestros males íntimos y de la mayoría de nuestros males nacionales e internacionales.

Si un observador inteligente y desinteresado pudiese visitar nuestro planeta, es probable que de inmediato llamara poderosamente su atención la actividad febril que se produce en esta tierra. Los individuos y los grupos se precipitan a una velocidad cada vez mayor, no sólo físicamente, mediante dispositivos mecánicos, sino también mental y emocionalmente. Parecería casi seguro el afirmar que no hay gente civilizada reposada en el mundo. Es como si estuviese actuando una tremenda fuerza descentralizadora, que nos descentra de nosotros mismos. Actividad, diversión, marcan el ritmo de nuestras vidas. Irradiamos nuestras energías y muy pocas de ellas parecen trabajar constructivamente, en el sentido de producir una sociedad en paz, estable y feliz. Un ejemplo de esta violenta difusión de nuestras energías hacia afuera, es que casi todo el mundo, sin excepción culpa continuamente y critica a otros grupos, o naciones, o clases o razas. Casi nunca se oye una autocritica, y cuando se la oye, lo probable es que sea una cortes formalidad y no una convicción profunda. No existen hoy grande naciones, lo suficientemente poderosas moralmente, que se puedan poner de pie y decir: “en gran medida es culpa mía; si yo me hubiese preocupado más por el bienestar del todo, si yo hubiese hecho más por encabezar el camino hacia un internacionalismo no egoísta, si hubiese desarrollado un mejor modelo interno de vida, es posible que otros lo hubiesen seguido; es posible que no hubiésemos librado guerras tan ruinosas, no hubiésemos malgastado tantos años preciosos en acuerdos violados, en altercados infructíferos y en interminables recriminaciones; podríamos estar más cerca de prohibir la aniquilación masiva como un método para solucionar nuestras disputas”. Lo mismo vale para los grupos. Los capitalistas no examinan su propia conciencia ni admiten sus fallas; tampoco lo hacen los trabajadores; tampoco lo hacen los blancos y los negros; tampoco lo hace esta o aquella facción política. Todo, sin excepción, es culpa de otro. Y lo que se refleja en grandes grupos es *par excellence* la norma entre los individuos. No nos estamos controlando, no tenemos dominio sobre nosotros mismos – ante todo porque no nos **conocemos** a nosotros mismos.

El tema fundamental de estas páginas es que, a no ser que la gente empiece a tratar de conocer su propia naturaleza esencial, a gastar una porción de sus energías interiormente, en explorarse a sí mimas, en cuidar de sus propias personalidades y

de aprender a dominarlas, no puede haber ni habrá un cambio permanente para mejor en la sociedad humana. Tenemos planes maravillosos para la sociedad, pero a pesar de todo lo que hacemos, la estructura no permanecerá firme. Continuamente cede, primero en un punto, luego en otro, porque los ladrillos del edificio no pueden resistir el peso.

Nos parecemos un poco a una persona que desea ser atleta olímpico, mientras al mismo tiempo bebe, fuma, trasnocha y jamás se entrena. También nos mostramos muy perversos e infantiles, porque seguimos diciendo que la razón por la que no clasificamos, es que la otra persona no nos dio la oportunidad y no porque estamos llevando una vida disipada.

Es muy cómodo contemplar los grandes planes. El seguro social, una forma democrática de vida para un pueblo hasta ahora oprimido y esclavizado; un banco internacional; un depósito común de alimentos - ahí tenemos algo que, de inmediato, abarca a muchos millones de personas de una sola vez. ¡Pero reformar la vida interior de seis mil millones de individuos!... Eso no sólo anonada la imaginación, sino parece una tontería incluso perder el tiempo pensando sobre ello. Pero aquí volvemos nuevamente, por extraño que parezca, al individuo. La historia no se escribe en tres o cuatro cifras, sino generalmente en un solo digito. Sea que nos alegre reconocerlo o no, sigue siendo un hecho que un solo individuo, o a lo más un puñado de ellos, hace fermentar a grandes masas. No es necesario tratar de cambiar a millones, de la noche a la mañana; bastará con que sean miles, o incluso centenares. La razón de esto es la extraordinaria receptividad del hombre. Toda vida es adaptable, flexible, ingeniosa, pero el hombre es el ser más sensible y educable de todos. Reacciona ante la bondad, el refinamiento, la armonía, aun incluso si se trata sólo de un ejemplar embrutecido de la raza humana. Estas fuerzas pueden no tener el poder para cambiarlo, si es una persona madura, pero hasta cierto grado responde a ellas.

Poca duda hay de que si fuera posible aislar un grupo de, digamos, bebés americanos y criarlos enteramente solos, la persona a cargo de su entrenamiento podría enseñarles que eran, una forma superior de lagarto rosado, que hablasen nada más que griego clásico, que usasen sus pies para comer y otras tonterías parecidas; y si los individuos producidos por este proceso ridículo nunca oyesen ni viesen a ningún otro ser humano, no cabe duda que hablarían con mucha fluidez el griego clásico y tendrían gran habilidad con sus pies. El punto es que, aun cuando el mundo no puede ser reformado de la noche a la mañana, si un grupo valiente de individuos actuasen como los primeros en aprender a vivir de acuerdo con sus propias, casi inagotables, potencialidades humanas, no cabe duda que producirían un modelo matriz que serviría de patrón para que otros lo pudiesen seguir. La

mitad de la batalla para alcanzar una nueva manera de hacer las cosas, es demostrar que se puede hacer, que no es solamente una teoría, sino un método mejorado.

El poder del individuo para fermentar el todo se ha demostrado una vez tras otra en el curso de la historia humana; ¿por qué, entonces, hemos de dudar que, en el mundo actual, un puñado de personas ilustradas y dedicadas, que poseyesen el concepto correcto que se ajuste a las necesidades de la historia de hoy, pudiesen transformarse en los marcapasos de una reforma mundial? Que no haya malentendidos: las ideas que aquí se ofrecen no son en manera alguna un veto a los innumerables, necesarios y loables esfuerzos de los gobiernos, sociedades e incluso individuos, que se esfuerzan por introducir grandes planes para el mejoramiento de las naciones y la solución de problemas económicos, sociales y nacionales. Más bien, se deberían tomar como una rueda volante para esta rueda más grande de vida corporativa; como una movida hacia una acción centrípeta que contrarreste esta terrible actividad centrífuga nuestra; como una vista panorámica, no importa cuan inadecuada, de algunas de las necesidades interiores del hombre; una propuesta para un curso de higiene espiritual, si a uno le agrada pensar en ello así.

Capítulo II
La Doble Naturaleza del Hombre

En términos generales, hoy se sustentan dos conceptos sobre la naturaleza del hombre; uno es que se trata de un súper-animal – súper debido a su extraordinario desarrollo mental – y el otro es, que se trata de una creatura que difiere de todas las restantes creaturas por cuanto posee una personalidad que sobrevive a la muerte.

A juzgar por las crónicas de la historia, el hombre no sólo ha creído siempre que había algo aún más grande que él mismo, sino que siempre ha creído que de alguna manera él era afín a ese algo mayor inmaterial. De hecho, un fenómeno histórico que siempre se ha repetido ha sido la religión. Todas las razas humanas, en todas partes del globo, siempre han tenido algún tipo de religión; en realidad, el instinto religioso se ha encontrado en todas las razas. Cuando se llega a la historia escrita, se ve con claridad cómo se originaron estas religiones. Un **Hombre** se levantó entre sus congéneres y afirmó tener para ellos un mensaje directo y personal de **Dios**. No sólo esto, sus enseñanzas echaron raíces, se propagaron con rapidez de relámpago, reformaron la sociedad, desterraron antiguas creencias, erigieron templos, introdujeron nuevas leyes, y edificaron una nueva cultura. Todas las religiones vivas del mundo poseen estos puntos en común. Aún más, todas tienen la misma doctrina fundamental: ***un Dios, el hombre creado a Su imagen, la práctica de la Regla de Oro y un conjunto de leyes.***

Tocaremos el tema de la religión más adelante. El punto que se tocará aquí es que, por algo que hay en él mismo, y por intermedio de los Fundadores de grandes religiones y por los reformadores y maestros que han venido en su sendero, el hombre ha creído, casi sin excepción, y todavía cree, incluso en medio del lodazal de materialismo y ateísmo que ha producido su actual civilización, que él es único y diferente de todos los demás seres vivientes, y que uno de los aspectos de esta singularidad es que él sobrevivirá bajo la forma de un alma o espíritu después de la muerte. Si creyó esto en el pasado, cuando la material parecía muy sólida y la idea de un alma evocaba algo totalmente efímero, cuanto más debería él creer en ello hoy, cuando se está demostrando rápidamente que la materia se halla constituida por un puñado de tensiones infinitesimales, de un material eléctrico extraño que casi carece de substancia cuando se la compara con normas anteriores. Si hubiese algo para convencer a la gente de la posibilidad de la existencia de un alma, ello debería ser la naturaleza de nuestro universo maravillo que ahora ha sido revelado

para nosotros, por primera vez, por la ciencia. Un mecanismo tan maravilloso, tan gobernado por leyes, tan bellamente ordenado, tan múltiple en sus formas, jamás podría ser un accidente, como tampoco puede serlo un reloj suizo perfecto. Debe haber tenido un creador, lo que confirma mediante fuerte implicancia lo que nos han estado diciendo los Profetas, sin ambages y con los términos más fáciles de comprender, desde el principio de los tiempos; el tema siempre fue el mismo: ***"Sois hijos de Dios, Él os está criando, regresaréis a Él".***

Si aceptamos el hecho que somos una cantidad desconocida, porque tenemos una "X" en nuestra ecuación que no posee ningún otro ser viviente, ¿no podemos deducir acaso, que gran parte de los males en nuestro mundo en el presente – un mundo que, con todo, aparece tan brillante con la promesa de una vida buena para toda la raza humana – se debe a que no sabemos nada en absoluto sobre esta "X", y que ella también, como todo lo demás en el universo, está gobernada por leyes, y nosotros ignoramos cuáles son esas leyes y las estamos rompiendo todo el tiempo?

El hombre es un ser maravilloso. Por maravillosa que sea una nebulosa, por perfecto que sea un cristal, por fascinante que sea el corazón del átomo, no son ni tan sobrecogedores ni tan hermosos como el hombre mismo. La ordenada complejidad de su cuerpo, el laberinto de su mente, la enorme gama de sus emociones, hacen que él sea, por cierto, el rey de la naturaleza. El posee una capacidad casi ilimitada para realizar cosas. Aun cuando el avión supersónico a chorro puede ser un milagro del ingenio humano, no es ni la mitad tan sorprendente creación como el piloto que lo hace levantar del aeropuerto, lo guía a través de la estratósfera y hace que descienda con seguridad al otro lado del mundo. La raza humana parece poseer posibilidades casi ilimitadas. Puede producir un mártir, que serenamente, feliz, incluso agradecido, va hacia la pira y muerte, con una convicción de cosas mejores por venir, que parece casi increíble; puede producir un monstruo que deja en vergüenza a cualquier lobo o tigre que se respete, con sus torturas, su sadismo, su júbilo bárbaro en destruir. Puede hacer emerge de sus entrañas un Beethoven, un Shakespeare, un Darwin, un Rembrandt – o incluso, desafortunadamente, a un Nerón o a un Hitler. Produce incontables héroes y heroínas así como un liberal rociado de criminales. Sólo podemos deducir que los seres humanos poseen tremendas facultades, tremendos poderes. También podemos suponer con seguridad, a juzgar por lo que ya han llevado a cabo, que no hay nada que no puedan lograr si no solamente se disponen a hacerlo, sino que inician la búsqueda de las leyes que les permitirán lograrlo.

Si echamos una mirada analítica a los males que hoy nos afligen, ¿qué es lo que vemos? Ciertos males positivos se destacan claramente; ciertos bienes negativos se definen casi con igual claridad. Si tenemos siempre en mente que lo que nos preocupa son los problemas del individuo, y no los de los gobiernos o movimientos

sociales, vemos que el odio es más fuerte hoy día que el amor y la compasión; los prejuicios y la intolerancia son más fuertes que la tolerancia y la comprensión. La indiferencia al sufrimiento ajeno, el egoísmo, la mentira, la improbidad mezquina, la promiscuidad sexual, la bebida, la drogadicción, el crimen, el divorcio, todos están en aumento. Estos son, todos, males positivos. Otros, menos tangibles, son un cinismo creciente, una desesperanza, una larvada incredulidad en el mérito de tratar de obrar bien, cuando la mayor parte de la gente no se está esforzando por hacerlo, un sentimiento de que el esfuerzo personal es inútil, que es más fácil dejarse llevar por la marea. Bajo el encabezamiento de bienes negativos, podríamos incluir todas aquellas actitudes y esfuerzos que se encuentran en compartimientos: tales como los grupos religiosos cristianos y otros que trabajan solamente para un mejoramiento puramente interno, exclusivo; o mayorías que buscan mejorar sus propias condiciones a expensas de, u olvidados de, el bienestar de las minorías; del esfuerzo por mejorar un grupo racial de la sociedad sin preocuparse por el detrimento de otros grupos.

Los gobiernos están ayudando al hombre mediante reformas y nuevos programas; la medicina le está aligerando rápidamente la pesada carga de las enfermedades; la psicología le está permitiendo comprender mejor el funcionamiento de su propia mente y, de esta manera, vencer muchos problemas hasta ahora difíciles. Pero aún así, en su fuero interno, él no está ni libre, ni feliz, ni seguro. ¿Y de qué provecho puede ser para él todo este progreso, todo este mejoramiento de su vida, todas estas reformas, si su corazón no está liviano y confiado?

El hombre necesita estar polarizado, estar orientado hacia algo estable. En el momento actual, su brújula se halla hacia puntos que cambian continuamente; cuando llega al sitio hacia el cual dirigió su ruta, encuentra que no es el lugar al que pensó que iba a llegar. La alegría, el logro que había esperado alcanzar, se le han escapado. Ni el éxito, ni la riqueza, ni el matrimonio, ni los hijos, están trayendo al hombre común lo que él pensaba que le traerían: una sensación elevada y continua de satisfacción. Lucha durante años, a menudo durante toda una vida, para alcanzar cierto lugar ventajoso; cuando llega allí descubre que es inútil, no está satisfecho en lo más mínimo. Pero en lugar de decir “El mal debe estar en alguna parte dentro de mí”, lo más probable es que culpe de ello al camino, creyendo que, de alguna manera, debe haber pasado por alto algún recodo. Siempre pensamos que aquello que está un poco más allá de la punta de nuestros dedos es lo que deseamos. Rara vez abrimos la puerta a nuestro yo interior, para verlo que realmente tenemos a mano en nuestro ser interno, qué instrumentos maravillosos hay allí para ayudarnos a obtener algunas satisfacciones profundas de la vida.

Hay gente que ha sostenido en alto un brazo durante veinte o treinta años, hasta que se ha atrofiado y resultaba imposible bajarlo. Cierto hombre ha cruzado la catarata de Niágara caminando sobre una cuerda; algunas personas pueden equilibrar mesas, sillas y algunas otras cosas sobre la punta de sus narices. Hay cirujanos que practican las operaciones más minuciosas sobre el cerebro, sobre los ojos, sobre el corazón y sobre los nervios. Físicos, matemáticos, efectúan hazañas mentales que parecen casi imposibles. ¿Cómo logra la gente hacer estas cosas extraordinarias o complicadas? Mediante la voluntad, el entrenamiento y el esfuerzo. El hombre, el educable, puede hace casi cualquier cosa. Los que padecen de insomnio aprenden a dormir; alcohólicos y drogadictos se sanan; los tartamudos hablan con fluidez - ¿Cómo lo logran? Mediante la perseverancia, la paciencia, el ejercicio. Casi no hay nada que no se pueda lograr. ¿Es, entonces, imposible que la raza humana esté feliz? ¿Qué aprenda a dominarse a sí misma? Eso no puede ser. Toda la naturaleza engendra cierta paz y júbilo, no obstante la dureza con que cría a sus hijos. Cada cosa tiene su lugar en el mundo, encaja de alguna manera, en algún sitio. Es seguro que la gente debe tener, cada cual, su propio lugar donde también pueden caber y crecer y gustar su porción de felicidad. Pero nunca pueden ajustarse a las circunstancias de la vida en que viven, hasta que hayan ajustado ellos **a sí mismos**, hasta que aprendan las leyes que gobiernan su propia vida interior.

Esto no es el lugar para tratar de demostrar las afirmaciones que siguen, ni para apoyarlas con largas citas. Se afirman como verdades axiomáticas, sobre las que se basan ciertas conclusiones y se recomiendan ciertas acciones.

El hombre tiene una naturaleza doble que no posee ninguna otra criatura. La dualidad en él se debe al hecho que tiene un cuerpo y un alma. El poseer este aspecto puramente espiritual es una característica – en realidad, la principal característica – que distingue al hombre de todos los demás animales; cuando recién se forma el embrión, esta dote sin par, que desde ese momento en adelante será un aspecto sempiterno de cada ser humano individual, pasa a ser una parte integral de su naturaleza. Su cuerpo es un animal, con todos los deseos y muchos de los instintos de un animal. Vive una sola vez, como cualquier otra forma de vida en este planeta; nace, crece, muere y se desintegra; conoce el hambre, la pasión, el miedo, el amor, la ira, el júbilo, etc., a su manera, pero como cualquier otro animal. El alma del hombre es una dádiva de Dios, una realidad no material que está conectada con su cuerpo a través de las funciones de la mente, que posee individualidad, conciencia y ciertas facultades mentales más elevadas y que podríamos llamar, poderes espirituales de los que carece el animal. Su alma cobra existencia cuando lo hace su cuerpo, es decir, en el momento de la concepción; mientras dura la vida del cuerpo, el alma sigue con él, actuando recíprocamente

con sus facultades, beneficiándose de las experiencias de una vida mortal; cuando el cuerpo muere, el alma no muere, solamente queda en libertad y continúa viviendo eternamente como un yo individual, la personalidad de Fulana Tal o Fulano Tal, María González, o José Lopez, consciente de sí misma y de otros.

El alma es el jinete, el cuerpo es el caballo. A no ser que el jinete sea hábil y pueda dominar su corcel, moviéndose con él al unísono, se encuentra ya sea en lucha constante con él o arrastrado en carrera desenfrenada. En estos días, la mayoría de nosotros nos estamos aferrando como la mismísima muerte a nuestro yo desbocado; no sabemos nada de caballos y sólo estamos ocupados de no caernos y, si es posible, de lograr que otros no se den cuenta de nuestro aprieto; en ningún caso somos jinetes entrenados; necesitamos un curso bueno y exigente en equitación.

Estudiemos un poco nuestros dos aspectos: el cuerpo tiene necesidades y, lógicamente, el alma también debe tener sus necesidades. El cuerpo es una máquina que siente, que ante todo, como los demás animales, está interesado en obtener para sí las necesidades y comodidades que ansia, y en cumplir el gran apremio de la naturaleza – reproducirse – para que no desaparezca la especie. Al mismo tiempo, debido a su singular estructura, al elevado grado que ha evolucionado debido a la interacción entre sus facultades físicas y aquellas más elevadas de su mente y alma, el cuerpo del hombre ha alcanzado un grado de libertad con respecto a la naturaleza, que los animales desconocen. El hombre vive poco más o menos asegún le agrade; los animales viven como deben. El hombre goza de sus funciones (y abusa de ellas) como no puede hacerlo ningún animal. El sexo, por ejemplo, ha llegado a ser para la raza humana algo muy distinto de lo que es para el animal; puede estar ligado con las emociones más altruistas, más tiernas y más hermosas del amor; o puede degradarse a perversiones, abusos y excesos desconocidos para cualquier bestia salvaje. El comer se ha transformado en un arte, una forma de placer, un punto para reuniones sociales: algunas personas se provocan enfermedades con ello; otros mejoran su salud mediante él. En otras palabras, incluso nuestra parte animal goza de una libertad de acción desconocida para cualquier otro ser viviente.

¿Qué es lo que requiere nuestra otra mitad, el alma, la mitad que perdura para siempre? El cuerpo conoce su camino, sabe que debe crecer, si es posible esbelto y fuerte, debe satisfacer sus necesidades y que, al final, debe volver al polvo. La mayoría de nosotros, por estar demasiado poco conscientes de nuestra verdadera naturaleza, por prestar escasísima atención a nuestras necesidades interiores, nunca nos detenemos a preguntar si el alma está recibiendo lo que le hace falta, si está bien de salud, si tiene una buena perspectiva para el futuro. Este estado de continua inanición interior y de abandono es lo que impide que los hombres estén

verdaderamente felices. Ésta es la razón por la cual vemos gentes que, desde el punto de vista material, lo tienen todo – salud, bienestar, tiempo libre, familia – se precipitan acaloradamente de una diversión a otra, nunca tranquilos, nunca satisfechos, corriendo por la vida, en realidad huyendo de ese algo profundo, insatisfecho en su interior: un alma hambrienta, infeliz. Y muchos de ellos, si se detienen alguna vez a pensar en esta parte esencial de sí mismos, se muestran impacientes con ella. La miran con resentimiento y dicen: "¡Sí, lo sé, si te escuchase a ti, no gozaría en absoluto de la vida!"

Con seguridad, esta es una forma tonta e inmadura de manejar el problema de nosotros mismos. Todo lo demás funciona armoniosamente, avanza suavemente, enmarcado en leyes comprensibles. ¿Por qué, entonces, no podemos nosotros, la forma más elevada de vida, establecer armonía entre cuerpo y alma? ¿Por qué no habríamos de poder atender a las necesidades de ambos, gozando con ello y, lo más precioso de todo, logrando paz interior?

Nuestra conciencia, nuestra mente, nuestra capacidad para amar, son las facultades más preciosas que poseemos. Digamos que son como un espejo; si se vuelve un espejo hacia abajo, hacia la tierra, reflejará la tierra oscura; si se vuelve hacia el sol, si llenará con una luz tan cegadora que puede encender cualquier cosa de naturaleza combustible sobre el que se concentra. O digamos que estas facultades son la brújula que poseemos para orientar nuestro camino. ¿Hacia qué fijaremos nuestra ruta? ¿Hacia algún valor fijo, superior, que nunca varía, una estrella polar espiritual? ¿O, siguiendo cada antojo, primero hacia una meta transitoria y luego hacia otra, este año un auto nuevo, el año próximo una casa de verano, y así sucesivamente?

Antes de hacer un esfuerzo por considerar las formas de cuidar debidamente nuestro ser interior, debemos preguntarnos cuál es la razón de ser de nuestras almas. Nadie ha dado jamás una respuesta a esta pregunta, excepto los Profetas, y Ellos nos han dicho que Dios nos creó para conocerle a Él, para seguir el sendero que Él nos ha señalado, para amarle y participar de Su inmortalidad. No podemos comprender las plenas implicaciones de esta inmortalidad mientras aún estamos en este mundo, ni más o menos que puede un bebé, en el vientre de su madre, comprender lo que tiene ante si el día cuando su cabecita emerge a una nueva vida. Dios es el Creador; Él hizo la creación de tal manera que, al cabo de un proceso largo, maravilloso y exuberante, daría frutos: nosotros somos el fruto. En este mundo, a semejanza con el bebé en la matriz, nos preparamos para el próximo. En primer término, cobramos forma en nuestra celdilla transitoria (esta tierra) y, como niño en el útero desarrollamos dos formas de vida: una que utilizamos, la otra que parece casi innecesaria para nuestros requerimientos corporales. Ya que un niño se halla encerrado en un saco oscuro como la pez, lleno de líquido, doblado en un

rollo compacto, parece una tontería que desarrolle ojos, cuando no hay luz; pulmones, cuando no hay aire; pies y manos, cuando no tiene posibilidad de usarlos; una lengua y oídos, cuando no puede hablar ni oír. Y no obstante, sabemos que si se mutila el pie de ese niño en la matriz, nacerá lisiado; si no se desarrollan sus ojos, no verá jamás y así sucesivamente. Todo lo que, para él, si pudiese meditar sobre ello, podría parecer completamente inútil e innecesario, constituye toda la base de su vida futura. Así sucede también, en gran medida, con nuestras almas en este mundo; están aquí, en la primera etapa de su viaje, para desarrollar ciertas facultades; si no tiene éxito, van a quedar cortas en cuestiones esenciales en el momento de nacer – es decir, en el día cuando se separen de sus cuerpos – para entrar en una vida nueva y eterna.

Sólo tenemos que preguntarnos cuáles son las características cardinales del hombre, que no aparecen en los animales, para tener una idea de las facultades, que se espera que desarrollemos aquí, no solamente para satisfacción presente, sino para gozo eterno. El hombre es capaz de una clase de amor por sus congéneres, por un principio, por la belleza, por el conocimiento y sobre todo, por su Creador, que es totalmente desconocido en la bestia. Por lo tanto, el amor es una de las facultades inapreciables de su alma; debe desarrollar esa facultad mediante su uso aquí. Es capaz de profunda comprensión, de conocimiento; debe desarrollar los poderes de su mente aquí, para que tanto en este mundo como más allá de él, pueda alcanzar una comprensión cada vez mayor del significado, del mecanismo de la vida, el plan de la creación. Es capaz de una amplia gama de tiernas pasiones; simpatía, piedad, generosidad hacia otros, tolerancia, perdón; debe ejercer estos hermosos poderes humanos en este mundo, para que se fortalezcan para su uso futuro también. Es capaz de autosacrificio, de perseverancia en el sendero del deber, del amor, de la rectitud; éstas también deben ser fortalecidas mediante su uso en esta vida primaria. Hay una cualidad inefable de irradiación que poseen algunas personalidades; parecen tener un júbilo, una confianza, una seguridad del significado de su ser y de la existencia de Aquél Quien les dio el ser, que los sitúa aparte y hace que otros los envidien a la vez que los admiran. Ese júbilo y confianza naturales son una facultad del alma. Puede cultivarse aquí; debería cultivarse. Otro de los poderes más inapreciables del hombre es la fe, la capacidad de creer; esa convicción del corazón, en contraposición a la convicción puramente intelectual de la mente, basada en la investigación y la razón es, junto al poder del amor, la que mayor influencia puede ejercer sobre su desarrollo. Debería ser cultivada aquí.

La secular recomendación “conócete a ti mismo”, es la clave de la vida. Al compartir como lo hacemos, la inmortalidad de Dios, poseemos una capacidad casi infinita para el desarrollo. El verdadero mundo y las maravillas verdaderas se

hallan todas dentro de nosotros. Cuando leemos el lenguaje de Shakespeare, cuando seguimos las deducciones y demostraciones de un físico, cuando observamos a un gigantesco avión que ruge, sin desviarse, por su ruta, pensamos qué logros maravillosos son. Muy rara vez nos detenemos para reflexionar que todas estas cosas crecieron en el semillero de algún alma, que en nuestro interior poseemos una vasta reserva de poder que espera ser explotado y dirigido hacia nuevos canales de creatividad.

Ningún animal puede cometer pecado. Va por su camino según se lo ordena su instinto; no está libre ni por un solo instante de su vida, ni más ni menos que lo están un árbol o una piedra. Pero nosotros estamos relativamente – no totalmente – libres, porque poseemos el poder para elegir. Nuestra elección puede verse modificada por nuestro ambiente, pero dentro de esto está toda la gloria del hombre. Éste es el complemento de su alma. No habría distinción en el hecho de poseer uno, si no pudiese modificarlo; sería tan sólo otra cosa más que evoluciona por compulsión. Dios no quiso crear una autómata, que creería en Él y lo amaría por compulsión; quería ser amado por Él Mismo, por elección, porque esa es la alegría que confiere el amor; es así que Él dio a esta criatura Suya, el hombre, una voluntad propia, para que pudiese modificar su propio carácter, para que pudiese embellecer su propia alma, para que pudiese gozar de los frutos de su propia lucha y calentarse a la luz solar de amar y ser amado por su Dios.

Nuestra voluntad es nuestro timón; con ella podemos fijar nuestra brújula fiel al norte o sobre cualquier antojo pasajero, podemos coger este gran espejo de nuestra alma para volverlo hacia arriba, para que recoja las emanaciones que ese Poder Motriz del universo (Dios) irradia continuamente; o lo podemos volver hacia abajo, a lo que es para nosotros un mundo oscuro, el plano de nuestros cuerpos. Si lo volvemos hacia arriba llegamos a ser benignos, a ser dueños de nosotros mismos, nos vemos invadidos por una paz, una confianza, una felicidad, un poder para hacer el bien y para ser constructivos, que nos distingue como seres humanos. Si lo volvemos hacia abajo, llegamos a ser peores que las bestias más salvajes; nuestro odio, aguzado por nuestro ingenio, se transforma en algo horrible de contemplar. Nuestra degradación no conoce límites. Nuestra avaricia, nuestra lujuria, nuestra matanza a sangre fría nos asombra incluso a nosotros mismos.

Cuando volvemos nuestros espejos hacia abajo, naturalmente nos volvemos infelices y disconformes, porque aquello que está en nosotros, nuestra alma consciente, se ve sometida a abuso. Se le está enseñando a hacer cosas contrarias a su verdadera naturaleza humana. Es algo así como el caso del individuo que quiere ser un campeón olímpico; todo el tiempo se siente mal porque no lo es, no obstante hace continuamente lo que le impide llegar a serlo.

Todo esto está bien en teoría, pero la pregunta es ¿qué puede hacerse realmente? Suponiendo que sea así, ¿cómo hemos de proceder para entrar en el camino correcto? ¿Por qué hacemos cualquier cosa en este mundo (excepto, claro está, lo que estamos obligados a hacer, como comer, dormir, ganarnos el sustento, etc…)? Hacemos cosas porque queremos hacerlas. Vamos a bailar en lugar de leer un libro, porque con alegría, preferimos proceder así. Comemos lo que el médico nos informa que nos causará una muerte lenta, porque preferimos ese placer, incluso si finalmente ocasiona nuestro deceso. Nadie puede obligar a otra persona a escudriñar su condición interior, para hacer algo por arreglarla si no desea hacerlo; si teniendo el deseo, no tiene el valor para zambullirse y luchar consigo mismo; nadie en la tierra puede hacerlo por él. Es un trabajo puramente voluntario. Es entre usted y su propio yo. La persona que más le ame en el mundo, que incluso puede estar dispuesta a dar su vida en su lugar, no puede hacer esto por usted.

De todas las ocupaciones desagradables que hay que desempeñar en esta vida, probablemente la más desagradable es sentarse consigo mismo, sacarse los espejuelos de auto-estimación y de estúpidas pequeñas vanidades, y mirar muy cuidadosamente nuestro propio carácter. Es tanto más agradable tener ilusiones, tanto más grato escapar hacia un patio de recreo y olvido; es tanto más cómodo hallar una excusa y decir, “Bueno, no tengo tiempo para ello hoy”, o, “me puede causar desasosiego, y no me puedo permitir angustias en este instante”. Pero el mal está aún con nosotros, interiormente. Más vale que nos preocupemos de él. El desgarro inicial puede ser muy doloroso, pero una vez arrancado el diente, desaparecerá el dolor. Además, sucederá algo mucho más sutil: la cansada y molesta sensación subconsciente de disconformidad, de lucha, comenzará a abandonarnos; no tendremos que evitar continuamente la mirada de nuestra conciencia, porque por una vez habremos prestado atención a lo que había estado tratando de decirnos. Tendremos una sensación de fuerza, porque una acción valerosa trae un torrente de conciencia de nuestro propio poder.

Pero hay algo mucho más profundo, mucho más estimulante, que ayuda a justificar estos intentos iniciales por llegar a conocer nuestra verdadera naturaleza, algo que nos asegura la victoria. Ese algo es una característica – si así podemos decirlo, de la materia; supongamos que algo, una célula o una semilla, digamos – que comienza con uno, se multiplica transformándose en dos; el próximo paso no será tres, sino dos veces dos que, claro está, es cuatro; cuatro no aumenta en dos, sino que inmediatamente llega a ser ocho; ocho se transforma en dieciséis; dieciséis se transforma en treinta y dos; treinta y dos se hace sesenta y cuatro y sesenta y cuatro, ciento veintiocho. Al cabo de siete transiciones se va del uno al ciento veintiocho, porque el proceso de la vida avanza en progresión geométrica más bien que en simple suma. Si fuese simplemente progresión por adición,

después de siete cambios sólo tendríamos ocho unidades en lugar de ciento veintiocho. En otras palabras, cada paso adelante no es un tedioso escalar, sino que involucra un tremendo empuje, una formidable multiplicación de energía, de capacidad. Puede no ser fácil dar los pasos necesarios, pero las ventajas logradas después de cada uno son tan ricas, que merecen cualquier grado de esfuerzo de nuestra parte.

El crecimiento de cualquier tipo es un milagro; que una semilla como un puntito pueda transformarse, gracias a las emanaciones de una nube de gas ardiente situado a millones de millas de distancia, y evolucionar rápidamente en un gran árbol; que un huevo poco menos que invisible pueda, al cabo de nueve meses, nacer como un ser humano que ve, que oye, que respira, que se mueve y que potencialmente puede pensar. Esto muestra la naturaleza y el poder de la vida. El alma es tan viva y tan vital y puede responder en forma tan extraordinariamente como una semilla o un huevo si se le somete a las fuerzas que fomentan su crecimiento.

Partiendo siempre del supuesto que no sólo el mundo físico, sino también el mundo espiritual se gobierna por leyes, ¿cuáles son los requisitos para el crecimiento espiritual? El requisito primordial es ponerse a la luz del sol. ¿Cuál es esa luz solar? Es el amor de Dios. Si comparamos a Dios con el sol, los rayos que de Él emana son Su amor. La vida se desarrolla cuando hay luz, transforma la luz en energía, se edifica a sí misma con el poder de la luz. El amor de Dios es la luz que requiere el alma. En ella expande, crece, se llena y cobra forma. Los **"por qué"** son cosas que parecen estar vedadas para siempre para nuestro conocimiento. No sabemos por qué Dios es. No sabemos por qué el universo es como es. Incluso no sabemos **qué** es Dios, en esencia. Si de ello se trata, ni lo es en esencia la materia, ni aun lo que nosotros mismos somos. Pero de los **"cómo"** algo sabemos: cómo llegamos aquí nos lo está comenzando a mostrar el estudio de la evolución; cómo funcionar en este mundo con el objeto de obtener de él el mayor provecho, lo estamos aprendiendo rápidamente con la ciencia. Cómo desarrollar nuestro ser interior es también un conocimiento que está abierto para nosotros. Las hojas enderezan sus verdes manecillas para recibir el máximo de la luz cuando lo requieren. Los animales se trasladen de la sombra al sol con el objeto de obtener el bien que confiere. Aun cuando somos tan superiores a los animales y a las plantas, parece como si careciésemos del instinto de uno y del sentido común práctico del otro. No nos ponemos a la luz solar del Espíritu; por el contrario, bajamos las cortinas – sean éstas de la sensualidad, de descreimiento, o de pura terquedad – y hambreamos a nuestras miserables almas.

Algunas cosas de este mundo existen debido a la no existencia de otras. Por ejemplo, existen las sombras debido a que no hay luz; el frio, porque está ausente el calor; la muerte, debido a que ha cesado la vida, el odio, porque ha decrecido el

amor y su lugar se ha llenado con odio. Si la gente está (como es evidente que lo está) confundida, infeliz, insatisfecha, se debe a que se han apartado de la fuerza que es la única que les puede traer certeza, júbilo y satisfacción, y esa es la fuerza del **amor** que su Creador está derramando continuamente sobre ellas y de la que ellas se están apartando continuamente.

Capítulo III
El Camino de la Felicidad

El ajuste de la vida interior del individuo, depende de que se cumplan ciertos requisitos esenciales. Debe aprender a amar a Dios. Debe aprender a tener fe en Dios así como también en su propia alma. Debe aprender a orar. Debe aprender a vivir en forma diferente. ¿Por qué debe él hacer estas cosas? No es porque alguien le diga que debe hacerlo, no porque se le previene del fuego del infierno si no lo hace, y no solamente porque él crea que son cosas buenas en sí. Debería hacer estas cosas por estar convencido que están basadas en leyes tan grandes y sólidas como la ley de la gravedad, o como los principios que gobiernan la actividad de los átomos y de las estrellas.

¿Por qué deberíamos amar a Dios? A menudo decimos que una planta ama el sol; lo que queremos decir es que cada una de las pequeñas células verdes que contiene, se pone activa almacenando en sí energía cuando se la pone a la luz del sol. En otras palabras, responde ante aquello que le proporciona el máximo beneficio. Así respondemos también nosotros, en lo más profundo, a la luz del sol del amor de Dios, si corremos las cortinas y permitimos que brille en nuestro interior. Solamente que nuestra respuesta puede y debe ser consciente e inteligente. Ningún amor en este mundo, por grande que sea, está enteramente libre de egoísmo; incluso el amor de una madre por un niño no es desinteresado ni desprendido, por mucho autosacrificio que muestre. Sólo hay una Persona que nos ama sin pensar en beneficiarse de ello, y es nuestro Creador.

¿Por qué habría de ser así? Por dos razones. En primer lugar, solamente porque como el sol, cuya naturaleza es irradiar, Su naturaleza es amar; y en segundo lugar, porque como el sol, Él nada necesita de nosotros; es completamente independiente de nosotros. Sea que continúe la vida sobre este planeta o deje de existir, ello no tiene efecto alguno sobre el sol; sea que amemos a nuestro Creador o no, ello no lo afecta a Él, ya que Él no depende de nuestro amor para nada. Sin embargo nosotros dependemos de Él. ¿Qué es lo que nos demuestra el amor más elevado y desinteresado que conocemos? Una madre ama a su hijo; está llena del deseo de fomentar su desarrollo, de protegerlo de ser dañado, de verlo crecer fuerte y de ayudarle, de ver que esté feliz y desarrolle sus potencialidades. Por imperfecto que sea el amor humano, no obstante es el más elevado y mejor que conocemos. El amor de Dios por nosotros es de la misma naturaleza, deseándonos todo bien,

siempre listo para ayudar – con la salvedad que es perfecto y no tiene la más mínima traza de interés propio agregado. ¡Si sólo pudiésemos comprender que, hablando en forma figurada, estamos bañados continuamente en una Luz fulgurante de Bien! Que día y noche, caen como torrente sobre nosotros los beneficios y poderosos rayos del Amor de Dios, y que lo único que necesitamos hacer es quitar los aislamientos que hemos construido alrededor nuestro y permitir que esa Luz penetre y nutra nuestras almas! ¿Es posible no responder a una fuerza como esa? ¿Podemos tener menos sensibilidad que una planta, que añora la luz solar, o ser menos capaces de amar a Aquello que nos ama a nosotros que un cachorro de lobo y un pollo – los cuales, ambos, aman a sus madres?

¿Qué es fe? Nada es más esencial para la vida que el tener fe, y no obstante resulta esquiva cuando tratamos de definirlo en palabras. Es posible que se pueda entender mejor por sus resultados. La fe, el creer, es un poder tremendo; a veces se basa en conocimiento consciente, a veces sobre una extraña convicción intuitiva. El creer se basa en uno u otro de estas cosas. Un científico sabe, digamos, ciertos hechos ya ampliamente demostrados. El cree que más allá de ellos, hay otro hecho, otra ley u otra función, que nunca antes ha sido definido o demostrado. Esta creencia que tiene le permite seguir adelante y hacer que lo desconocido se conozca. Su convicción es la que le impulsa hacia adelante, hacia el nuevo descubrimiento. Por otra parte, hay una convicción intuitiva que también posee enorme poder; un hombre jamás ha hecho cierta cosa, nunca ha oído que alguien lo haya llevado a cabo, en realidad, puede ser que nunca se ha hecho antes, y no obstante él siente la certeza, él cree con todo su corazón, que se puede hacer, y él tiene éxito en llevarlo a cabo. No tenía ningún conocimiento ni experiencia para guiarle, sólo fe en la posibilidad de algo, pero esa fe era tan fuerte que lo llevó adelante hasta lograrlo. El momento en que uno cree que puede hacer algo, parece como si penetrase en uno como un torrente el poder; en cuanto uno cree que no puede hacerlo, se ha perdido más de la mitad de la batalla, parece como si uno hubiese sido vaciado de la fuerza necesaria para hacerlo.

Los psiquiatras conocen el poder de la fe, y una de sus funciones primordiales es inculcar en la mente del paciente la convicción de que él puede hacer cierta cosa. Las curaciones mediante la fe se basan en su mayor parte sobre lo mismo: todo el ser del paciente se llena con la convicción que cierta acción lo curará y, a menudo, al parecer en forma milagrosa, lo logra. Es evidente que la fe es una gran fuerza de fermentación. Esta **creencia**, fuerte en sí, es aún una fuerza limitada. ¿Pero supongamos que enganchamos la fe a una fuente inagotable de poder? ¿Supongamos que usted tiene un amigo que podía hacer cualquier cosa, tan grandes eran sus recursos, y que ese amigo estaba dispuesto a delegar en usted,

conferirle, en ciertas ocasiones, acceso a sus poderes? Aun cuando usted seguiría siendo tan sólo un intermediario, sin embargo, usted esgrimiría un poder tremendo.

Ese amigo todos los tenemos. Él es Dios, y Él nos dará acceso a Sus poderes (en una medida razonable, naturalmente) si tenemos fe en ellos y en Él. Esto es lo que se quiere decir en la Biblia cuando se afirma: ***"Si tenéis fe así como un grano de mostaza, diréis a esta montaña, vete aquí a aquél lugar, se moverá; y nada os será imposible"***. Éstas no son meramente ideas vagas y hermosas, se basan en grandes leyes espirituales. La fe es un imán, atrae poder, así como un cristal brillante o un vidrio capta los rayos del sol. Cuando desde lo íntimo nos acercamos a Dios, creyendo en Su ilimitado Poder, creyendo no sólo que Él puede ayudarnos sino que **lo hará**, hacemos algo orgánico; tendemos una cañería a través de la cual la fuerza, la curación, la inspiración o lo que sea pueden fluir hacia nosotros. Ningún esfuerzo + ningún medio = ningún resultado. Espiritualmente así como físicamente, es la misma antigua forma de vivir; si deseamos algo, agua, luz solar, aire, debemos ponernos en una posición para recibirlos; si deseamos recibir ayuda de Dios no sólo debemos creer que Él puede ayudarnos sino que Él nos ayudará en realidad – que de hecho, está en Su naturaleza el brindarnos ayuda.

¿Cuál es el propósito de la oración?

Es extraordinario cuán poca es la gente que ora. Pueden ser gente muy buena, incluso gente muy religiosa, pero no oran. No pueden ver la razón para ello y, a menudo, se sienten incómodos cuando tratan de hacerlo. Incluso creyendo en Dios, aún así no le piden a Él nada. Argumentan que o Él ya sabe lo que necesitan y se lo provee con regularidad, o que no es necesario pedirle nada a Él; basta con extender la mano y recogerlo por sí mismos. ¿Por qué habría de ser así? ¿Ante todo, por qué habría de responder Dios a todos nuestros deseos interiores, aun cuando rehusamos ponernos en contacto con Él? ¿Por qué habríamos nosotros de recibir algo sin esfuerzo alguno de nuestra parte? No somos piedras, somos organismos; no somos tan sólo organismos, sino que somos los que estamos más altamente evolucionados sobre esta tierra. La materia viviente lo recibe todo mediante un proceso de actividades y de asimilación, no como el agua que se vierte en una taza, sino como una mano que se tiende para recoger lo que desea, como una planta cuyas vigorosas raicillas excavan y succionan buscando la humedad y el alimento. En cuanto a que podamos tender la mano para recoger cualquier cosa que deseamos para nosotros, hay muchísimas cosas que están más allá de nuestro alcance y que, no obstante, nos agradaría tener y que, con ayuda, podríamos obtener; no debemos ser demasiado orgullosos, o demasiado torpes, para pedir esa ayuda. ¡No hay razón alguna para que supongamos que todas nuestras necesidades espirituales nos van a ser entregadas regularmente, libre de costo y sin que incluso presentemos un pedido para obtenerlas!

Hay otra razón para la necesidad de la oración, mucho más urgente que el sólo permitirnos solicitar lo que deseamos. Este espejo de nuestra alma, aun cuando lo hayamos vuelto hacia arriba en lugar de hacerlo hacia abajo, se llena de polvo y se empaña. La oración lo deja limpio. A primera vista esto puede parecer una idea muy extraña, pero bien mirada, no es en absoluto rara. ¿Qué hacemos realmente cuando oramos? Pensamos en Alguien más grande que nosotros, nuestro Padre, nuestro Amigo, nuestro Dios. La Esencia Infinita, el Origen de todos los orígenes. Llámelo como quiera, son la Realidad y las funciones las que importan, no el nombre. Comprendemos que Él – este Ser u Origen – posee todo el poder ya que Él nos creó a nosotros y al cosmos, con todos sus innumerables universos. Recordamos que Él nos ama. Recordamos que Él puede ayudarnos si es Su Voluntad. Sea que nuestra oración es para pedir ayuda, o por un favor, o sólo para decir cuán maravillosos nos parecen Sus caminos, o para agradecerle por algo, enfoca nuestra atención sobre esa Estrella Polar inmutable e infinita por la que deberíamos fijar nuestra ruta. Nos reorienta hacia ella, si nuestra brújula se ha mostrado vacilante; nos recuerda lo que hay por delante, fija nuestra atención, aun cuando sea por un instante, sobre los Valores Eternos, en lugar de sobre aquellos del diario vivir que fluctúan continuamente.

La oración remueva, forzosamente, el polvo de esta vida cotidiana. Aun cuando sólo se digan dos palabras, ***¡Oh Dios!*** y se piensa en lo que implican esas dos palabras, no se puede seguir tan envuelto en los problemas propios, tan distraído por el ajetreo de las ocupaciones o tan absorbido por los placeres o pesares, como se estaba antes. Y para orar es usual decir mucho más que ***¡Oh Dios!*** Por ejemplo, dos personas están sinceramente enamoradas la una de la otra; su amor es una cosa hermosa, los levanta por encima de ellos mismos, les trae una felicidad que nunca antes tuvieron, parece abrir la puerta hacia un mundo mejor y más noble que el que jamás supieron existía. Gradualmente encuentran que su amor es menos bello, se encuentran fallas el uno en el otro, a lo mejor escuchan los cuchicheos y críticas de otros; su amor se comienza a mancillar con un cúmulo de molestas trivialidades. Si no reconocen este hecho, si no hacen un esfuerzo para no perder lo grande a causa de la acumulación de muchas pequeñeces no esenciales, pueden encontrar que su amor se ha obliterado por completo; peor aún, pueden creer que nunca lo tuvieron realmente.

La naturaleza misma de la vida en este mundo material parece tender al confusión y el enredo si no se tiene cuidado, si no se reexaminan continuamente los valores grandes para separarlos de los pequeños. Es más o menos lo mismo en nuestra relación con Dios. El resplandeciente espejo de nuestros corazones, nuestras almas – ya que con seguridad lo que llamamos **corazón**, el asiento de todo sentimiento suave, cálido y hermoso, debe ser sinónimo de **alma** – se cubre con el

polvo de vivir. Detalles se apilan interminablemente; pequeños pensamientos, pequeñas acciones, pequeños sentimientos, pequeñas preocupaciones – hasta que ya no se refleja el sol en el espejo, hasta que en ocasiones olvidamos que hubo alguna vez un espejo o un sol. La oración remueve este polvo de la vida de ese sol interior y, a medida que la Luz de la Verdad, de los Valores Reales Eternos, brillan en él, vemos con mayor claridad nuestro camino. Todos los enredos en que nos encontramos cobran perspectiva; vemos nuevamente lo que es esencial lo que no es esencial. Aún más, podemos conectarnos con los recursos infinitos que nuestro **Amigo** pone a nuestra disposición y sacar nueva fuerza y confianza para seguir adelante con las tares de la vida.

Si la gente contemplase su vida interior como sometida a leyes, no estaría en el estado de confusión en que está en la actualidad, y tampoco sucedería, como a menudo es el caso, que encuentra el secreto de la oración sólo para perderlo nuevamente. Durante las guerras o en momentos de gran tensión personal, cuando los individuos se hallan sometidos a tremendas presiones de peligro o de aguda agonía mental o física, muchas personas oran, quienes o nunca lo hicieron antes, o nunca desde su niñez; y no sólo oran, sino que descubren que reciben ayuda. Repentinamente, desesperadamente, sin saber a qué otra tabla aferrarse en su apuro, tratan de obtener que pase un llamado a Alguien de Quien saben, pero a Quien nunca se dirigieron personalmente. Alguien de Quien han oído, Alguien llamado **Dios**. Para alivio suyo, a menudo con sorpresa, descubren que en respuesta a su grito desesperado, *¡Auxilio!*, reciben auxilio. Pero es probable que no se den cuenta que durante toda su vida, por la naturaleza misma de su ser y del Ser de Dios, el auxilio siempre estaba a la mano, sólo que no lo pidieron. Ahora que ha desaparecido la presión de los acontecimientos, muchas de estas personas dejarán de orar a no ser que en algún momento futuro se encuentren nuevamente empujados hacia un apremio. O volverán su espejo hacia abajo, extinguiendo su luz, o se olvidarán de pulirlo y la luz dejará de reflejarse en él. En su mayoría, no harán esto deliberadamente, sino tan sólo porque para ellos es todo muy vago y los acontecimientos de la vida diaria son urgentes y enfáticos. La tremenda fuerza centrífuga que actúa en nuestras vidas ultra-civilizadas, tan vertiginosas, tan llenas de diversiones y problemas, los volverá a arrojar – si no hacen un esfuerzo por evitarlo – lejos de esta fuerza interior nueva que han descubierto, o han vuelto a descubrir.

Somos, cuando pensamos en ello, muy egoístas y descorteses en nuestras oraciones. Casi todas ellas son oraciones de: *Dame*, *<u>Yo</u> quiero esto y <u>Yo</u> quiero aquello*, y *Llévate esto y haz eso para <u>Mí</u>*. Rara vez decimos **Gracias** y más raro aún es que expresemos alabanzas por toda la belleza en el mundo, las aguas puras y los cielos claros, las estrellas, los bosques, la alegría de vivir; por tener buena

salud y carecer de defectos físicos; por estar alimentados y no hambrientos y con frio; por amar y ser amados. ¿Cuántos de nosotros agradecemos alguna vez a Dios? No obstante, deberíamos expresar alabanzas y agradecimientos no solamente porque es decente proceder así, sino porque enfatiza en nuestras mentes todo aquello por lo que debemos estar agradecidos. Nos hace salir de nuestras actitudes criticonas y egoístas, cuando no hacemos otra cosa más que quejarnos y envidiar a aquellos quienes tienen más.

Debemos practicar como orar, aquellos de nosotros que o no sabemos cómo hacerlo o lo hacemos en forma equivocada. Decir entre dientes en forma distraída algunas frases, es poco probable que produzca resultado alguno - ¿por qué habría de producirlo? En todo es necesario vencer una fuerza de inercia; ya sea en el esfuerzo por ponernos de pie sobre nuestras piernas, o antes de caminar, o de ordenar nuestras ideas antes de pensar, o de empujar con fuerza antes de lograr que algo se mueva. Cuando se ora, hay que poner algo en ello, cierta cantidad de sinceridad, alguna urgencia, algún sentimiento, alguna insistencia, a fin de lograr **sintonizar** La Planta de Potencia con el que uno busca establecer contacto. Está allí todo el tiempo, pero es necesario que uno establezca contacto. Si usted **cree** que está allí el esfuerzo es infinitesimal, porque su propia certeza es un imán, un sintonizador automático. Pero si usted no cree, tendrá que aprender, paso a paso. Inténtelo, así como se hace con cualquier arte nuevo; siga intentándolo hasta que comience a obtener la respuesta; usted abrirá un camino a través de sus propias inhibiciones, sus propios problemas, sus propias incertidumbres, hacia Dios. Debe funcionar, porque cumple con las leyes que gobiernan vuestra propia alma. El alma debe ser sintonizada, conscientemente, dinámicamente, con su Creador, a fin de poder mantener espiritualmente sana.

¿Qué quiere decir, vivir en forma diferente?

Todo sigue un modelo en este mundo; todo se desarrolla con una relación definida entre las partes que lo constituyen. Desde los átomos hasta las nebulosas, existe un equilibrio, un sistema, una pulcritud en las cosas, que es la esencia misma de su ser, las cosas funcionan suavemente cuando no se altera su equilibrio esencial. La salud, en los organismos vivientes, se basa en que, cada parte constitutiva esté en la debida relación con todas las demás partes; si se altera el equilibrio, si se aumenta esto o se disminuye aquello, se produce una anomalía o una enfermedad. Si se saca un cromosoma “X” del núcleo y se substituye por un cromosoma “Y”, se obtiene un macho en lugar de una hembra; todo cambia, se modifica todo el curso de la vida; sentimientos, ocupación, hábitos, funciones corporales, voz, figura. Todos se revolucionan por esa única y pequeña diferencia. El equilibrio, por lo tanto, es absolutamente esencial en la vida, ya sea anatómica, biológica o espiritual.

Nuestro conocimiento de lo que necesita el cuerpo y cómo tratarlo ha dado un salto hacia adelante en los siglos diecinueve y veinte, más de lo que hizo en centenares de siglos en el pasado; en las últimas décadas, nuestro conocimiento del funcionamiento de la mente humana han conducido al desarrollo de la ciencia de la siquiatría. Estamos comenzando a comprender por qué hacemos las cosas y cómo funciona la mente. Hoy no es necesario decir a la gente civilizada que las malas condiciones sanitarias, los bichos, las fuentes de agua impuras, el hacinamiento y la mala nutrición causan enfermedades; saben esto demasiado bien. Gradualmente, también estamos comenzando a pensar en formas de mejorar la sociedad al manejar a la gente en forma diferente, según los métodos que dicta la sicología: las reformas carcelarias, la terapia ocupacional, las cortes juveniles, la rápida rehabilitación de la personalidad de individuos afectados por la guerra, todo ello muestra que deseamos mejorar nuestro mundo de acuerdo con ciertas reglas fundamentales, que se sabe funcionan, que se podrían llamar reglas de salud, reglas para pensar.

Necesitamos saber más de las reglas espirituales sobre cómo vivir, sobre lo que es bueno para nuestro desarrollo interior, sobre lo que debemos hacer para tener no solamente cuerpos y mentes sanos, sino también espíritus sanos.

Sabemos que nada, que ninguna teoría o estructura, sea ésta matemáticas o de ladrillos y argamasa, puede perdurar si sus cimentos no son sólidos. Una cosa es exacta, verdadera y está de acuerdo con los hechos o es falsa y no puede resistir nada; los cimientos y el entramado de una casa o son sólidos y lo suficientemente fuertes como para sostenerla, o la casa se viene abajo. Lo mismo se aplica a nuestro carácter, y el primer ingrediente fundamental que éste requiere es la **Veracidad**. La mentira, el engaño y la hipocresía son materiales de mala calidad; son de mala calidad porque no son auténticos, no pueden resistir la luz de la investigación, mientras que la veracidad es intachable y puede resistir cualquier prueba. La naturaleza tiene por cimiento la verdad, no se la puede engañar; sólo es aceptable lo que calza, lo que se ajusta a su propio lugar, lo que mantiene el equilibrio. Lo postizo y los substitutos son eliminados. Pero el hombre, que es relativamente libre, tiene la prerrogativa real de elegir – puede elegir si va a ser mentiroso o veraz – pero su vida se va a ver torcida, enredada y hambreada si la entreteje con mentiras. El paño de su carácter va a estar lleno de substitutos y debilidades si la llena continuamente con cosas falsas en lugar de los valores buenos, sólidos y veraces.

La mentira no sólo engaña a los demás, sino que gradualmente engaña al propio mentiroso. Ese sentido brillante que posee todo animal, incluso nosotros, mediante el cual discrimina entre lo que es genuino y lo que es falso, se embota y finalmente se atrofia. No podemos mentir y ser nosotros mismos, ya que mediante la mentira

introducimos en nuestro esquema un fraude; algo muerto ha sido incorporado a nuestra estructura viviente. Las cosas muertas en los cuerpos vivos son peligrosas, porque corrompen. Las mentiras, de igual manera, corroen gradualmente la fibra moral. De decir lo que no es verdad, no hay un paso demasiado grande a hacer lo que no es verdad; en otras palabras, despojar algo que a uno no le pertenece. Si en una ocasión uno puede tener tan enredados sus valores que parece no tener importancia si lo que usted dice se basa o no en los hechos, es muy fácil que se pongan aún más enredados hasta que la frontera entre lo que es *mío* y *tuyo* se haga invisible. La veracidad es la roca sobre la que se debe edificar el carácter y entonces, no importa cuán fuerte sea la tormenta, no puede echar abajo la estructura. Este universo vasto y activo, que late, se expande y evoluciona, es real; todos sus valores son genuinos, no hay lugar alguno para algo falso. ¿Cómo puede estar sana y feliz la vida de un hombre si está llena de boquetes? Porque una mentira es un boquete, es ausencia de lo real, el hecho, la verdad.

Nada que no sea la pereza, la vanidad, la avaricia o la cobardía, pueden dar origen a la mentira. Cuando la gente dice: “Es más amable no decir la verdad”, sólo se está excusando o engañando a sí misma. A la larga siempre es más amable decir la verdad, porque entonces la persona sabe en qué posición está y qué debe hacer. (La única excepción a esta regla general es el médico, de quien no se puede esperar, por causa de la veracidad, que diga a su paciente algo que sea tan fuerte que le ocasione de inmediato la muerte, o que impida que se sane). Una mentirilla pequeña, una negligente falsedad, puede ser causa de grandes malentendidos y daños. Destruye la confianza – porque si un hombre le dice a usted una mentira una vez, ¿qué garantía hay que no lo hará dos veces, o siempre? ¿Y si miente a una persona, no lo hará con otra? ¿Qué hay en él que permita que usted le tenga confianza?

A la veracidad hay que agregar la **Honradez**, otro ingrediente esencial de un carácter saludable. No es obligatorio que ambos vayan juntos. Hay mentirosos honrados en este mundo y también ladrones que dicen la verdad. La honradez no se limita a no robar el dinero de otro, también implica el no robar lo intangible: si usted le hace el amor a la esposa de un amigo, no puede decir realmente de usted mismo que es honrado; le está saqueando algo que él puede valorar más que el dinero o acaso la vida, y si usted no le está saqueando el amor, cuando menos le está saqueando su honor. Hay hoy en día en el mundo una gran franja que se podría llamar de cuasi-honradez; no es honradez – o blanco – y no es improbidad – o negro – es una amplia mescolanza de las dos, que se reúne bajo el nombre de soborno, privilegios inmerecidos, propinas o, en dicho popular *llevar aguas a su molino*. El grado de corrupción que existe bajo estos encabezamientos, necesitaría para su descripción un libro de buen tamaño. Sea que se trate de comprarse el

acceso a un cargo, o de obtener un favor, o de asegurar que cierto tipo de negocio llegue a su oficina, mediante soborno, o de darle un obsequio a alguien que pueda beneficiarle para ganar su simpatía o para que se vea obligado de hacerlo algún servicio, o de aceitarle la mano a alguien que le dio a usted una ayuda como un recuerdo de que hay más aceite disponible si se obtiene más ayuda – en otras palabras, dar propinas en el sentido grande de la palabra – tampoco es honrado, porque significa obtener para sí mediante medios incorrectos alguna cosa que, nueve veces de diez, lo merece mucho más otro hombre que usted. Incluso si en la décima vez usted obtiene la que merece, al utilizar tales métodos usted está fomentando prácticas que son esencialmente deshonestas. Puede ser bueno para su cuenta bancaria, pero es imposible que sea bueno para su carácter; puede que usted pase por esta vida con mayor cantidad de los bienes de este mundo, pero es imposible que salga con mayor respeto por su propia decencia. Como *usted no puede llévaselo* cuando se vaya de aquí – ya sea el dinero o los bienes – es mejor invertir en aquello que no solamente puede llevarse, sino que tendrá que llevar a cuestas por tiempo indefinido – su propio carácter.

Rectitud. Usted puede ser completamente veraz, usted puede ser el hombre más escrupulosamente honrado del mundo, y sin embargo puede no tener un carácter recto. Un hombre recto implica algo agradable, algo de lo que se puede depender, algo que uno instintivamente desea que hubiese más en el mundo; un hombre cuya palabra vale, en quien usted puede depositar confianza, que no haría nada mezquino o bajo cuerdas, no importa cuan grande fuese la tentación.

Otro rasgo humano inapreciable, que se encuentra con frecuencia muy escasa en el mundo actual, es la **Confiabilidad**. Es asombroso cuán poca es la gente que hace lo que dice que hará, que cumple con lo acordado, que es puntual y cabal en sus compromisos, sean sociales u otros. La confiabilidad no sólo implica fuerza, sino que genera fuerza. Usted pastorea sus energías, sus horas, sus pensamientos, en un sentido determinado; usted se concentra sobre un punto fijo – trátese de la fecha de un compromiso o meta, como aprender francés – y se esfuerza por avanzar hasta llegar a la meta. Esto trae un sentimiento de haber cumplido, de confianza en sí mismo, de auto-estimación: “No solamente dije que lo haría, lo hice según lo programado, en forma total y completa”. La recompensa interior del individuo es una sensación de poder y de satisfacción. La recompensa exterior que recibe no es solamente un mayor respeto y admiración de sus congéneres, sino gratitud y un flujo más rico de vida en su dirección. Si se puso a aprender francés y lo aprendió, su talento se acrecentó, aumentó su capacidad de aprendizaje, su mente se amplió. Si en sus relaciones de negocios se ha mostrado confiable, ha hecho una inversión en un haber capital cuyo valor no puede ser sobre estimado; si en sus relaciones personales ha mostrado sentido de responsabilidad, de

puntualidad y confiabilidad, se ha transformado en un haber social para sus amigos y conocidos y una torre de fortaleza para su familia.

Estos son requisitos de fina ley y de lecho de roca para el carácter. Pero se les podría llamar las *virtudes frías*; aun cuando son completamente esenciales, son igualmente insuficientes para la formación de un ser humano noble. Hay que sumarles las *virtudes cálidas*. La primera de éstas es la **Bondad**. Si comparamos las otras con la luz, ésta es la lluvia que refresca, que da vida tanto como lo hace el sol, que depura y bendice a medida que cae. Nuestro hombre modelo es, hasta aquí, veraz, honrado, recto y confiable. También puede ser de espíritu duro, frio, indiferente al sufrimiento de los demás, tacaño, despiadado y criticón. Es como una estatua de mármol, perfecto pero sin vida. El calor debe llenar su corazón y sus venas, debe aparecer el color en su piel, deben latir sus arterias, sus extremidades se deben mover. Lo que se requiere es bondad.

La mera palabra bondad es agradecida a nuestros oídos; implica tanto bien, tanto aligeramiento de las cargas, tanto iluminación de vidas oscuras. Está compuesta de tantas cosas cálidas y nobles; a veces es una manifestación de piedad, otras de simpatía, en ocasiones amor y en otras de justicia – puede fluir de tantos manantiales en nuestra alma. A veces somos bondadosos porque estamos felices, otras veces porque está roto nuestro corazón, en otras ocasiones porque consideramos que es nuestro deber, y en ocasiones porque lo contemplamos como nuestro más grande privilegio. Se manifiesta de mil maneras. En este momento es bondad no hacer algo: no reírse de la ineptitud de otro, de las tonterías de los adolecentes, de la solemnidad ridícula de la acción o palabra de un niño, o el fijarnos en la deformidad o embarazo de alguien menos afortunado; en ese momento fue bondad alabar, estimular, o ser galante; en ocasiones podemos mostrar bondad con una sonrisa, en otras con una palabra, y en otras con una acción. Pero hay una cosa de la que podemos estar seguros, que cada pizca que damos de ella en este mundo, no importa cuán grandes sean los beneficios que confiere, nos hace más bien a nosotros que jamás puede hacer a otros. Nuestra bondad libera en nosotros enzimas espirituales (para pedir prestada una palabra a los biólogos) que nos ayudan a digerir nuestras propias substancias duras. Nuestro egoísmo, nuestra avaricia, nuestros prejuicios y nuestras inhibiciones son afectados directamente por la bondad que mostramos hacia otros.

A la bondad se deberían agregar estos sentimientos tiernos que son características distintivas de la raza humana: **Simpatía, Compasión, Comprensión, Perdón, Generosidad**. Todos hacemos lo que está mal, sea en grande o sea en pequeño, porque no somos perfectos. Lo malo implica la necesidad de castigo. Para desistir del castigo, o para mitigarlo, se requiere **Perdón**. Ésta es la razón por la cual se ordena el perdón en el Padre Nuestro, cuando dice:

"Perdónanos nuestras faltas así como nosotros perdonamos aquella falta en contra nuestra"[2]. Si esperamos el perdón de Dios, nuestro Padre Divino, entonces mostremos *la realidad de esa* esperanza al perdonar aquí a aquellos que nos dañan personalmente. La palabra perdón, en sí, implica un acto de **Misericordia**. Seamos misericordiosos el uno con el otro, para que Dios pueda sentirse motivado a mostrarnos misericordia; al ver que mostramos indulgencia amorosa y paciente el uno hacia el otro, Él se mostrará contento con nuestro espíritu y nos recompensará con paciencia e indulgencia por nuestras propias faltas y errores.

El **Comprender** las dificultades de otros, sus motivos, sus contratiempos y debilidades, es el primer paso para ayudarles. La intolerancia no resolverá ningún problema; como un médico sabio, debemos escuchar los síntomas para poder diagnosticar la enfermedad. Y sin embargo, cuán extraordinariamente escasa es la comprensión que se manifiesta en el trato entre las personas en estos días. Es casi como si una epidemia de dureza de corazón (por no mencionar dureza de cabeza) hubiese estallado. Las naciones casi no hacen esfuerzo alguno para comprender la realidad de sus respectivos problemas, tampoco lo hacen las clases sociales ni las razas. Están demasiado ocupados vituperándose entre sí, como para hacer una pausa para escuchar la historia que relata el otro. Lo mismo es válido, en gran medida, entre los individuos. En lugar de acercarnos el uno al otro con la mente abierta, cada uno de nosotros tiene un plan ya hecho y muy completo, con el que queremos enjaezar a nuestro interlocutor, o tenemos tantos perjuicios respecto a sus puntos de vista, que rehusamos escuchar una sola palabra de lo que dice.

Esta ridícula actitud se puede encontrar en todas nuestras relaciones: los padres hacia los hijos, los hijos hacia los padres, los empleados hacia sus empleadores y viceversa, los pobres hacia los ricos, y los ricos hacia los pobres y así *ad infinitum*. Es lo diametralmente opuesto a la actitud científica hacia la vida. Un científico no se puede dar el lujo de tener prejuicios, porque al tenerlos puede alejarse del camino, no comprender el punto, perder su valiosísimo tiempo persiguiendo una ilusión. Debe tener una mente permanentemente abierto, debe mostrarse interesado en los hechos propiamente tales que le presenta un problema, y en hallar una respuesta. ¿Por qué no tratamos de acercarnos el uno al otro con la misma actitud mental ilustrada, desapasionada y de comprensión? Entonces podríamos llegar a la médula del asunto, podríamos ayudarnos realmente los unos a los otros. Algunas personas parecen no tener ni piedad ni simpatía (esto se refiere a gente normal, no tipos criminales); se enorgullecen porque pueden pasar sin algo que ellos consideran son señales de debilidad. Adoptan la actitud de que la culpa la tiene el individuo y que si él sufre sólo está pagando el precio de su pecado, su locura o su

[2] Traducción literal de ingles (N. del T.)

estupidez. En otras palabras, sufren de esa horrible enfermedad que es la gazmoñería. Todos nos hemos encontrado con seres tan inmutables; en ocasiones son ateos, otras veces muy religiosos pero son muy desafortunados, porque han colocado a sus mentes en un estado de desarrollo incompleto. Si no creen en mostrar **Simpatía** o **Piedad** hacia otros, significa, claro está, que se sienten en situación de no prestar atención a tales manifestaciones en sí mismos. Nadie puede darse el lujo de tomar un riesgo tal. Nadie puede sentirse seguro de que, en alguna manera, algún día, puede hundirse a tal punto como para merecer piedad, o que sufrirá un golpe que necesitará el bálsamo de la simpatía humana. En el momento en que una persona se imagina que nunca necesitará uno o lo otro, en ese mismo instante necesita realmente las dos, porque ha cerrado la puerta que lleva a su propio desarrollo. Si incluso no tiene suficiente imaginación para comprender que algo le puede suceder, que súbitamente se puede caer de su cómoda altura, él está, por cierto, en una situación peligrosa, porque ha dejado de estar en guardia contra el peligro; el peligro y la vida anda de la mano, tanto el peligro interior como el exterior. Si no estamos progresando, es más que probable que estemos en retroceso. Una persona satisfecha consigo misma siente que ha hecho casi todo el progreso que necesita y, en consecuencia está a punto de, o ha comenzado ya a retroceder. El retroceso da origen a las caídas, las caídas necesitan piedad y simpatía para ayudar al espíritu herido a que lo intente nuevamente.

La **Generosidad** es otra característica humana que se debe buscar. Es bastante extraño que, en términos generales, los pobres sean más generosos que los ricos o la gente en buena situación. Como ellos mismos tienen poco, han llegado a saber cuánto puede significar sólo un poco; como han sufrido mucho, ven con más facilidad cómo están sufriendo los demás y dan su pizca para aliviar la carga. Dar es una sensación muy agradable, especialmente si se cultiva. Hay veces cuando produce la impresión que la cosa tangible, de la que uno se privó para dar ayuda o alegría a otra persona, ha sido reemplazada por un sentimiento intangible mucho más satisfactorio, una especie de aligeramiento y elevación del corazón y, como se dice que la naturaleza aborrece el vacio y rápidamente llena los espacios huecos, aquello que usted dio a otra persona – siempre que haya sido una dádiva verdadera y no un caso de *¡yo te rascaré la espalda y ahora rasca tú la mía!* – se verá restituido en satisfacción o en la maduración y mejoramiento de su propia naturaleza.

Hay otras dos modalidades de expresión humana a las que se debería dar especial atención cuando se considera qué ingredientes son absolutamente esenciales para un carácter saludable. Una es la **Cortesía**, la otra es el **Uso Correcto de nuestras lenguas**. Se ha dicho que los buenos modales son las pequeñas bondades de la vida. Todo se ve mejor en este mundo si recibe ciertos

toques finales: las gemas primero se cortan y luego se pulen; los muebles se diseñan y luego se tiñen y se barniza; la ropa se corta y se cose, pero también se bastilla con cuidado y se embellece; una casa se construye, pero luego se pinta la madera. La cortesía es, para nuestro carácter, el equivalente de estos toques finales; embellece, hace que nuestra relación con los demás sea más suave y más agradable. A ninguno nos agrada sentir aristas en las cosas, o ver que un objeto muy bien hecho carece de esos toques que lo harían perfecto. Lo mismo vale para los individuos; un carácter agradable, decente, bondadoso puede ser, al mismo tiempo, grosero y desconsiderado en cosas pequeñas, y desgarbado. Sería tanto más agradable, así lo sentimos siempre, si esa persona sólo limase esos bordes ásperos que ponen de punto nuestros nervios y nos causan malestar, si diese un paso más en su desarrollo y dedicase un poco más esfuerzo a su personalidad.

Hay en actualidad una tendencia muy curiosa, especialmente entre la gente joven, quienes piensan que

ser tosco
ser un tanto grosero
y un poco impúdico

es inteligente y una señal de habilidad. Y sin embargo estos mismos jóvenes no sentirían que eran ni inteligentes ni hábiles si limpiaban sus aceitosos dedos en su ropa después de almorzar, o dejaban crecer su pelo como una masa sucia y desgreñada, lleno de habitantes rastreros, o que salivaban sobre la alfombra de la sala de recibo. La mera sugerencia de tales cosas nos repugna – sólo mencionarlos es horrible – y sin embargo contar historias morbosas, ser brusco, descortés y desconsiderado es aceptable. Qué extraño resulta pensar que en los días cuando incluso la gente de noble rango comía con las manos, rara vez se bañaba e incluso más rara vez hacia limpiar sus ricas pieles y terciopelos y soportaba toda clase de bichos personales, sin embargo, aún así mostraban una galantería, una cortesía y una consideración hacia los ancianos, los lisiados y los débiles que rara vez se ve en estos días entre sus descendientes, quienes tanto se jactan de los avances logrados por la civilización.

Bien pudiera valer la pena hacer una lista de algunas de nuestras actitudes más comunes de unos hacia otros que no solamente hacen que la vida sea menos grata para los demás y hace que nosotros seamos menos populares de lo que podríamos ser, pero que también indican una clara deficiencia en la humanidad de nuestro carácter. ¿Es usted un pregonero, uno de aquellos que necesariamente debe ser el único que habla? ¿Si usted lo es, se da cuenta que señala una personalidad estancada? Si no está haciendo progreso, sólo está pisando agua. Si usted se autoestima y a sus propios puntos de vista a tan alto nivel, que debe hablar continuamente del tema, entonces, no está recibiendo nada de los demás, ha dejado

de sentir curiosidad, estar despierto y estar vivo; se ha transformado en ese objeto humano tan tedioso: ¡un latero insoportable! En realidad usted puede ser muy agradable; dese usted mismo una oportunidad y deje de irritar a los demás con su egocentrismo.

¿Es usted una de esas personas mayores quien resopla con desprecio e impaciencia ante toda opinión expresada por un joven, que cree que es imposible que alguien menor de treinta años haga una contribución intelectual ya sea a la sociedad o a su mente? ¿No fue acaso usted nunca joven? ¿Y desde cuándo ha sido la edad un sinónimo de sabiduría? Sea un poco modesto. Recuerde, todos los estadistas y políticos que han dirigido mal el mundo han tenido, en su mayoría, más de treinta años.

¿Es usted una de esas personas jóvenes e inteligentes que creen que todo el que tiene más de treinta años – o de hecho, más que veinticinco – es un viejo fósil a quien no vale la pena escuchar? ¿Qué sus sentimientos, qué sus puntos de vista de actualidad, qué sus intereses, son el verdadero criterio de progreso, y que todo lo demás es una manifestación de senilidad? Tenga un poco de buen sentido. Dentro de pocos años usted también tendrá esa edad. ¿Cree usted que entonces le abandonará toda su inteligencia y que deberá retirarse de la sociedad como un desecho inútil, o espera usted que su actual gran brillo siga aumentando en forma natural por algún tiempo aún? No sea engreído. Su usted tiene las virtudes de la juventud – audacia, entendimiento rápido, una mente más abierta, un espíritu menos reaccionario – la edad también tiene sus virtudes, de experiencia, de estabilidad, de tolerancia, de paciencia y de cautela. El mundo necesita de ambos. ¡No trates a menudo de enseñar a tu abuela cómo se chupan los huevos!

¿Tiene usted la tendencia a desdeñar y apocar aquellas cosas que no son suyas? Si lo tiene, es una señal de un sentimiento de inferioridad. Si usted cree que la gente cortesa está *haciendo exhibicionismo* y que la gente que se viste con gusto está *apegada* a este mundo y que la gente que muestra consideración está tratando de *recomendarse*, entonces es probable que usted sea descortés, descuidado en el vestir y desconsiderado. ¿Por qué no cambia? No hay nada que le impida poseer estas finuras humanas que agregan gracia, encanto y calor a una personalidad y la hacen querer por otros. Si usted ve una cosa buena en otra persona, tómela para usted mismo, porque estos hermosos elementos intangibles de la vida son gratis para todos. Trabaje con usted mismo, perfecciónese. La naturaleza es la gran compensadora, aprenda de ella. Si usted tiene una deficiencia o un impedimento de cierto tipo, vénzalo; si su hogar fue malo o comenzó en una ambiente bajo, cultive sus propios dones, sean cuales fueren – y haga que su desventaja original sea un haber, por contraste. Si es feo o rústico, entonces compénselo siendo ingenioso o inteligente o de carácter dulce, comprensivo y servicial. Si tiene una deformidad,

olvídese de ella; permita que sus demás características brillen tanto que hagan que su deformidad sea sólo un distintivo – aún más, un motivo de admiración. Uno de los hombres mejores que jamás conocí, era un pequeño jorobado. No sólo tenía la deformidad de su espalda y de sus hombres, sino que su cara era también la de un jorobado. Era tan alegre, tan encantador, tan inteligente que todo el mundo lo quería. La prueba de ello era su esposa alta y normal, sus dos hijos realmente hermosos y el hecho que, posteriormente, cuando estos niños ya habían crecido y él era un hombre de más o menos cincuenta años, se casó con otra mujer excelente. Había cultivado todos sus restantes dones de mente y de espíritu en forma tan completa, que su cuerpo deforme, lejos de ser una desventaja, parecía una parte de él que lo hacía querer. Uno no podía haberlo imaginado o haber deseado que fuese de otra manera que la que era.

¡Caras agrias! ¿Le agrada a usted la gente que parece amarga? ¿Hostil? ¿Enojada? Es probable que no, así sea que no transite por la vida haciendo sufrir a sus congéneres con ese tipo de expresión en su propia cara. Generalmente la gente tiene esa expresión porque está enferma, disconforme o turbada. Bueno, hay remedios para estas expresiones faciales. Si usted está enfermo, cuídese y trate de mejorarse – entretanto, el pequeño esfuerzo adicional necesario de su parte para quitarse esa expresión antisocial de su rostro no le hará ningún daño y, en verdad, puede hacerle bien; al tratar de verse más animoso, es posible que usted llegará a ser un poco más animoso. Recuerde que *generalmente obtenemos de la vida aquellos que ponemos en ella*. Con la excepción de aquellas almas escasas que le quieren por usted mismo, no va a encontrar miradas de simpatías dirigidas a un rostro desagradable. En cuanto a la disconformidad, el mejor remedio para esa es la gratitud, y la forma de sentirse agradecido es pensar en aquellos que están en peor situación que usted y hay muchos de ellos. La cura para una expresión de enojo es más difícil. Cuando está enojado, generalmente lo está de punta a cabo y no está muy dispuesto a dejarse convencer con razones, pero podría tratar de reírse de usted mismo y si tiene sentido de justicia por naturaleza, se dará cuenta que es desde todo punto injusto que usted vacíe las redomas de su ira, con la rubicunda mirada de sus ojos, sobre aquellos que no son en lo más mínimo responsables de ello. Hoy vivimos en un mundo un tanto apurado, cansado y preocupado. Cuando nuestra vista cae sobre un rostro tranquilo o sonriente, nos produce un efecto tranquilizante, no importa cuán pequeño sea. Trate de hacer su parte en elevar el tono de su propia vida y la de los demás al enfrentar al mundo con una expresión decente, humana en su faz.

Tuve en mí mismo un muy buen ejemplo de la torpeza, la descarada impudicia de la que todos solemos ser culpables de una u otra manera. Viajando con cierta ocasión en lugar distante, encontré a un salvaje joven y elegante, lleno de colorido,

sentado bajo un árbol jugando algún tipo de juego de damas con sus amigos. No descansé hasta que obtuve que alguien le persuadiese a ponerse de pie a pleno sol para sacarle una fotografía. Al principio rehusó, pero a costa de mucha persuasión, de muy buen talante, se puso de pie finalmente y yo saqué su fotografía y me fui con mi precioso trofeo. Cuando miré el revelado, tiempo después – con alegría – de pronto pensé ¡cuán ultrajante insolencia y descortesía había evidenciado! ¿Qué habría hecho yo si una persona completamente desconocida se me hubiese acercado cuando me hallaba sentado con algunos amigos en mi propio país, tranquilo y en privado (no en un zoológico, ni en una exhibición callejera) jugando un juego, y hubiese insistido, que me pusiese de pie, a pleno sol, para sacarme fotografía? ¡Es probable que hubiera llamado a la policía! ¡Y no obstante, aquí estaba yo – como miles de otros turistas – que creía que tenía pleno derecho a hacer tal cosa con otra persona, sólo porque me hallaba lejos de mi casa y él pertenecía a otra raza! A medida que analizaba su reacción, y cuál habría sido la mía bajo circunstancias parecidas, se me ocurrió que la raza blanca, especialmente su rama anglosajona, es la raza más descortés de todo el mundo.

Refinamiento es una palabra que sería bueno que fuese objeto de meditación por mayor número de nosotros. Implica ese toque final que nos coloca, por encima de toda sombra de duda, en una categoría diferente al mono. Una visita a una casa de monos es una experiencia muy instructiva: allí están sentados, nuestros lejanos primos anatómicos, fila tras fila, y pasan el tiempo rascándose, examinando su anatomía, hurgando las narices, agarrando a sus habitantes personales y, en su mayoría, dando chillados. Los grandes, los hombres salvajes de Borneo (orangutanes), los chimpancés y los gorilas se comportan con mucha mayor dignidad. Lamento tener que decir que la raza humana parece más a los monos que a los grandes simios en lo que se refiere a modales. El punto es que no sólo nos distinguen de los animales nuestra mente, nuestra civilización y nuestra manera de vivir. Hay un último y fino toque final que se debe agregar, que se resume en esa palabra refinamiento y que se diferencia apropiadamente entre los sexos al decir *él es un caballero,* o, *ella es una dama*. La primera lección que se puede aprender en esto se puede obtener de los monos: vea lo que ellos hacen y no lo haga usted. Una de las primeras cosas que una madre enseña a sus hijos es *cuando estés en presencia de otras personas, mantén tus manos alejados de los orificios de tu cuerpo*. Observa el señor gibón, de cara blanca o a la señora mandril – arrebatan y aprisionan con violencia. Moraleja: no arrebates ni agarres. Escúchalos – la voz se alza a un crescendo salvaje. Moraleja: no vociferes ni grites a las personas.

Puede parecernos un insulto que se mencionen tales cosas y es posible que pensemos que no necesitamos que se nos disparen estas perogrulladas, pero yo no creo que sea así. La mayoría de los adultos, quienes deberían saber que no se debe

hacer, arrebatan, gritan, golpean las puertas, picotean y rascan, y si no lo saben, entonces, como señal de respeto por sí mismo, deberían aprender. El refinamiento se solía considerar una prerrogativa de las clases acomodadas, y no cabe duda que si se tiene más tiempo, más sirvientes o ayudantes, un hogar más lindo en que vivir, usted encontrará que es más fácil ser refinado. Sin embargo, el refinamiento no depende del dinero o de la posición social. A menudo, en los peores distritos de nuestras enormes ciudades, en los hogares más pobres, se encuentra refinamiento y cortesía; en realidad, es mi experiencia que el verdadero refinamiento – en el sentido de bondad, hospitalidad y buenos modales – es con frecuencia una característica sobresalientes de los analfabetos, la gente primitiva y los aldeanos de todo el mundo.

La **Lengua** de los seres humanos es un arma muy poderosa. Se han construido y destruido naciones mediante la lengua, porque la palabra es uno de los logros más sobresalientes del hombre; y sin embargo, como un espada de dos filas, puede cortar en ambas direcciones. Debemos mostrarnos cuidadosos de cómo usamos arma tan poderosa para bien o para mal. Cuán a menudo, sin intención de actuar con maldad, la gente rebana lindamente la vida de otra gente mediante habladurías desconsideradas, historietas y críticas. Cuidamos que nuestras manos no roben, pero rara vez cuidamos a nuestras lenguas de la maledicencia. Y sin embargo, las palabras entre las naciones, lanzadas sin pensar o dichas con precipitación, pueden lanzarlas a la guerra, y las palabras de los individuos, expresadas con igual torpeza, pueden sin base alguna en la verdad, acabar con la reputación de una persona, destruir una amistad o romper un matrimonio, pueden causar una división en la familia o poner fin a toda la carrera de un hombre. La gente más virtuosa e inocente parece ser con frecuencia la más afectada por esta costumbre maligna de habladurías y calumnias. Esta maravillosa dádiva de la palabra que poseemos, no nos puede haber sido entregada para la destrucción desenfrenada, ni más ni menos que nuestras mentes pueden haber sido diseñadas como instrumentos para el crimen y la corrupción, o que nuestros corazones sean fábricas para el odio y avaricia.

Capítulo IV
Amor y Matrimonio

Nosotros, como individuos, no somos fenómenos aislados. Toda nuestra vida se basa en relaciones con otros individuos; la perfección no se puede alcanzar en forma independiente. Como somos una especie gregaria por naturaleza – como las abejas, las hormigas y los animales que forman rebaños – no es posible que cada uno de nosotros desarrolle su propio carácter como una unidad aislada. El sacerdote, el sufí, el faquir, quienes pasan su vida ocupados incansablemente en la búsqueda de un sendero puramente personal hacia la salvación, o en madurar y perfeccionar su propio ego, ya sea mediante renuncia a los bienes del mundo, o mediante penitencias y la auto-flagelación, están en el camino equivocado. Están tratando de andar en contra de la corriente de la vida, ya que el progreso de los individuos incluidos en cualquier especie gregaria, se obtiene mediante interacción, cooperación, competencia, estímulo y los beneficios del ejemplo. En consecuencia, gran parte de nuestro camino hacia la perfección personal atraviesa las vidas de aquellos con quienes nos ponemos en contacto. La forma en que los tratamos, la forma en que reaccionamos a ellos, afecta nuestro propio carácter y ayuda a modelarlo, sea para mejor o para peor.

El mundo progresa mediante multiplicación; las células se dividen y aumentan, otras se unen y tienen prole. El hombre y todas las restantes formas de vida reproducen su especie. Las relaciones fundamentales de la vida humana se encuentran, por tanto, en la familia. Por grande que sea la amistad, ella no es la base de la sociedad humana. La base está en formar pareja. El hombre y la mujer son la unidad primordial; alrededor de ellos se reúnen los círculos crecientes de niños, parientes y amistades. Por lo tanto, una de las cosas más esenciales en la vida de todo individuo es su forma de abordar el tema del sexo. La gente siempre ha sabido que es importante, pero nunca ha alcanzado dimensiones como las actuales a la vista del público. El mundo civilizado se revuelca en conciencia sexual, en libertinaje sexual, en literatura y en estimulantes sexuales. No obstante todo el énfasis exagerado que se ha puesto en él, no parece haberse encontrado la solución a los problemas que plantea; por el contrario, se están multiplicando con tal rapidez que los pronósticos actuales indican que en los Estados Unidos, antes de mucho tiempo, la mitad de los matrimonios pueden fracasar. Según dice un autor: “La educación corre una carrera contra el caos”. Los divorcios dan un salto hacia adelante, la frecuencia de las enfermedades venéreas, no obstante, las curas

maravillosas disponibles, van en continuo aumento; el índice de natalidad en muchas naciones grandes, disminuye, la perversión moral aumenta y, peor de todo, el libertinaje y la promiscuidad saturan grupos de edades cada vez menores; en verdad, las prostitutas de menos de nueve años de edad no son desconocidas en la actualidad en la sociedad occidental, la que está tocando nuevas profundidades de degradación moral abismal mediante la creciente publicación de pornografía infantil, el reflejo de una mentalidad tan depravada que da terror a cualquier persona normal. Es evidente que hay algo que está completamente mal, completamente mal con la sociedad en general y con la actitud de los individuos que la constituyen. Debemos estar actuando en contra de leyes espirituales fundamentales, en contra de directrices morales esenciales que son indispensables para nuestro desarrollo, porque si estuviésemos actuando en conformidad con ellas, los males mencionados anteriormente irían en disminución en lugar de aumento.

Se podría decir, en términos generales, se practican tres tipos de matrimonio en el mundo: en su forma más predominante – que se encuentra no solamente en Asia y África, sino a lo largo de las islas del Pacifico y en sociedades tribales del Hemisferio Occidental – se considera que el matrimonio no es tan sólo una obligación social necesaria que se debe cumplir con respecto a la comunidad, sino como prácticamente obligatorio y una cuestión de familia, sobre el que los padres tienen una decisión primordial; otra es más o menos la actitud europea, que la considera una relación fundamental para el funcionamiento apropiado de la sociedad, que se debería aceptar filosóficamente y que se debería arreglar para obtener la mejor ventaja para todos los involucrados y que no se debería esperar de él demasiado en lo que se refiere a romance personal – siendo el romance algo que se puede encontrar en otra parte, si se necesita. La tercera forma de abordar el matrimonio es la que podríamos llamar ultra-americana; es intensamente individual, es idealista y romántica en extremo y se basa en gran medida en aquello que se llama amor. A la gente se la lleva a esperar que la suprema felicidad no solamente se obtiene mediante el matrimonio, sino que si no se obtiene, entonces el matrimonio debería se disuelto y pueden seguir probando nuevos compañeros por tiempo indefinido, que si no se sienten satisfecho románticamente, entonces la relación ha fracasado por completo en su propósito y debe ser lanzada por la borda.

Éstas, claro está, son generalizaciones y deberían ser tomadas como tales. Pero sigue en pie el hecho que, hablando en términos generales, existen tres actitudes hacia el tema; la que es epitomizada por el oriental, quien no posee elevadas anticipaciones de hallar sea amor perfecto o cualquier otro tipo de relación ideal en su unión, que lo considera como un acto esencial de la vida mediante el cual puede perpetuar su nombre con honor y puede contribuir su cuota de prole a la sociedad; la del europeo (por falta de un término más adecuado), que también tiene pocas

ilusiones en cuanto a los estados ideales de felicidad que puede alcanzar mediante el matrimonio, quien es más libre en su elección, pero sin embargo muy convencional en tales cuestiones, y que tiene un alto respeto por la vida en familia como una institución, pero que no muestra aversión en buscar su agrado en otra parte; la del americano, quien espera demasiado del matrimonio con un esfuerzo excesivamente pequeño de su parte, que lo aborda en forma en exceso individualista, con una falta de consideración extrema por el consejo de sus mayores y sale corriendo de él en forma muy precipitada.

Es poco probable que una encuesta sobre felicidad matrimonial muestre resultados mejores en los Estados Unidos que, digamos, en Tailandia. De hecho, es posible que nos sintamos asombrados de encontrar más felicidad real y armonía en las uniones que, para gente en América del Norte y en Europa, pueden ser consideradas como de gentes *atrasadas*, pero que, sin embargo, a menudo tienen una actitud más normal hacia el tema del matrimonio. Pero con todo caso, con un carácter inmaduro y enfermizo, una relación tan íntima como el matrimonio es poco probable que produzca felicidad en alguna parte. Si tomamos los dos extremos: un hombre del Medio Oriente, en general, espera muy poco de un lazo que tiene posibilidades muy grandes para enriquecer la vida y dar profunda alegría; un americano en el otro extremo, espera demasiado de él, ante todo porque está poniendo énfasis sobre valores equivocados.

La gran mayoría de la raza humana ve el matrimonio como una relación designada para producir niños. Los americanos tienen la tendencia a verlo como una relación designada para producir satisfacción sexual. Mientras más pronto se enfrente la gente con el hecho que el primer punto de vista se basa en la verdad y las leyes de la naturaleza y que el segundo es, en gran medida, un énfasis exagerado sobre un detalle de menor importancia, más felices estarán.

Posiblemente no se puede hallar un lugar más propicio para señalar algunas verdades esenciales que en relación con tema tan importante como el matrimonio. El mundo en que vivimos, los sentidos que poseemos, las facultades más altas de apreciación que hemos desarrollado, tales como el goce estético del sonido y del color según se expresa en la música y en el arte, son, todas, cosas buenas con las que tenemos no solamente el derecho a deleitarnos, sino que parte de nuestro derecho de nacimiento, que Dios nos ha dado. Pensar que es santo o piadoso, o un signo de desprendimiento, desatender lo que el Cuerno de la Abundancia de la naturaleza ha derramado con tal riqueza para nuestro deleite, pensar que al despreciar los placeres legítimos que la vida nos ofrece, estamos siguiendo el sendero de la salvación, es vivir bajo un grave error de concepto. Todos nuestros sentidos son puertas que nos pueden conducir no solamente a una expresión más plena de la vida, sino a una mejor comprensión de ella y a un estado más elevado

de desarrollo interior. Pero como cualquier otra cosa, se les debe mantener en el lugar que les pertenece, cumpliendo las funciones que les corresponden.

Si un hombre tiene un sentido agudo del gusto y del olfato, un buen oído para la música, un ojo que se deleita con la simetría y el color; si siente con profundidad sus emociones; si su mente puede caminar por los senderos de la literatura y de la ciencia con comprensión y gozo, no se debe concluir de ello que está hundido en la sensualidad o que es un materialista acabado. Por el contrario, muestra que ha desarrollado apropiadamente las facultades que Dios le ha dado. Pero en el instante que se transforma en un glotón, en el instante en que vive para satisfacer y dar rienda suelta a alguno o todos sus sentidos, sean estéticos, sexuales o incluso intelectuales, está abusando de sus dones y está impidiendo el desarrollo de su alma. Ya no está sólo gozando de lo que puede ofrecerle este mundo a través de sus sentidos, se está convirtiendo en un esclavo de sus sentidos más bien que su amo; es así como si el teclado de un piano obligase al pianista a tocar lo que él quiere, en vez de que el músico domine el instrumento y toque su propia composición en él, a su manera. Así como el ascetismo no es natural, y es fundamentalmente falso en sus principios, de igual manera el libertinaje es también falso e incluso más perjudicial para la naturaleza humana, porque por mala que sea la abstinencia, el abuso de cualquier cosa tiene efectos peores.

Es el viejo caso del jinete y del caballo. Es una sensación maravillosa montar un animal brioso y galopar. Es muy peligro estar montado en uno sobre el que apenas se tiene control alguno. De todas las múltiples cosas sobre las que la gente parece haber perdido el control en estos días, nada se destaca más vivamente que su total falta de dominio sobre su vida sexual. Parecen creer que la satisfacción de su instinto extremadamente sobre-desarrollado de sexo es su derecho soberano, su único camino a la felicidad, el placer más grande que les puede ofrecer la vida. Todo lo que se refiere a la civilización occidental tiende a poner el sexo a la luz pública: literatura liviana, con la producción interminable de cuentos de pacotilla sobre amor, que por largo tiempo han sido continuamente la dieta especialmente de lectoras femeninas, ha sido ampliada ahora por una marea de suciedad que desborda las repisas de libros de bolsillo en librerías, almacenes, terminales de aeropuertos, farmacias, los salones de entrada de hoteles, con publicaciones que no hace mucho habría sido consideradas como pornografía y habían sido prohibidas; la industria cinematográfica ahora produce películas – que se anuncian en cartelera y fotografías – las que dejan virtualmente nada para la imaginación y proveen a los niños de cualquier edad con un conocimiento casi enciclopédico no sólo sobre el tema de actos sexuales normales, sino de los anormales, incluyendo la homosexualidad y el lesbianismo. La música, el arte, las modas, el maquillaje, los avisos – que incluyen el uso sutil y peligroso de técnicas de subumbral que golpean

directamente sobre la mente subconsciente – todos están atareados en avivar, con ventoleras gigantescas, las llamas del deseo sexual. Bajo tales condiciones sociales, el matrimonio, como una relación humana, no puede sino sufrir rápido deterioro. Parece ser que la consigna es, “Naciste para encontrar satisfacción en el sexo, ésta es tu libertad básica, búscala”, y la gente, sin hacer preguntas, parece aceptar este consejo devastador; y los resultados son la enfermedad, la depravación y el divorcio, en escala cada vez mayor.

Es inútil argumentar que el hombre debe seguir sus *instintos* como lo hacen los animales, y que esto dará lugar a una vida saludable. Los hombres no son animales y sus instintos están tan divorciados de aquellos que impulsan a la bestia, que no sólo es imposible que los sigan, sino que es peligroso para ellos intentar hacerlo. Los animales son controlados por sus instintos, de la misma manera que son impulsados a expresarse mediante ellos. Los seres humanos no lo están; sus facultades de libre albedrio, de pensamiento abstracto, de intensificación de las emociones mediante su interacción con la mente, han producido en ellos fuerzas tremendas que deben ser dominadas y dirigidas y no se les debe permitir que corran con desenfreno como vemos que lo hacen hoy.

La mismísima flor de espíritu del hombre es su capacidad para amar. El amor no es solamente la fuerza de cohesión más grande de la sociedad, es la única amalgama permanente, la única fuerza posible que puede producir unidad entre la gente y, en esta forma, mediante la unidad, puede producir orden y una atmosfera en la que la vida puede funcionar a su nivel más alto y mejor. La expresión equivocada del sexo puede degradar la verdadera naturaleza del hombre. Aquello que para la bestia no es ningún pecado y sólo el cumplimiento inocente y espontáneo de un impulso de la naturaleza para reproducir su especie, en el hombre llega a ser un pecado. ¿Por qué? Porque no es digno de él, es degradar su alma por debajo del nivel del animal; porque a diferencia del animal, el hombre no sólo está muy consciente de sus actos, sino que es responsable de ellos; al buscar canales pervertidos, degradados y de promiscuidad para expresar el sexo, los seres humanos están perfectamente conscientes de la elección que están haciendo y saben, aun cuando en algunos casos sea sólo vagamente, que la satisfacción puramente sensual que experimentan puede estar sacrificando otro conjunto de valores más finos.

Si encontrásemos que los miembros de diferentes especies se apareaban aun cuando no hubiese prole, nos sentiríamos espantados y horrorizados ante tales evidencias de desenfrenada licencia entre animales. Sin embargo los seres humanos son mil veces peores en la satisfacción de sus pasiones sexuales sobre-desarrolladas, ¡y no vemos en ello causa ni de vergüenza ni de alarma! Naturalmente, la gente no está feliz; lógicamente, los matrimonios no son

satisfactorios y se desintegran. Cuando se pasan totalmente en alto tanto el cuerpo y el alma en un asunto de tanta importancia como el sexo – el cuerpo en el sentido que desarrolla un apetito y una licencia que no son naturales para un animal, y el alma en el sentido que se lo aparta ya sea de contribuir algo a la vida sexual del individuo o de obtener algo de ella - ¿cómo pueden ser felices los matrimonios? Y si el matrimonio, la piedra angular de la sociedad, se halla insegura y no está cumpliendo su finalidad, ¿cómo pueden otras relaciones, que de él derivan, tales como las de los padres y de los hijos, hermanos con hermanas, parientes y amistades, ser satisfactorias y contribuir en la parte que les corresponde para el enriquecimiento de la totalidad de la vida?

Esto nos trae al punto crucial del tema, el punto del **Amor**. El Dr. Alexis Carrel, el famoso médico e investigador, que ganó el Premio Nobel, ha expresado sucintamente la importancia fundamental que tiene el amor en nuestras relaciones:

> "Aún no hemos comprendido plenamente que el amor es una necesidad, no un lujo. Es el único ingrediente que es capaz de soldar y unir el esposo, la esposa y los hijos. Es el único cemento suficientemente fuerte para unir en una nación a los pobres y a los ricos, los fuertes y los débiles, el empleador y el empleado. Si no tenemos amor en el hogar, no lo tendremos en otra parte. El amor es tan esencial como la inteligencia, la secreción tiroidea o el jugo gástrico. Ninguna relación humana será jamás satisfactoria si no se inspira en el amor. El mandato moral ***amaos los unos a los otros***, es probablemente una ley fundamental de la naturaleza, una ley tan inexorable como la primera ley de la termodinámica".[3]

'Abdu'l-Bahá ha dicho, expresando el mismo pensamiento en forma aún más categórica:

> ***"El Amor es la causa de la revelación de Dios al hombre, el lazo vital inherente a la realidad de las cosas, según la Creación Divina. El Amor es el único medio que asegura la verdadera felicidad tanto en este mundo como en el próximo. El Amor es la luz que guía en medio de la oscuridad, el eslabón viviente que une a Dios con el hombre, que asegura el progreso de toda alma iluminada. El Amor es la más grande Ley que gobierna a esto Ciclo poderoso y celestial, el Poder sin par que enlaza los diversos elementos de este mundo material, la Fuerza magnética suprema que dirige los movimientos de las esferas en los Reinos celestiales. El Amor revela con poder ilimitado, que no falla, los Misterios latentes en el universo. El Amor es el Espíritu de vida para el ornado cuerpo de la humanidad, el que establece la verdadera civilización***

[3] Por Dr. Alexis Carrel. M.D. de **The Readers Digest**, Pleasantville, julio 1939. Reimpresión autorizada.

en esta mundo mortal y el que derrama Gloria imperecedera sobre toda raza y nación con elevadas miras".[4]

¿Por qué habría de ser tan importante el Amor? Porque el Dios que nos creó es un Dios de Amor. Su naturaleza penetró en todo lo que creó. La fuerza que une a los átomos, las líneas invisibles de atracción que mantienen en su sitio a las rotantes galaxias, la cohesión en la materia, las caras alegres de las flores, que están abiertas para la polinización y para derramar nueva vida sobre la tierra, los pájaros que cortejan y construyen sus nidos así como el majestoso ciervo con su gama y cervatillos, el hombre con su mujer y su bebé, son todos reflejos de esta característica primaria del Creador – Amor.

Cuando unimos el amor con el sexo en el lugar que le corresponde, que es el matrimonio, tenemos una fuente perdurable de felicidad y fuerza de donde obtener provecho. El sexo puede fortalecer el amor, el amor puede subliminar el sexo hasta una comunión espiritual, un júbilo para el alma como también para el cuerpo.

El matrimonio debe ser visto en su relación correcta con el individuo y con la comunidad en general. Nunca se podrá obtener lo máximo de algo, a no ser que se comprenda su verdadera función. El matrimonio es algo que se debe esperar más que a las otras relaciones, ante todo, a causa de la camaradería de por vida que provee. Es muy probable que su compañero de por vida va a durar más que todas las restantes relaciones íntimas. Lo más probable es que primero se morirán los padres, los hijos crecerán y harán su propia vida, los hermanos y hermanas y amistades tendrán sus propias relaciones íntimas en la vida, las que obligadamente tendrán el primer lugar. Pero el compañero, la esposa o el esposo, estará allí siempre. Las alegrías y las penas tendrán que ser compartidas, los ingresos, gran parte de sus intereses y diversiones, serán algo que tendrán en común. Antes de contraer matrimonio hay que darse cuenta de esto, hay que meditar si ambos podrán pasar por todo ello juntos en forma satisfactoria.

No tenga esperanzas excesivas en el matrimonio, ni tampoco espere demasiado poco. El agua no puede subir más allá de su propio nivel. La unión de dos personas no puede producir más de lo que ellas contribuyen a ella. Si se está lleno de imperfecciones: intolerante, impaciente, exigente, dictatorial, suspicaz, corto de genio, egoísta, no se imagine que estas características van a hacer que su matrimonio sea feliz o que al cambiar su compañero, una nueva unión va a tener más éxito. El matrimonio, como todas nuestras restantes relaciones en la vida, es un proceso que, entre otras cosas, sirve para suavizar nuestras aristas. El esmerilado duele, el ajustarse al carácter de otra persona es difícil en un comienzo, por cuyo motivo se necesita más amor aquí que en ninguna otra relación. El Amor,

[4] Selección de los Escritos de 'Abdu'l-Bahá, #12

al ser esencialmente una Fuerza Divina, une; como una chispa, salta el espacio que hay entre los pensamientos y deseos conflictivos de las personas, posiblemente entre temperamentos que difieren ampliamente. Cura las heridas que todos nos infligimos los unos a los otros ya sea en forma inadvertida o en momentos de ira, celos o encono. A la influencia del amor en el matrimonio se agrega luego otro catalizador poderoso: la costumbre. El hogar en común, la asociación diaria, produce un marco común y el hábito, una de las fuerzas más poderosas de la vida, comienza a enlazar al marido y a la mujer. Actúa como un maravilloso estabilizador; si se deja que falle el amor, es posible que el hábito, por sí solo, sea suficientemente fuerte como para mantener la unión.

Hay dos grandes postulados en la ecuación del matrimonio: el primero es la **castidad**; el segundo es **hijos**. La castidad – una de las joyas morales más escasas en el mundo de hoy – significa conservar los poderes sexuales personales, tan íntimos en su naturaleza, capaces de dar tanta belleza a la vida, para su expresión debida, que es con su compañero de por vida, su cónyuge, aquél con quién compartirá hogar, hijos y todas las cargas alegres y tristes de vivir. La decencia, la limpieza espiritual del matrimonio, su esencial humanidad, se acrecientan mil veces con la castidad tanto de parte del hombre como de la mujer, antes de su unión. Las posibilidades de que su matrimonio tenga éxito son también mucho mayores, porque entonces compartirán el uno con el otro, en todas sus formas, la nueva vida que han emprendido. No se harán comparaciones, no se habrán cultivado apetitos exagerados de parte del uno o del otro que podrían mancillarlo y, por sobre todo, habrán puesto el sexo en el lugar que le corresponde, donde en vez de desbocar la naturaleza emocional del individuo (como lo hace en grado tan marcado en la actualidad), cumplirá su función natural al completar la vida y contribuir a su normalidad y salud.

Contradiciendo el vocerío de hoy de que constreñir el deseo sexual significa dañar la salud y violar la gloriosa y legítima libertad del individuo en tales materias, el Dr. Carrel nos dice:

> "Antes del matrimonio, el estado ideal es el de castidad. La castidad necesita entrenamiento moral a temprana edad. Es la más alta expresión de autodisciplina. Abstenerse voluntariamente del acto sexual durante la juventud, da mayor realce a la calidad de la vida que cualquier otro esfuerzo moral o físico."[5]

La concomitante lógica de la castidad es el matrimonio y, si es posible, el matrimonio joven.

[5] Por Dr. Alexis Carrel. M.D. de **The Readers Digest**, Pleasantville, julio 1939. Reimpresión autorizada.

La finalidad del matrimonio son los hijos y, no obstante, en nuestro mundo moderno, especialmente en la vida agitada de las grandes ciudades, se está perdiendo rápidamente de vista este hecho. Hemos navegado a la deriva, alejándonos hasta tal punto de la buena y limpia tierra que nos engendró, perdiéndonos a tal extremo en la maraña de nuestra civilización material, que cada vez más nos estamos negando las alegrías y bendiciones más primitivas que posee la bestia.

Está en nuestra naturaleza tener hijos. No sólo es bueno para nosotros físicamente el tener hijos, a la vez que necesario para la sociedad que los tengamos, sino que también es para nosotros una bendición espiritual. El haber creado una nueva vida, una vida como uno mismo, que brota de uno, que depende de uno, despierta toda una gama de nuevas emociones en el corazón humano. ¡Muerto está, en verdad, el corazón del hombre que no late con mayor celeridad al contacto de la mano de su bebé! Nos arranca una parte del egoísmo con que siempre estamos sobrecargados. Trae un interés nuevo y agudo por la vida, un nuevo sentido de responsabilidad. Hace que un hombre piense más en sí mismo y en su honor. Despierta un nuevo tipo de amor, un amor que necesariamente debe dar y ser paciente, privándose a sí mismo. En el hecho, tener un hijo puede y debe ser una auto-purificación para los padres. Da ímpetu a la vida; he aquí una tarea my exigente, hay que proveer para este nuevo ser humano, debe ser ayudado, entrenado, educado. Une más a la madre y al padre, renueva los manantiales de su amor, hace brotar hojas verdes en el árbol del matrimonio. Por sobre todo, aleja gran parte del vacio que a menudo viene con la edad. La gente joven puede encontrar suficientemente llena la vida sin los hijos, y la gente de edad media siente que puede arreglárselas sin ellos en la plena mar de la autoexpresión, pero para los ancianos sin hijos la vida resulta especialmente estéril y sin interés, singularmente vacio de amor.

Hay una razón final, mucho más profunda para tener hijos. Podríamos comparar la vida con un vuelo; la materia inanimada se ha levantado para formar materia animada, la vida ha evolucionado para dar el hombre; sólo el hombre regresa a Dios. El vuelo se remonta hasta un apogeo que no podemos percibir aún al estar en este mundo; después de la muerte el individuo sigue viviendo, progresando, desarrollándose; no deberíamos romper voluntariamente la cadena – a no ser que haya una muy buena razón para ello – ni impedir que otras vidas lleguen a la existencia, para que también puedan remontar su vuelo hacia adelante y hacia arriba.

Capítulo V
La Muerte

Hay dos cosas grandes y concluyentes que sobrevienen a los seres humanos en este mundo: una es su nacimiento, la otra es su muerte; una su vivir, la otra lo que ocurre cuando cesan de vivir. Una parte enorme de sus energías y pensamientos se dedican a la vida, y sin embargo este cambo tremendo, esta metamorfosis cataclísmica – la muerte – se contempla tan poco.

La muerte siempre está con nosotros, y no obstante casi nunca pensamos en ella a no ser que se nos obligue a prestarle atención. La muerte está implícita en la vida; las dos son compañeras. El latir de nuestras arterias, tan lleno de vitalidad y fuerza, debería hacernos recordar que ese rápido palpitar puede detenerse súbitamente. La transición es tan leve, pero la ruptura es tan completa e irrevocable.

Si la gente pensase sólo un poco más sobre lo que es la muerte, su propósito, la naturaleza del cambio que produce, no sólo vivirían en forma diferente sino que lo harían con mayor dirección consciente en sus vidas, con mayor equilibrio y seguridad de lo que hacen en la actualidad. La vida siempre debería ser contemplada bajo la perspectiva de la muerte. Separar la una de la otra significa producir un gran desequilibrio. La vida es un camino que conduce a una puerta, esa puerta es la muerte. La vida es un florecer y un sembrar; más allá de las puertas de la muerte se recogerá la cosecha. La vida, con toda su belleza y toda su riqueza y variadas experiencias, es sólo un mundo matriz; la muerte es la verdadera vida a la que nacemos.

Debemos lograr ubicarnos en el lugar que nos corresponde en este universo. En la actualidad estamos, mayoritariamente, algunos más y otros menos, ignorantes del Gran Plan del que no sólo formamos parte, sino del que somos el mismísimo corazón. Todo este mar de materia que se mueve, este flujo de un vasto proceso evolutivo, es hacia una meta: la producción del hombre, el apogeo de la creación. Todo lo que el hombre hace, toda experiencia con que se encuentra, todo su mundo, mental y físico, están allí para sólo un propósito – lanzarlo en un viaje eterno hacia un destino mucho mejor que sus más atesorados sueños. El día en que ese avión alza el vuelo en este viaje es el día de su muerte. La tierra, el taller, los objetos conocidos, el proceso de la preparación del avión para el viaje, se dejan todos atrás en un instante; el avión se mueve en un medio nuevo, el medio para el que fue diseñado. ¿Es capaz de volar? ¿Está dotado a bordo, con los instrumentos

apropiados para navegar por el espacio? ¿Cómo podemos darnos el lujo de prestar tan poca atención a un asunto de importancia tan decisiva?

Una de las mayores causas de confusión en el mundo – una confusión que comienza en las mentes de los individuos y se manifiesta en todas las formas de la sociedad humana – es que la gente, en su mayor parte, se considera a sí misma un accidente en lugar de un plan. Ignoran la grande, casi vociferante implicancia de la materia: que así como cada partícula aislada de la creación se encuentra incorporada en algún tipo de estructura y cabe en su propio lugar, funcionando a su manera, ellos también deben estar hechos de acuerdo con un modelo y plan y deben tener su lugar debido y una funciona determinada. Como ya se ha indicado ese lugar y esa función se pueden comparar con un niño en el útero, que desarrolla lo que necesita para su próxima vida – la vida que confiere la muerte (el nacimiento). El viejo Esopo, hace aproximadamente dos mil años, en una de sus sagaces parábolas sobre el saltamontes y las hormigas, describe esto muy claramente. Las hormigas trabajaron intensamente durante todo el verano y en el invierno consumían lo acumulado. El saltamontes vivía la vida de Riley, sin pensar en el futuro y cuando llegó el invierno se quedó con hambre.

La muerte viene en forma muy repentina; rara vez nos dice la hora cuando habremos de emprender viaje tan importante y, por tanto, generalmente nos toma desprevenidos y muy poco dispuestos a ir. Cuán diferente sería la forma en que ocuparíamos nuestro tiempo si estuviésemos más conscientes, agudamente conscientes, del hecho que los días que pasamos sobre esta tierra no solamente no se volverán a repetir, sino que ofrecen una oportunidad de naturaleza sin precio; que hay cosas que debemos reunir aquí, que sólo se pueden hacer en buena forma una sola vez que es **esta** única vez, en **esta** vida, en **este** mundo. No es cuestión de mostrarse mórbido y de estar pendientes del pensamiento de la muerte, sea como una calamidad que nos sobrevendrá inevitablemente o como la única cosa importante como para excluir todo lo demás. Deberíamos estar inteligentemente apercibidos del hecho que la vida tiene una sola dirección, es rápida y tiene propósito; que nos estamos precipitando a través de los días y de los años hacia un destino; en ese punto de destino nos embarcamos en un viaje hacia un mundo nuevo. Tenemos un boleto que nos lleva allí (sea que nos agrade o no), y mientras se nos impulsa hacia adelante, debemos mantenernos alertas y preparar lo que necesitaremos para ese futuro embarque, porque no podemos hacer que nos espere el avión y no podemos volver a buscar algo que se nos olvidó.

Lejos de ser considerado con horror, pensar sobre la muerte debería ser grato para el hombre. La razón principal por la que no lo es radica en que él no está en términos de intimidad con su verdadero yo; no está consciente de que su alma es su verdadera realidad. Confunde el cuerpo con el espíritu, el cerebro con la mente.

Como sabe que su cuerpo se transforma en polvo y no sabe nada cierto sobre su ser interior (porque nunca hizo un intento para lograrlo), visualiza la muerte con temor y aprehensión. Como se da cuenta que la muerte es su porción última de la vida, hace todo cuanto puede para estrujar al máximo posible este mundo. Se hunde febrilmente, descontento, con avaricia, en la vida, porque durante todo el tiempo ha guardado a hurtadillas en el borde de su conciencia la idea de un Fin al que habrá de llegar, fin de olvido, y si no de olvido, entonces algo vago, peculiar, diferente y no muy atrayente. Si se le pudiese convencer que va a estar tan consciente de sí mismo después de su muerte como lo está cuando entra a otra habitación de su casa y cierra tras sí la puerta; que la otra vida después de la sepultura es de carácter inmaterial, después de haberse desprendido de la cáscara material; que lo que ha acumulado dentro de sí es, entonces, todo lo que tendrá y que debe funcionar con ello; que la cantidad es fija en el momento de morir y el total ha sido anotado y ya no es posible para él haber más sumas ni restas – si se le pudiese convencer de esto, el hombre viviría sus días de otra manera, con la vista en el futuro, sin temer a la muerte, pero temiendo qué revelará ella para él de sí mismo.

Bajo circunstancias ordinarias, a la gente que toma en serio el matrimonio le agrada prepararse para ello. El hombre desea poder ofrecer, cuando menos, algún tipo de hogar para su esposa, poder mantenerla y asegurar para ella un mínimo de confort. De igual manera, a una mujer le agrada tener su ropa, su lencería, las necesidades para amoblar su casa, todo listo antes de casarse. Si se les pide casarse al instante, lo más probable es que no estarán preparados pare hacerlo, o aún tendrán una serie de cosas que arreglar primero. No obstante la muerte, casi invariablemente, requiere que tomemos un paso mucho más drástico que el matrimonio, sin previo aviso. Al saber esto, deberíamos hacer nuestros preparativos con anticipación.

Lo único que llevamos con nosotros desde este mundo es **lo que somos**, y eso es algo bien concreto, un hecho. Es tan real como las substancias químicas que se combinan en una fórmula; si los ingredientes están allí están allí, si falta algo, falta. En este mundo nos deslizamos por la vida, tanto en lo externo como en lo interno, con muchos disfraces, muchas cosas agregadas que son postizas. La gente de bajo estatura usa zapatos de tacos altos, la gente alta usa zapatos de tacos bajos; la ropa rellena los vacios o cubre las deformidades; de igual manera, las frases de cortesía, las poses y la gloria reflejada ocupan el lugar de la verdad y cubre con un barniz de pobreza interior. Nos engañamos los unos a los otros y a menudo a nosotros mismos. Pero la muerte nos desnuda de todas estas flaquezas. La estimación equivocada de nuestros amigos, la adulación de los torpes, el honor que teníamos más por apariencia que por mérito – como a quien se le quitan las ropas, se caen de lado. Entramos **tal cual somos** en una nueva vida. ¿No es acaso razonable que

inquiramos sobre **lo que realmente somos** y trabajemos en ello antes de tomar un paso tan irrecuperable?

Es imposible comunicar a la mente de un hombre una impresión de algo que nunca ha visto y que es muy diferente de todo cuanto conoce. Ésta es la razón por la cual los Profetas nunca nos han dicho nada sobre la vida futura. ¿Cómo podrían haberlo hecho? Aquí todo lo que tenemos lo conocemos por intermedio de nuestros sentidos; ¿como sería posible describir un mundo en el que no hay estímulos externos que nos afecten, no hay sentidos físicos que reciban dichos estímulos, para la gente cuya única experiencia hasta la fecha han sido por estos medios? Pero Ellos nos han asegurado sobre ciertas cosas en términos muy categóricos, y utilizando el único lenguaje que puede tener la posibilidad de comunicar algún significado para la mente de la raza humana – el lenguaje de los símbolos y de las comparaciones. Han pintado cuadros para nosotros, muy primitivos en un comienzo, para adaptarse a las necesidades de mentes sencillas, de cielos e infiernos, fuego y tortura, llantos y lamentos por un lado, y los jardines y vino y hermosas vírgenes, con alas y aureolas doradas y joyas por el otro. Esto no sólo era necesario para dejar una impresión de distinción entre los dos lugares sobre la gente, sino que también era una forma sicológicamente muy inteligente para comunicarles un significado. A la gente no le agrada el fuego, o la tortura, o la miseria; por otra parte les agrada mucho la idea de descansar en medio de cosas hermosas, de recibir honores, de volar de una mansión a otra, donde todo es carísimo. Cualquier comparación que hayan utilizado los Profetas, sin embargo, el mensaje que transmitieron fue siempre el mismo: se os dará ya sea recompensa o castigo al ir al mundo donde Dios reina; haced lo que debéis en esta vida y las cosas buenas serán vuestras; pasad por alto las leyes que gobiernan vuestras conductas como seres humanaos, y se os castigará.

Demasiado de entre nosotros hemos tomado tales enseñanzas como mera predicación. ¿No nos hemos preguntado si acaso el significado de los Profetas, detrás de antiguos símiles y expresado en lenguaje ahora anticuado y desconocido para nuestros oídos, se basaba posiblemente sobre leyes tan inmutables y universales como las que gobiernan el mundo de la materia? *La recompensa y el castigo son dos pilares que sustentan la vida*, en lo físico y **también** en lo moral. En la materia es la diferencia entre tener lo que se necesita: obedecer la ley; y de estar privado: desobedecer la ley. Si una planta recibe los elementos que requiere, sol, lluvia, tierra adecuada, vive; al conformar con los requerimientos de su naturaleza se ve **recompensada** con salud y crecimiento. Si no obtiene lo que necesita, sufre inanición y se encoge, o incluso muere; es **castigada** o sufre privación.

En nuestra vida lo mismo vale para nuestro cuerpo, pero las distinciones e implicaciones para nuestra mente toman una nueva connotación. Los animales, incluyendo el hombre, son lo suficientemente sagaces como para estar conscientes de la ley y como para darse cuenta que sufren cuando la quebrantan y que prosperan cuando no lo hacen. Es más que probable que el sabueso, que persigue a un zorrino, una vez que ha quedado bien rociado y huele hasta el mismísimo cielo, tiene un vago pensamiento, "¿por qué, diantre, no lo dejé en paz? - ¡Sabía que podría suceder esto!" o como el caballo enfermo, que pone su cabeza sobre el brazo de su amo, sabiendo que éste lo puede ayudar. Acciones como éstas son un reconocimiento del hecho que la obediencia a los principios trae seguridad, alivio y satisfacción y que la desobediencia conduce a la incomodidad o al desastre.

Los hombres y los animales, no obstante, comparten una conciencia aún más elevada de la función de la recompensa y el castigo. El gato debajo de la mesa sabe que recibirá castigo si salta sobre ella, porque la mesa es territorio prohibido; el perro sabe que si desobedece recibirá castigo, si obedece será recompensado.

Hay dos tipos diferentes de bien y de mal, dos campos diferentes de recompensa y castigo. Uno es involuntario en el sentido de que el fuego nos quema, porque está en su naturaleza hacerlo; el alimento nos sustenta, porque está en nuestra naturaleza recibir substancias nutritivas, etc… El segundo es voluntario o impuesto por voluntad de una autoridad superior. Si nos hartamos de comer y luego nos enfermamos a causa de ello, decimos, "es mi culpa, no debí haber comido tanto". Reconocemos que nuestros sufrimientos son el resultado de haber sobrepasado la medida, por haber quebrantando la ley; sin excepción, todo va mal. Pero si un hombre atraviesa deliberadamente la luz roja, quebranta voluntariamente una ley impuesta por las autoridades civiles a todos los ciudadanos. A un hombre se le puede arrestar y llevar ante los tribunales a causa de dos tipos de violación de la ley; uno, estar ebrio, lo que es una reacción involuntaria al consumo excesivo de alcohol, y otro, una violación deliberada al libro de reglamentos porque pasó con una luz roja. En el primer caso, su cuerpo debe luchar por rectificar el mal que le ha ocasionado, pero en ambos casos se le considerará responsable y recibirá el castigo que contempla la ley, aun cuando en un caso hubo una torpe desatención a las leyes de la naturaleza y en el otro una violación deliberada de aquellas establecidas por una autoridad superior.

A morir, nos encontramos en una condición bastante parecida. Hemos llegado a un punto fijo; se tomará automáticamente un inventario; estamos en la balanza. Si hemos pasado por alto las grandes leyes espirituales que gobiernan el progreso de nuestras almas, vamos a encontrar que hay cosas que nos faltan, deficiencias como las que produce la desnutrición en el cuerpo físico. Si hemos transgredido en forma deliberada las leyes establecidas por la autoridad superior, en este caso Dios,

vamos a tener que pagar por ello. *Éste es todo el concepto de cielo y de infierno. El cielo no es un lugar, es un estado. Lo mismo es cierto del infierno.* Cuán a menudo, en nuestra vida diaria, llamamos a la felicidad **cielo** y, cuando nos hablamos en la profundidad del dolor y de la agonía, decimos que estamos en el **infierno**. Ambos están dentro de nosotros. *No vamos allí cuando morimos, los llevamos con nosotros.*

Una hora de placer pasa muy rápidamente, un minuto de sufrimiento parece interminable. Al saber esto, durante los días que vivimos no deberíamos estar tan olvidados de lo que nos alcanzará en el día de nuestra muerte.

Este mundo es un mundo de acción, de crecimiento, de interacción. Así como nuestros cuerpos crecen y están activos, de igual manera nuestras almas, que reaccionan con todo lo que hacemos, sensibles, impresionables, motivándonos todo el tiempo, también crecen y se desarrollan. Al morir, el alma se desconecta tanto del cuerpo como del mundo físico. Sus días de interacción se han acabado. Ya no puede seguir haciendo como hacía aquí, para si seguir desarrollándose. Se halla cercenado tanto del vehículo como del medio ambiente. Sólo puede **ser**. Ese estado de ser, no obstante, es una vastísima intensificación de lo que conocimos como nosotros mismos en la vida. Posiblemente se podría comparar la diferencia con una película de cine: tomamos la película en este mundo; los paisajes, los colores, los temas, todos se conservan en la película. Sobre parte de ella no tenemos posibilidad de elección (es evidente que un hombre que vive en Suiza no puede filmar el desierto de Sahara), pero sobre parte de ella tenemos control total, porque podemos elegir nuestros ángulos, la hora del día, los temas inmediatos. Esto es lo que hacemos en nuestra vida diaria; tomamos la película; chiquito, con una fotografía pequeña tras otra – pero es nosotros. Se registra en forma incesante; antes de que hayamos tenido realmente tiempo para gozar, o apreciar o valorizar en debida forma un paisaje – una experiencia – ya está grabado y estamos ocupados con el próximo. Cuando morimos se proyecta la película. Se produce una gran ampliación. Cosas que nunca nos habíamos imaginado estar filmando aparecen en la pantalla; abajo en un rincón es posible que hayamos fotografiado el resumidero de la aldea (no queríamos tenerlo, ¡pero allí está!) y en un macizo de flores de pronto podemos descubrir mariposas revoloteando y resplandeciendo, un toque inesperado de belleza, que ahora nos da una alegría adicional. Está de más decir que el resumidero de la aldea es algún mal hábito, alguna acción cruel, alguna transgresión deliberada de la ley, y las mariposas son una acción de bondad, un sacrificio, alguna innovación afortunada que hicimos en nuestro carácter, a lo mejor sin que nos diésemos cuenta cuán hermoso aparecería una vez proyectado en la pantalla.

Ya no podemos tomar estas vistas nuevamente; el momento, el lugar, la gente, todos se han ido. A lo mejor nuestra película será motivo de júbilo para nosotros. Nos veremos recompensados por todo el esfuerzo paciente que le dedicamos. Es posible que la encontremos opaca y mediocre y quisiéramos mejorarla. Quien sabe encontremos en ella algún horror, una escena de asesinato, una acción brutal, alguna obscenidad que nos pena; somos castigados continuamente por su presencia. ¿Qué podemos hacer? La filmadora, nuestro cuerpo y la vida, nuestro tema, se han ido completamente.

Todo símil es, por bueno que sea, inadecuado. Pero el punto es que, en *la vida después de la muerte, no tenemos poder sobre lo que ya se ha hecho; está impreso en nosotros*; otra Mano debe cambiar la película si es que se ha de cambiar alguna vez. Si un hombre parte mal en esta vida, reconoce sus errores y comienza a corregirlos, todavía puede llevar consigo una buena película cuando se vaya; porque puede actuar, puede cambiar, puede borrar el mal mediante el bien mientras aún es dueño de su destino; está vivo y la vida es maravillosamente flexible y receptiva (el cuerpo lo cura todo salvo las heridas más irreparables; un árbol hace nacer otra rama para reemplazar a la que perdió en una tormenta) pero *una vez que el hombre ha terminado su período en este mundo, ya ha pasado su oportunidad de una vez para siempre, para que mejore por sí mismo su propia condición*. Cualquier cambio futuro deberá depender de dos cosas: ¿desea él cambiar y, estará de acuerdo la Autoridad Superior en intervenir para hacer los cambios que él necesita?

Desear cambiar es arrepentirse, es estar insatisfecho consigo mismo, estar dispuesto y ansioso de recibir ayuda. Algunas almas son tan duras, tan apretadas, tan tercamente cerradas en sí mismas al morir como lo fueron mientras vivían. Ya que la bendición primordial y distinción que Dios ha conferido sobre el hombre es el poder para elegir y cierto grado de libre albedrio, nadie puede abrir con palanca, forzándola, a esa nuez dura. Se la puede someter a fuerzas calculadas para ayudar a abrirse, tales como el amor de aquellos que la amaban y el calor de sus oraciones, pero no se puede abrir con palanca. Dios dio a cada uno de nosotros el invaluable derecho de nacimiento que es el respeto por sí mismo. Nadie puede ser realmente dueño de nosotros, nadie puede forzar el cerrojo interno de nuestras almas, por cuyo motivo la persona que se va de este mundo en la oscuridad y pobreza interiores, con una pesada carga de castigo sobre sus espaldas, debe estar consciente de su aciaga suerte y debe desear cambiar antes de que pueda recibir alguna ayuda de Dios; incluso entonces, el proceso puede ser largo y difícil y el hombre recibirá todo el bien que le llega como una caridad; al no haber plantado en este mundo, no le esperará ninguna cosecha en el otro. Comerá la porción del

pobre. ¿Quién sabe cuán agudamente sentirá que cuando tuvo la oportunidad de cultivar para sí una cosecha, no se preocupó de hacerlo?

En realidad, es una torpeza no pensar un poco sobre la muerte, que debe llegar hasta nosotros, que nos puede llegar en cualquier momento, que será para nosotros un cambio tan tremendo y que puede traernos tan infinita alegría y recompensa o tanto remordimiento y un yugo de retribución por nuestras acciones. ¿Si esto le parece un cuadro severo, pregúntese cuál debe ser la condición del alma de un hombre que, ejerciendo conscientemente su autoridad, fue responsable de los horrores que sobrevinieron en los campos de concentración?

Si deseamos cavilar contra Dios por haber hecho el mundo como lo hizo, esto es cuestión aparte. Pero presuntuoso y torpe debe ser por cierto el hombre que estuviese dispuesto a criticar un sistema tan inteligente, tan cuidadosamente elaborado, como lo es el sistema del universo y de toda la vida, incluyendo la nuestra. La cosa más sabía que podemos hacer es dedicar un poco de reflexión inteligente y de contemplación a nosotros mismos, nuestras formas de vida, nuestras esperanzas futuras.

Nuestra vida física está planificada, más o menos desde el comienzo hasta el fin, por la naturaleza; nosotros deberíamos planificar nuestro carácter y pensar en los resultados que esperamos obtener de estos planes, resultados que permanecerán con nosotros eternamente.

Capítulo VI
Trabajo

Vivimos en un universo de potencia; dondequiera miramos, a cualquier campo de investigación, sea éste el de la estrellas, los átomos, la biología, la química o la esfera de la ciencias sociales y económicas, vemos que se manifiestan las mismas características: energía, actividad violenta, que produce fuerza y poder y, en la vida, multiplicación, crecimiento y evolución.

Todo el concepto de materia ha cambiado gracias a investigaciones recientes; las cargas eléctricas infinitesimales, que se agitan con violencia, que parecen ser los ladrillos para la construcción de todas las cosas, se mueven a velocidades vertiginosas en sus órbitas diminutas; incluso los universos que forman islas no están quietos y giran interminablemente sobre su curso majestuoso. Algo tan pequeño parece llegar a ser, parece hacer, tanto. Sea que se trate del haz de luz de una estrella, que viaja millones de años luz para llegar hasta nosotros, llevando con toda su debilidad algunos cuanta de energía y un mensaje nítido en cuanto a la naturaleza de la masa incandescente que lo emitió; sea que se trate de la interminable maravilla de unos pocos genes insignificantes, que transmiten millones de años de evolución y que crecen desde el núcleo, hasta la semilla y la encina, o hasta un bebé y el hombre, siempre está presente la manifestación del poder y de la actividad. Tan poco llega a ser tanto, hace tanto; un niñito de Córcega crece y causa un desbarajuste en Europa, es responsable por miles de muertos y escribe su nombre en forma destacada en la historia. Un científico que mira a través de su microscopio derrota al enemigo de toda su especie, ha capturado el bacilo de la tifoidea o el microbio de la malaria; centenares de millones de personas no morirán gracias a su descubrimiento.

Así cómo se halla en la naturaleza de la materia el estar activa (cada átomo de un pedazo de roca está activo), de igual manera está, **par excellance**, en la naturaleza de los seres vivos el estar activos; en verdad, cuando cesan de estar activos caen dentro de otra categoría, llamada la **muerte.** Los animales están activos en forma inconsciente; si no están cazando o formando pareja o cuidando de los pequeños, a menudo están ocupados jugando, limpiando o construyendo sus nidos o cuidando de sí mismos. Algunos van aún más lejos, trabajan según un plan determinado: las hormigas sacan a sus insignificantes vaquillas verdes para que pastoreen, las ordeñan y las traen nuevamente a casa; cosechan granos, esclavizan

a otras hormigas para que ayuden con el trabajo, atacan y libran batallas contra sus enemigos; no importa cuán inconscientes sean sus esfuerzos, no obstante, trabajan sistemáticamente y con asiduidad.

Pero ningún animal trabaja como lo hace el hombre. Una de las glorias sin par del hombre es que esta característica común de la materia – la actividad – en él se ha encausado hacia el gran canal del trabajo. Todas y cada una de las capacidades que posee han sido enjaezadas para el trabajo; su oído le ha hecho trabajar para producir música e instrumentos musicales; sus manos han agarrado y construido, desde las primeras casitas de ramas hasta rascacielos de más de cien pisos, desde dos ruedas sobre un eje hasta aviones supersónicos a chorro para pasajeros, desde el cuchillo de piedra de los lejanos antecesores del hombre hasta el bisturí del cirujano moderno. Su capacidad para gritar en voz alta le ha llevado de la palabra hablada hasta la escritura y la imprenta, hasta que el mundo se ha visto inundado con lenguas y libros. Sus ojos, las ventanas de su cerebro, le han dado el arte, con toda su riqueza de forma y color; le han dado instrumentos que le han hecho cada vez más el amo de su medio ambiente; el avío de agrimensor y los equipos del físico son tan sólo las manos de sus ojos, los instrumentos de su cerebro.

Probablemente no existe ninguna criatura viva que sea tan profundamente inquieta por naturaleza como el hombre. Tiene que estar haciendo algo. No puede pasar sus horas holgazaneando al sol como un reptil ni hibernar como un oso. Incluso el salvaje más indigente, no importa cuán lentos y carentes de ambición puedan parecer sus costumbres para nosotros, aún así hace algo, todavía crea, todavía piensa.

El que un hombre está activo es normal. Cuando una madre ve a su hijito de cinco años indiferente y quieto, sabe que debe estar contrayendo alguna enfermedad. Aun cuando culebreamos y saltamos de un lado a otro cada vez menos a medida que envejecemos, no dejamos de ser activos hasta que se instaure la senilidad: si paramos es porque nos estamos enfermando física, mental o espiritualmente. Muy, pero muy rara vez prescribe la medicina o la psiquiatría que una persona no debe hacer nada; dicen que necesita un **cambio**, en otras palabras algo diferente de lo que hace habitualmente. En realidad, el reposo ha sido definido brillantemente como un cambio de ocupación.

Esta maravillosa capacidad que tenemos para **hacer**, para **producir**, es a la vez la fuente de nuestra salud y, en gran medida, nuestra felicidad en la vida. Nada puede darnos una mayor sensación de satisfacción en este mundo que algo que hemos logrado. Un trabajo bien hecho, sea que se trate de hacer un pastel o escribir un libro o construir un puente, puede producir un grado de contento, un sentido de alegría y de haber logrado algo que no puede producir prácticamente ninguna otra

cosa. Incluso en momentos de pesar, en la enfermedad o en la pobreza y en el peligro, el logro de haber hecho bien alguna cosa nos paga un dividendo. Inválidos de guerra, gente con los nervios destrozados, niños tardos, todos son rehabilitados y se les abre un camino para salir de su miseria o impedimento al parecer, irremediable, mediante el trabajo. ¿Porque? Porque el trabajo es necesario para nosotros, pone en circulación la esencia misma de nuestro ser, y así como la sangre cumple tantas funciones en nuestro cuerpo, que son esenciales para la salud, tales como desechar impurezas, re-oxigenarse en los pulmones, llevar alimento a los tejidos, el trabajo parece dar tono a toda nuestra máquina, nos regocija, y evoca un nuevo influjo de energía.

Sin embargo, el trabajo, que es a la vez nuestro deber y nuestro privilegio, parece estar, como casi todo lo demás en nuestra vida actual, fuera de foco, y lejos de aumentar la suma de vivir, se mira como una carga y un mal necesario, o a lo sumo como un medio para un fin. Estamos llenos de falsos acercamientos a una parte tan esencial de nuestras vidas; a menudo se considera el trabajo como un medio para obtener dinero, y el dinero, a su vez, un medio para alejar la necesidad de trabajar. Se desempeña el trabajo con la esperanza de obtener comodidad, lujos y placer – lo que no es una mala esperanza si se mantiene dentro de los límites – pero una degradación del trabajo si se extrema. La mayoría de la gente trabaja para acabar con la tarea, se sienten impacientes por terminarlo y librarse de él; o no les importa cómo se ha hecho con tal de que se termine (y pueden lograr que se acepte), o lo hacen bien con la finalidad de obtener mejor paga o promoción. Poca gente trabaja por trabajar y son aún menos los que hacen lo que tienen entre manos lo mejor que pueden porque desean perfeccionarlo y obtener satisfacción por la forma completa en que lo han llevado a cabo.

Es bueno desear trabajar, descargar nuestra energía en algo, de recibir esa estimulación que proviene de la actividad. Trae su propia recompensa en una sensación de haber cumplido. Pero es mejor aún trabajar, esforzándose por lo perfecto. Hay tantas tareas fatigosas que hacer en este mundo, cosas que quiebran el espinazo como el lavado de la familia, sacar papas, cargar carbón en los barcos, barrer calles; cosas aburridoras, como el eterno proceso de preparar comidas y de hacer el lavado después, o el hacer una vez tras otra la misma tarea en una armaduría. La naturaleza del trabajo no inspira; y si no parece cansar innecesariamente el cuerpo, entonces cansa al alma en sí con su monotonía.

Hay una manera para hacer que tales tareas domésticas, tales tráfagos paguen un dividendo de satisfacción; esa manera es hacer la tarea a la perfección. Si se hace una tarea a medias – sólo lo suficientemente bien como para sacárselo de las manos y nada más – no es posible obtener de él la menor satisfacción, pero si se decide que hay una buena forma y una mala forma de hacer todas las cosas y que

usted va a hacer ese detestable montón de lavado o sachadura, o lo que fuere, como nunca se había hecho antes y que sería imposible hacerlo mejor – o que reventará intentándolo – usted obtendrá el brillo del éxito como su recompensa, no importa cuán humilde haya sido la tarea. Si se acerca a la tarea y dice, "¿Así es que hay que lavarte, no es así? ¡Yo te lavaré por cierto!", o, "¿Así es que a ti hay que remacharte a esa baratija, no es así? ¡Bueno, yo te remacharé, solo deja que te agarre!" es probable que pierda la sensación de aburrimiento o rebeldía con la satisfacción de ver cuán bien lo está haciendo.

Uno de los males acentuados que va en aumento en nuestro mundo moderno es que el poder de concentración se ha debilitado tanto. La gente no puede o no quiere prestar atención a lo que están haciendo. Esto tiene repercusiones terribles a lo largo de toda la línea de la vida. La atención de la gente es peligrosamente vaga, casi se la podría comparar a iluminación indirecta: hay mucha luz débil y nada se puede ver con claridad. Esto no sólo da lugar a trabajo mal hecho, sino a muchos accidentes en los caminos, la industria y en el hogar. También da origen a muchos malentendidos e irritación. La gente está haciendo una cosa y está pensando en otra, o ni siquiera está pensando. Cuantas veces cada semana tiene uno ocasión de decir a alguien, "Pero te lo dije…" y la respuesta es "no lo hiciste". ¿Ha observado usted cuán a menudo está hablando con una persona y puede ver que o no está escuchando o, si está escuchando con sus oídos, no cabe duda que no está absorbiendo con su mente lo que usted está diciendo?

La supervivencia de la especie ha dependido de la capacidad de atender con minuciosidad, de enfocar los órganos de los sentidos – los órganos y nervios relacionados con la audición, la visión, el gusto, el olfato, el tacto – en lo que está sucediendo en ese instante para poder enfrentarlo mejor, ya sea para protegerse o para aprovechar una oportunidad valiosa. No sólo se acrecentaría considerablemente el trabajo y la producción de una labor de más alta calidad si nos concentrásemos más, cada momento, en lo que estamos haciendo, sino que también aumentaría considerablemente nuestra satisfacción. No estamos hechos para que las experiencias pasen a través de nosotros como un violento torrente de agua; estamos hechos para asimilar y digerir lo que nos llega y esto podemos hacerlo, en gran medida, al aprender a enfocar nuestra atención y de concentrar nuestra mente. Filosóficamente, esto ha sido epitomado hace miles de años en la ***Bhagavad Gita***:

Ayer no es más que un sueño
y mañana es tan sólo una visión
pero el hoy bien vivido
de cada ayer hace un sueño feliz
y de cada mañana una visión de esperanza.

Prestad atención, pues, a este día.

Nuestro aparato receptor necesita ser mejorado y aprovechado. Pero hay otro aspecto de la naturaleza humana que es igualmente importante, aunque bastante diferente. Los seres humanos son, por naturaleza, radiadores. Estamos hechos para irradiar; si nos sentimos más afines a una esponja que a un radiador, estamos en un estado enfermo, negativo. Cuando se vierte algo de uno mismo en su trabajo, no importa cuán despreciable parezca ser la tarea, se obtiene una sensación de satisfacción. Por lo menos, si se estaba obligado a hacerlo, quedó bien hecho. Esta liberación de un impulso interno para expresarse, para entregar, no es solamente bueno para la salud mental, sino que aumenta la suma total de la vida. Su ambiente será justamente tanto mejor por el hecho que usted hizo la tarea lo más cercano a lo perfecto que fue posible. Si es su casa, estará más limpia, más primorosa; los que la comparten con usted la gozarán más, por ese algo extra que usted puso en su trabajo, que hace la diferencia entre lo que se ha tomado prisa en terminar y lo que se ha hecho a la perfección. Si es su profesión o su ocupación, los que lo emplean o aquellos quienes se benefician de su tipo de trabajo rápidamente se darán cuenta de la diferencia.

Todo lo que tenemos es inútil a no ser que produzca cierto resultado, a no ser que nos haga más felices, más satisfechos, nos ayude a desarrollar nuestras potencialidades más plenamente, para que quepamos en la forma de nuestras vidas con más armonía y mayor utilidad. Casi toda la gente busca lo que no tiene; quieren un trabajo diferente, una renta más alta, un nuevo artefacto que suministre un nivel de vida más lujoso; cuando lo obtienen, rara vez se muestran satisfechos; el juguete se mueve de un lado a otro unas cuantas veces y pronto se deja de lado o se desprecia por alguna cosa nueva que se desea. Esto se debe no solamente a un mal ajuste de nuestras personalidades debido a cierta forma de inanición y abuso espiritual, sino que también a la forma en que trabajamos. No nos respetamos a nosotros mismos. No queremos meter nada de nosotros en lo que estamos haciendo. No obtenemos alegría de producir. Tenemos una terrible enfermedad que se podría describirte como el **dámelo**. Todo el tiempo queremos recibir, pero rara vez queremos dar. El resultado es que sufrimos de autointoxicación, nuestras personalidades están obstruidas porque se ha detenido la circulación. Como un riachuelo, deberíamos entregar nuestra energía y recoger nueva fuerza en un proceso continuo. Si se hace ejercicio con un músculo, éste no se debilitará; por lo contrario, mientras más se utiliza más fuerte se pone. Esto obedece al propio ritmo de la vida; el esfuerzo, el desgaste de energía, crea fuerza y atrevimiento. Mientras más se hace, más se puede hacer.

No cabe duda que una razón por la cual la gente tiene tan poco orgullo personal o agrado en su trabajo en estos días, es la máquina. Un objeto que un hombre

modela con sus manos, sea que se trate de una cosa tan humilde como una escoba, una esterilla, un piso o una olla, adquiere cierto lustre, automáticamente toma algo de él mismo, porque lo hicieron sus propias manos, generalmente para su propio uso o para el uso de su familia o aldea. El bajar la palanca de una enorme máquina para ver como de un golpe produce un dado, o como hace girar miles de patas de silla en un torno eléctrico, no nos estimula para poner nuestro corazón en la tarea. Resulta todo tan impersonal, que hace parecer insignificante su parte, casi tan inútil, en esta cadena interminable de producción mediante máquinas. Hemos tenido que pagar un precio por la nueva libertad que nos han dado las máquinas. Al hacer que la carga del hombre común sea tanto más liviana, hemos tenido que sacrificar al mismo tiempo un porcentaje del respeto por sí mismo y la satisfacción que obtenían nuestros abuelos del trabajo con sus propias manos.

Con el objeto de recuperar esto y gozar trabajando – lo que es, en sí, una de las fuentes más grandes de felicidad en este mundo – tendremos que ajustar nuestro pensamiento a otras líneas. El trabajo es necesario no solamente desde el punto de vista de las finanzas, sino también psicológicamente. Somos una raza de trabajadores, tanto como las abejas o las hormigas, y nunca mantendremos la salud si no trabajamos – sea en lo que fuere, en una mina de carbón o en astronomía o dirigiendo una banda de música, es bueno y necesario para nosotros. Si comprendemos este hecho nos acercaremos a las tareas de la vida con un espíritu más ávido y preparado. Si cultivamos admiración y ansias de perfección, encontraremos que nuestro trabajo nos devuelve mucho más en satisfacción.

Pero no basta con todo esto, no es suficientemente bueno. Todavía es un acercamiento puramente individual a la vida: “haré esto, de esta manera, porque me agrada”. Así como la vida solitaria del célibe no es el verdadero camino a la felicidad y la perfección espiritual – las que sólo se pueden encontrar en las relaciones mutuas, viviendo como seres humanos en una sociedad de nuestro propio tipo – de igual manera el trabajo, visto como la ocupación de un hombre, sin tomar en cuenta a otros, nunca puede ser verdaderamente satisfactorio. El trabajo se debería ver como una dádiva, como nuestro propio presente personal al mundo en general; “Reciban esto de mí con mis saludos; es mi trabajo, de James Smith, y estoy bastante orgulloso de él”. Es su contribución para hacer que la vida de todos, incluso la suya, sea mejor. En otras palabras, es su servicio. Puede que se le pague por ello, demasiado poco o en exceso; puede ser un trabajo mezquino, como ser una basurero en la ciudad, o un trabajo peligroso, como el de un desactivador de bombas, pero si usted lo hace con orgullo, con conciencia de que es su contribución a la sociedad, que usted lo hace bien, que usted no es un zángano en la colmena sino que se está ganando el sustento, honradamente y

mediante su propio esfuerzo, no puede evitar obtener de él una sensación de satisfacción.

No permita que su carácter permanezca como agua estancada en una acequia, generando miasmas y gérmenes. Comprenda que dentro de usted hay manantiales que se nutren de extrañas e infinitas fuentes de suministros. Se supone que usted debe fluir como un riachuelo, dando lo bueno que tiene – que usted posee en una u otra forma, en cantidades grandes o pequeñas – para los demás, contribuyendo su parte a la vida del mundo. No labore: sirva.

Recibí una lección notable que nunca olvidaré sobre cómo trabajar cierta tarde en una calle en Bruselas. Al regresar a casa en las afueras de la ciudad desde la sección comercial, subí a un tranvía. Sólo anduve en él quince o veinte minutos y eso fue hace muchos, muchísimos años. Pero el cobrador me enseñó más sobre cómo trabajar que cualquier otro ser humano lo ha hecho desde entonces. Parecía sentir que él era el dueño del tranvía, que era como si alguien entraba en su casa cuando se subían en él, que cada persona en él era responsabilidad suya, que él era su anfitrión. Estaba absolutamente consciente de ello. Sólo que, de alguna manera, se había metido **él mismo** en su trabajo. Los deberes de un cobrador de tranvía son de naturaleza estrictamente limitados; tiene que vender boletos y dar el vuelto, evitando que se perjudique la compañía; además de esto, en la Bruselas de ese tiempo, tenía que hacer insoportable la vida para todos, al tocar una horrible cornetita de bronce como señal, para que el maquinista avanzase al próximo paradero. Pero este hombre – a quien es posible que nunca se la había dicho que lo único que necesita hacer era manejar dinero sucio y tocar su trompetita – ayudaba a hombres y mujeres ancianos y a los niños a subirse y bajar del tranvía; les pasaba sus bultos; sostenía el bebé mientras bajada la madre; caminaba por el tranvía, como un hombre en el salón de su casa, y acomodaba a alguna persona fatigada en un asiento o pedía a otros que cediesen espacio para una dama; respondía prontamente y, por cierto, con cortesía, a las preguntas que se le hacían; avisaba a la gente sus paraderos, cuando se lo habían pedido; sonreía, le miraba a uno con una expresión que parecía decir: “¡Así es que usted está aquí! Me pregunto ¿qué puedo hacer por usted?”

Era como un milagro. No pude dejar de pensar cómo sería este mundo si toda la gente hiciese su trabajo en esta forma. En vez de mostrarse agrio, resentido o indiferente; en lugar de adoptar la actitud, “Ésta es la forma en que me gano la vida, no tiene nada que ver conmigo, estoy aquí para marcar los boletos y para dar la señal y no pienso hacer nada más”; en lugar de ser fríamente impersonal hacia todos los seres humanos a su alrededor (como lo estamos la mayoría de nosotros durante todo el día), se mostraba él considerado, cortés y atento. Lo que es mucho más importante, estoy segura que estaba feliz. Metiendo todo lo que tenía en un

trabajo tan poco prometedor, obtenía una rica cosecha de felicidad; estaba escrito en su rostro, un rostro sencillo, cansado y ordinario, pero con una expresión de felicidad casi luminosa. Había descubierto el secreto del trabajo, que es servicio – el talismán de oro que cambia la rutina en agrado, el cansancio en contento y el aburrimiento en interés. ¿Puede alguien decir que había malgastado sus esfuerzos, que era un tonto? Yo fui una de las pasajeras de ese hombre, sino embargo, no lo olvidaré mientras viva. Una sola persona puede hacer tanto. Bien vale la pena pensar en ello; si todos tratásemos de hacerlo, ¡cómo llegaría ser el mundo! Dar es recibir. Es un proceso misterioso, pero mientras más se entregan las substancias más finas de nuestro carácter, más parecen crecer y multiplicarse dentro de uno.

Capítulo VII
El Hábito

El agua labra gradualmente para sí un canal; a medida que fluye, el canal se profundiza y ensancha. Sacar a un rio de su lecho hacia un cause nuevo es una gran empresa, y sin embargo el hombre ha tenido éxito en lograrlo una y otra vez. Los hábitos son canales en nuestra manera de vivir y pueden ser buenos o malos. Podemos haber permitido despreocupadamente, que nuestras personalidades siguiesen todas las líneas de menor resistencia – así como lo hace el agua – cargándonos con una multitud de malos hábitos, o podemos haber dirigido nuestro carácter hacia buenos caminos; cualquiera de ellos que sea, el mero hecho que los seres humanos, así como todas las restantes formas de vida, tienen intensa capacidad para formar hábitos, es para nosotros una gran ventaja.

La sociedad misma se ha formado algunos hábitos muy malos. Está llena de prejuicios: en algunos países, como los Estados Unidos y África del Sur, es muy fuerte el prejuicio racial; en otros como la India e Inglaterra, prevalecen los prejuicios de clase; en otros, como Arabia y algunos países católicos de América del Sur, predominan los prejuicios religiosos; casi todo estado tiene algún tipo de prejuicio nacional. Estos, junto con muchos otros hábitos sociales – o podríamos llamarlos más correctamente hábitos asociales – extremadamente malos, están manteniendo a la humanidad en un nivel de existencia bajo; debemos vencerlos mediante el ataque, tanto personalmente como en calidad de individuos, y en gran escala como grupos, mediante programas educacionales, publicidad, propaganda instruida, legislación, y así sucesivamente.

El hecho, no obstante, que seamos criaturas con hábitos, es uno de los haberes más grandes que tenemos; los hábitos, tanto espiritual como físicamente, son una ventaja para nosotros; pueden ser herramientas poderosas con las que podemos tallar una imagen más digna de nosotros mismos. Nuestra capacidad para hacer la misma cosa una y otra vez, hasta se transforma en segunda naturaleza, es nuestro pilar de fuerza y uno de los factores más grandes para nuestro progreso. Esto, junto con nuestra maravillosa adaptabilidad innata, como especie, nos da a la vez una elasticidad y un poder que no posee ninguna otra forma de vida. No sería exageración decir que no hay nada que no pueden hacer los seres humanos, nada que no puedan ser, tan grande es su ingeniosidad, su habilidad para verter sus

talentos en nuevas vías, de ajustarse en forma permanente a situaciones nuevas. Sólo el hombre, como especie, vive en los páramos helados de las regiones polares, en las estepas desérticas de las zonas áridas, y en lo más espeso de las junglas ecuatoriales. Por lo general, en una generación, y si no, en dos generaciones, el hombre más primitivo puede ser civilizado mediante cambio de ambiente. Un niño que se ha criado desnudo en una aldea africana puede graduarse de la Universidad de Oxford con un acento de Oxford y todo lo demás. Es probable que olvidaría que había sido, por así decirlo, un *salvaje*, si la gente que le rodeaba no se lo hiciese recordar. ¿Qué le ha sucedido? Ese que es el más maravilloso entre todos los materiales, el alma humana, se ha vaciado en una nueva forma y esa forma tiene hábitos nuevos.

Naturalmente, el momento cuando es más fácil para que la gente comience a formar hábitos es en su infancia. El arroyo que nunca ha fluido en dirección alguna, que sale borboteando fresco de la tierra, está listo para correr en cualquier dirección que se le abra. Si a un niño normal se le guía de inmediato hacia buenos hábitos, tales como veracidad, valentía, rectitud, honradez, cortesía, afecto, bondad, laboriosidad y así por el estilo, partirá con una estructura fuerte y excelente a la que podría agregar otros aditamentos de la vida tales como una carrera, educación, chifladuras y relaciones humanas de su propia elección. Si parte mal, se cría en una atmósfera degradante de crimen, pecado, discordia, mentiras, prejuicio, odio o ignorancia, comenzará naturalmente con los impedimentos de malos hábitos; la personalidad habrá cavado muchos canales malos para su autoexpresión. Y sin embargo, cuán a menudo podemos ver a los tipos más nobles de individuos, que se levantan del lodazal de un horrible medio ambiente en su infancia. Donde todas las puertas se hallaban abiertas para formar malos hábitos, el alma del individuo ha reaccionado y, discriminando entre lo que es limpio y precioso y lo que es sucio y degradante, se ha vaciado en moldes de hábitos diametralmente opuestos a los de su ambiente. A menudo sucede lo opuesto; una persona que ha nacido con todas las ventajas de un buen ambiente, buen ejemplo y oportunidad para mejorarse a sí misma, va a la perdición. Estas excepciones a los modelos habituales de conducta se deben, sin embargo, a otro elemento de nuestras vidas – el libre albedrio – la fuerza que nos permite elegir deliberadamente un bueno o mal camino de conducta.

Fuerte como es el hábito, gira sobre un eje y ese eje es el poder de la voluntad; la máquina con que nacen todos los hombres, que está siempre a mano, listo para ser enganchada para cualquiera tarea, es su fuerza de voluntad. Puede querer hacer algo y ese querer puede ser lo suficientemente fuerte como para llevarlo por tierra, aire, fuego y agua. Se pueden tallar otros nuevos en su modelo de vida, no importa cuán viejo sea, mediante la fuerza de voluntad. Cuán a menudo nos encontramos

con el logo común “el paciente debe desear mejorarse”; y sin embargo es verdad, la voluntad debe verter el interés por la vida y la energía vital en el canal de la salud. Los sicólogos saben que se pueden destruir normas de conducta y que se pueden crear otras nuevas, tanto en nuestras mentes como en nuestras vidas, mediante la voluntad.

Elija un hábito, si usted encuentra que lo necesita y, diciendo mentalmente que usted es intensamente adaptable, que tiene en su interior una fuerza maravillosa – su alma – que pondrá su peso en la balanza y que, por encima de esa fuerza, se encuentra una fuerza aún mayor, la fuerza de Dios, que busca tratar de ayudarle a perfeccionarse y a progresar y desarrollarse hasta que florezcan plenamente sus propias más elevadas potencialidades, empuje a su personalidad hacia este nuevo canal. Lo más probable es que los primeros esfuerzos serán difíciles, porque el poder de la inercia debe ser vencido; tiene que lograr empezar a moverse, tiene que fraguar en sí mismo una nueva forma; pero cada paso hacia adelante trae un tremendo aumento de poder y la tarea se hace cada vez más fácil hasta que es un **hábito** y sigue funcionando automáticamente. O si usted encuentra que tiene un mal hábito, emprenda la tarea de demolerlo. Es posible que la forma más fácil de hacer esto es pensar en lo que le gustaría tener en lugar de ese hábito. Si usted ha decidido desarraigarse de jugar a los naipes todas las noches de la semana; o de perder el dinero que ha ganado con dificultad, apostando a los caballos, haga que sea más fácil al desarrollar otro hábito que lo reemplace, el hábito de leer libros que valen la pena, de jugar con sus hijos y de ensenarles a ellos algún hábito útil, o de dar algo de su tiempo y de su dinero a gente que está librando una dura batalla en un medio hostil. Sobre todo, cultive hábitos que le permitan conocerse mejor a usted mismo, de gozar de la vida mejor y más profundamente, y de acercarse más a Aquél Quien creó y ama a usted como ningún ser humano jamás podrá hacerlo.

Un hábito que necesitan casi en forma universal los residentes urbanos es el hábito de fuerza y resistencia. Las poblaciones de las ciudades, mucho más que la gente que trabaja cerca de la naturaleza, muestran, a pesar de su rudeza y sofisticación, una tendencia a ser débiles. No necesariamente débiles físicamente, sino débiles de voluntad. Viven una vida de escape; están llenos de sed de diversión, de algo que les permita olvidarse de sí mismo, de calmantes para sus almas enfermas, hasta un grado que sobrecoge. Y la ciudad es el lugar del olvido. Lo artificial del medio, la alta velocidad de la actividad, la red de entretenimientos, cada uno competiendo para el lugar más alto en el apetito público por el olvido, todos tienden a hacer que la gente de las ciudades estén más descentradas de su verdadero yo que aquellos que viven una vida más tranquila, cerca de la naturaleza.

La vida, no obstante toda su excitante actividad, su poder y su vitalidad, es aún un asunto serio bajo muchos aspectos. El dolor, la tragedia, la enfermedad, la

muerte, tocan en algún punto a todos los individuos, millonarios o mendigos. Si no se puede **sentir** profundamente, trátese de júbilo o agonía del alma, no se es gran cosa como ser humano, porque sentir es la verdadera característica de la materia viviente. Y si cuando la vida es dura, o de pronto propina un golpe amargo, usted no puede mantenerse de pie en el fuego y arder, comiendo su parte de dolor como un hombre, soportando más bien que huyendo de él, usted no solamente es una criatura débil sino que está perdiendo una de las cosas mejores que tiene para usted la vida: la disciplina espiritual.

Por lo tanto, la gente no solamente debería elegir para sí hábitos buenos, hábitos saludables, sino también el hábito de extraer, desde el pozo interior de sus espíritus, fuerza y valentía para enfrentar y soportar las vicisitudes de la vida. Qué trágico es en épocas de guerra, cuando la tensión que soporta el carácter humano a menudo llega a su nivel más alto, cuando millones de hombres y mujeres descubren en sí mismos profundidades que nunca supieron que existían cuando agotados hasta los mismísimos huesos, encuentran que todavía pueden seguir. Cuando asustados, en grave peligro, viendo muerte por todos lados, descubren que sus pequeñas personalidades, tan desacostumbradas a tanto horror y tensión, se sobreponen para seguir adelante con fortaleza y valentía que jamás soñaron poseer. Ésta es una de las pocas cosas buenas que alguna vez hace para nosotros la guerra. Pone de manifiesto nuestro vigor, nos hace erguirnos sobre nuestras propias dos piernas y decir: “puedo soportar y soportaré”. Este naciente heroísmo, no importa cuan poco evidente sea en tiempos de paz, es la gloria del alma humana. No es tanto lo que soportan los cuerpos en épocas de guerra: son las almas. La gente se forma el hábito de ser todos los días, inconscientemente, heroica. Que maravilloso mundo sería posible construir en el futuro, si esto se practicase también en tiempos de paz y que esta dignidad y fuerza, engendrados por el peligro y el sufrimiento, pudiesen llegar a ser un hábito, parte de nuestra actitud permanente hacia los problemas de la vida.

Capítulo VII
Dolor y Pruebas

La vida es un crecimiento continuo, un esfuerzo permanente por mantener la cabeza bien por encima del nivel del agua. No importa cuán fácil o lujosa se lo puede hacer, aún así trae en su estela durezas y luchas inevitables. ¿Se ha encontrado usted alguna vez con una persona que no tiene, o que no ha tenido en su vida, algunos problemas? Un corazón roto, un matrimonio desafortunado, una infancia triste, enfermedad, pobreza, traición; el golpe de la muerte o amargo desencanto o desilusión – de alguna manera – alguna vez, uno o muchos de ellos, son nuestra porción. Son parte del proceso de vivir.

Y no obstante, estas pruebas y aflicciones no son solamente contempladas con feroz resentimiento por el hombre civilizado, sino que, lejos de tratar de comprenderlos, o de preguntarse si tienen un lugar y función de comprenderlos, o de preguntarse si tiene un lugar y función legítimos en su vida, pasa la mayor parte de su tiempo tratando de inventar sedantes para ellos, tratando de huir de su impacto, ya sea mediante una actitud mental cuidadosamente estudiada, o tratando mediante entretenimientos y de una actividad febril, de olvidar que existen.

Algunas personas buscan escapar en doctrinas religiosas que niegan existencia del sufrimiento y del mal; otras se meten en cultos de entrenamientos físico o mental y, mediante dietas, respiración profunda y ejercicio, o mediante la sublimación de sus sentimientos de pena y miseria e imaginando que son otro tipo de sentimiento de naturaleza más agradable, tratan de escapar de todo el peso de cualquier carga que la vida les ha impuesto. El escape florece hoy en el mundo en gran escala. La gente parece haber perdido la valentía para enfrentar los problemas de la vida tal cual son y de mirar su destino en los ojos. Les falta vigor moral. Existe un clamor por usar atajos, por caminos fáciles hacia el éxito, por victorias baratas, por olvido. Los individuos se dejan llevar por estas prácticas y parece incluso que los estados adoptan la misma línea en su política de gobierno.

Tomemos la costumbre general de hacer horóscopos, por ejemplo. Hombres con buen sentido y experiencia para los negocios, con regularidad hacen que se lean sus horóscopos y a menudo se dejan guiar en grado considerable por los diagramas que les confeccionan astrólogos profesionales, quienes pretenden aconsejarles sobre el curso de los acontecimientos futuros, a pesar del hecho que ningún científico o estudioso de la historia actual jamás se aventuraría a ser

dogmático en tales materias. Adivinos con bolas de cristal, quirománticos, adivinos, espiritualistas, videntes y hombres místicos de Oriente hacen muy bien negocio en el corazón mismo de la civilización Occidental. ¡Una extraña paradoja! San Pablo dijo: ***"Ahora que he llegado a la madurez he dejado de lado cosa de niños".*** Se podría pensar que en la época de la máquina Diesel, aviones, poder nuclear, microscopios electrónicos, televisión, computadores, satélites, sondas espaciales, el hombre en la Luna y cosas por el estilo, bien pudiera ser que la raza humana se considerara madura, de haber dejado atrás esta larga infancia y de haber entrado finalmente a la edad adulta. No obstante, sentados en nuestras metrópolis más mecanizadas tratamos de hacer fácil nuestro camino por la vida mediante sortilegios, mediante gráficos, mediante trances y visiones. ¿Qué nos sucede? ¿Por qué, nosotros – tan ricos, los verdaderos reyes de la creación – estamos tan mal adaptados a la vida, tan temerosos de sus problemas, con angustias tan infantiles, que necesitamos ser acunados hasta la conformidad, de que se nos profetice alguna cosa bonita, que se nos tranquilice con una falsa seguridad?

No existe un mal intrínseco en que la gente desee ser un poco estúpida y frívola, o incluso un poco supersticiosa o de credulidad de niño, en que se les diga la suerte o se les haga su horóscopo. Lo que es muy dañino es el estado mental que las conduce a poner tanta confianza en tales cosas, a **necesitarlas** como murallas contra la realidad, poner todas sus esperanzas en éstas, que en el mejor de los casos, son predicciones endebles e ilógicas.

Junto a la gama de sortilegios vienen las curaciones. ¡Si un hombre pudiese, mediante meditación, respiraciones, alimentación y ejercicios, entrar en utopía, en la actualidad debería haber una porción bastante grande de la población del mundo en ese estado fabuloso! Nuevamente, no hay nada de malo en meditar, en seguir dietas, en hacer ejercicios o en practicar respiración profunda; por el contrario, cuando se las entiende y usa bien, pueden ser muy buenas para la salud. ¿Pero qué es lo que lleva a la gente a practicar estas cosas con fervor religioso, a transformarse en fanáticos de su tema predilecto, a creer que el sufrimiento no es la porción del hombre y que debe ser abolido? Podemos ver esta actitud en forma más sobresaliente en la esfera social de la vida del hombre, en relación con la abolición de la pena capital por una parte y la introducción de muerte por misericordia por la otra, en realidad se ha ido aún más lejos, ya que en Alemania, bajo Hitler, se adoptó como política del estado el derecho a dar muerte a los inútiles, los ancianos, los que estaban impedidos en forma permanente, los idiotas y los criminales. Todas estas prácticas, desde voltear una carta para anunciar el futuro, hasta la cámara letal para despachar a los alienados y a los indeseados, son síntomas de una tendencia profunda en el pensamiento humano que se encuentran ligados a todo nuestro concepto del significado y propósito de la vida.

Con la sola excepción de algunos extremistas, la mayoría de la gente en todas partes reconocen que el dolor, la pena y la miseria son cosas que realmente existen. Hay hacia ellos dos actitudes: uno es que son necesarios, un aditamento de la vida, y que llenan una finalidad que no puede ser reemplazada por ninguna otra forma de experiencia; y la otra, de que no son esenciales y que pueden ser eliminados casi por completo. ¿Por qué habrían de ser estas plagas contra la felicidad parte de nuestra porción en este mundo? ¿Tienen alguna parte que desempeña en la formación de nuestro carácter? ¿Cuál debería ser nuestra actitud hacia ellos?

Hay dos clases de aflicción en este mundo; una es esencial, la otra es no esencial. O digamos que una es nuestra porción, que se nos da deliberadamente para nuestro bien, la otra es accidental, producida por una combinación de circunstancias. Un niño es entrenado por sus padres, se le enseña que debe hacer ciertas cosas y que no debe hacer otras; se le castiga por actuar mal, se le dan tareas difíciles para enseñarle y para darle fuerza. Estas cosas son planificadas para él por aquellos quienes son responsables de su desarrollo. Pero si el niño resbala y cae por las escaleras, si se quema la mano en la estufa o es mordido por una serpiente, no es culpa de los padres y tampoco, conscientemente, del niño; es una de las vicisitudes del vivir y que a lo mejor pudo haber sido evitado y que debería ser prevenido, si fuese posible.

La vida está llena de azares. Si no se mira en ambas direcciones, uno puede ser atropellado al cruzar una calle. Usted se debe mantener alerta y la ciudad debe idear medios para controlar el tráfico; en este sentido, siempre habrá una eliminación del sufrimiento en este mundo, y es correcto y apropiado que la gente haga todo cuanto pueda por luchar contra y eliminar el sufrimiento contra la enfermedad y las deformidades, que son ambas propagadoras de dolor en gran escala. Los reformadores sociales luchan contra la pobreza y el crimen, que son fuentes de miseria inenarrable. Los legisladores idean formas de hacer que la vida de la gente sea más segura y feliz. Esta cruzada debería seguir siempre y la gente debería resentirse siempre de aflicciones que les son impuestas innecesariamente y deberían tratar de eliminarlas.

Pero el segundo tipo de sufrimiento, la forma que nos purifica, que forja en la fragua del infortunio la brillante espada de nuestra alma, no puede ni debe ser eliminada. Debemos reconocer que en la adversidad nacen grandes cosas. Los diamantes se forman en la roca derretida. Las flores más dulces del espíritu humano a menudo han sido regadas por lágrimas. Luchar da fuerza, soportar crea una mayor capacidad para resistir. No debemos huir de lo que nos rompe el corazón en la vida; debemos avanzar a través de ellos, no importa cuán fulgurantes sean, y debemos extraer del fuego con nosotros un carácter más firme, una confianza más profunda en nosotros mismos y en el Creador Quien, como un buen

Padre, nos castiga porque nos ama y porque Él sabe lo que puede hacer con nosotros y que el dolor bien vale el premio que se puede ganar.

Este es, por cierto, un mundo de poder. Hay grandes fuerzas que están en juego – el sol, el viento, la lluvia, la noche y el día – son cosas grandes y hacen cosas grandes en la naturaleza. La electricidad, la gravitación, son fuerzas poderosas que forjan la tierra, con toda su belleza, su vida, su crecimiento. Nosotros, los seres humanos, también estamos sujetos a fuerzas poderosas. El amor, el odio, la pasión, la pena, el dolor – actúan sobre nosotros – y nos espolean para que avancemos; ellos desarrollan nuestras cualidades y nos dan color e individualidad. ¿Por qué habríamos de querer evadir y abolir algunos de los factores que evocan lo mejor que hay en nosotros, que templan nuestro acero, que nos enseñan a valorar la felicidad en lo que realmente vale? ¿Puede un hombre que nunca ha sentido hambre en su vida saber lo que significa un pedazo de pan, saboreando toda su dulzura, como lo puede hacer un hombre que ha pasado inopia? Si debemos pasar nuestra vida negando la existencia del dolor y del sufrimiento, o rehusando tener la experiencia de su aguijón porque nos acolchonamos con actitudes mentales tontas o con opiáceos psicológicos, llegaremos a ser una raza carente de profundidad, sin sensibilidad y privada de una fuerte fibra moral. El filo de nuestras almas se mellará.

No se espera que nos agrade el sufrir; no deberíamos pensar torpemente en él como lo hacen algunos ascetas, como una virtud en sí, cultivándolo mediante autoflagelación y tortura; pero cuando tenemos la copa en nuestros labios y no nos queda otra alternativa que beberla, deberíamos beberla toda con firmeza y valentía, sabiendo que dolerá pero que fortalecerá, que herirá pero que eventualmente curará. Sin extremos no hay contrastes y la vida se transforma en un monocromo monótono, un día gris interminable, sin sombras, por cierto, pero siempre privada de la gloria de la luz solar.

Todos los ingredientes de la vida tienen sus propias compensaciones adjuntas: la belleza puede traer alegría, el amor puede dar felicidad, el conocimiento puede dar paz mental, el dolor puede dar fuerza, la pena puede hacer más profunda toda la naturaleza de la persona. **Pueden** hacer estas cosas; nosotros debemos tratar de obtener de cada experiencia de la vida lo mejor que puede ofrecer.

También debemos aceptar el hecho que hay algunas cosas en esta vida que no podremos comprender aquí y ahora. Son misterios ya sea demasiado profundos, o que se nos niega su comprensión en este mundo. Uno de ellos es justamente el punto en que está el equilibrio entre el libre albedrio y el destino. Otro es la razón por la que a los inocentes se les permite sufrir en lugar de los culpables. Otra es la naturaleza exacta de la vida después de la muerte; dónde, en qué estado, con qué

sensaciones, está la personalidad del hombre que acabamos de colocar en la sepultura, es algo que no sabemos. Por qué los niños, privados de sus padres, o expulsados por ellos, deben sufrir las agonías de falta de amor y, a menudo, las miserias infligidas por asalariados crueles e indiferentes, es algo que no sabemos. Por qué motivo millones de niños deberían ser aterrorizados y contemplar escenas de horror que hombres adultos apenas podrían soportar, a causa de guerras por las que no tienen ninguna responsabilidad, es algo que no sabemos. Cuanto de nuestras vidas interiores podríamos mejorar nosotros mismos, cuantas batallas interiores hemos perdido que podríamos haber ganado, porque teníamos el poder pero no nos esforzamos lo suficiente, o no elegimos correctamente, no lo sabemos.

Pero se nos da la oportunidad de entender ciertas cosas, tanto por deducción lógica como por experiencia; Dios, con todo lo que ese término implica, no puede ser más injusto o sin bondad que ponerle al hombre una tarea imposible, exigirle algo que sea superior a sus fuerzas. Las pruebas que nos llegan durante la vida vienen para evaluar nuestra fuerza y para ejercitarla y perfeccionarla. No se nos ponen tareas que no podemos cumplir; Dios no nos tiraniza. Por el contrario, Él pone la valla un poco más alto porque sabe que ya estamos listos para dar ese salto si nos esforzamos y, más aún, Él nos ayudará. El Amigo del alma del hombre está allí y Él quiere que ganemos, que nos fortalezcamos, que seamos dignos de la herencia que Él ha preparado para nosotros; por lo tanto, Él está preparado para darnos la mano si se lo pedimos; si tendemos hacia Él la nuestra, Él la cogerá con firmeza.

Capítulo IX
El Gran Plan

Después de haber meditado sobre algunos de los aspectos esenciales del vivir correctamente, llegamos a las cuestiones fundamentales subyacentes a la vida misma, nuestra vida como seres humanos y sin las cuales ella no tendría ningún significado, ninguna dirección, ningún propósito. Por intricadas que sean las cosas, ya en las formas de la materia o matices de significado o variedades de conceptos, todo se puede reducir a principios fundamentales y sencillos. Muy a menudo no tenemos idea del bosque porque estamos demasiado ocupados contando los árboles. Perdemos el sentido del plan al estudiar los detalles. Hay grandes opuestos en la vida, grandes extremos, y no obstante estos opuestos y estos extremos siempre están suavemente ligados entre sí, trabajan juntos y en verdad producen el estado de equilibrio que hace que el universo sea ordenado y perfecto. Por ejemplo, allí está el sol a 93.000.000 de millas de nosotros, una bola incandescente de gases ardientes en el que ya cerca del cual no puede sobrevivir ninguna vida, y sin embargo aquí estamos nosotros, a distancia tan grande, en nuestro giratorio mundo del tamaño de la cabeza de un alfiler, viviendo y progresando gracias a ese sol. ¿Qué nos reconcilia con aquello que no podríamos soportar si estuviese cerca, que nos destruiría completamente? ¿Qué nos une con él y nos permite atrapar sus poderes y reaccionar frente a él? Un intermediario que transmite justamente la cantidad suficiente de fuerza solar como para que la vida sea posible sobre este planeta. El intermediario es el rayo del sol que trae consigo luz y calor; nosotros no vamos al sol y él no viene a nosotros, pero mediante este intermediario apropiado obtenemos todo lo bueno del sol que necesitamos.

Aquello que creó este vasto sistema de galaxias en el que vivimos debe ser algo que, en relación con nosotros, es muy parecido a la relación del sol con nosotros, algo que nos dio el ser, con el que, a causa de nuestra naturaleza, nunca podríamos tener contacto directo, pero del que obtenemos toda nuestra motivación. A este algo los hombres Le llaman **Dios**.

Es probable que no exista un tema sobre el que el pensamiento de la gente sea más chapucero y enredado que el tema de Dios. Algunos afirman que Él no existe en absoluto, lo que de inmediato elimina la única explicación razonable de nuestra existencia y la del universo, ya que ¿cómo puede un efecto manifestar potencialidades ausentes en la causa? ¿Cómo podemos nosotros, seres pensantes,

conscientes de sí mismos, amantes y que planificamos, ser el producto de una fuerza que en sí misma sea inferior incluso a las formas inanimadas de la materia? Nada nunca creció para producir más de lo prometido que se hallaba encerrado en los genes y protoplasma de su semilla original. ¿Por qué deben fracasar todas las leyes demostradas de la vida cuando llegamos a la idea más grande de todas? ¿Cómo es que nosotros, seres humanos pensantes, llegamos a aparecer en el universo y cómo llegó a la existencia el universo en sí? Sea lo que fuere lo que hizo todas las cosas, o que es la fuente de la que todas las cosas fluyen continuamente, no solamente debe estar tan consciente de su propio ser como el hombre lo está del suyo, sino que debe estarlo más aún; de lo contrario, el hombre no estaría aquí en absoluto.

Si aceptamos que tiene que haber un Dios y que nosotros somos el producto de Sus planes, entonces preguntémonos: ¿cuál es la naturaleza de este Dios? Algunas personas dicen que está en nosotros, en todo. Es como decir que nosotros estamos en el sol y que el sol está en nosotros. Afirman que Dios está en todas partes. En todas partes, si se trata de puntualizar mediante un razonamiento inteligente, es en ninguna parte. En este universo nuestro las cosas son específicas, no nebulosas. Si se le pregunta a un físico o a un astrónomo dónde se encuentra un átomo o una estrella, no va a responder *en todas partes*. Él le responderá diciendo cuando menos dónde estuvo la última vez y dónde estará probablemente a rato siguiente o lo más cercano a que puede establecer su posición actual; no *en todas partes*. Si afirmamos que Dios es todo, eso tampoco tiene sentido, porque científicamente no existe *todo*; hay materia bajo diferentes formas, en diferentes lugares. Lo más próximo que se puede acercar uno a *todo*, en la actualidad, es la electricidad. Pero Dios no puede ser electricidad, porque la electricidad es algo que conocemos, algo que estudiamos. Aquello que nos creó debe ser tan grande como nosotros más un quantum adicional de grandeza que le permitió que nos diese el ser. Todo lo que nosotros somos capaces de conocer debe ser inferior a nosotros, de otra manera no podríamos abarcarlo mentalmente y comprenderlo. Algo inferior a nosotros no puede, como es evidente, habernos creado. Por lo tanto Dios no es electricidad, y como eso es lo más cercano que hemos logrado llegar a *todo*, no podemos decir que Dios está *en todas partes* o que es *todo*. El problema es mucho más grande, mucho más hermoso, mucho más sutil que eso.

Si decimos que el pensamiento del ateo es demasiado superficial como para explicar el tipo de universo que los científicos han desplegado ante nuestra vista, y si decimos que los panteístas no son científicos en sus conceptos y que son ilógicos, entonces debemos volvernos hacia lo que se conoce como religión revelada para una definición de Dios. El politeísmo se ha ido. No se requiere una docena de dioses para explicar un sistema como nuestro universo; sólo UNO bueno

basta, un Creador grande, dinámico, primordial que funciona continuamente. Todos los Profetas han hablado al hombre de un Dios. Cristo lo describió como su Padre, el Padre grande y amoroso de todos los hombres. Moisés y, antes de él Abraham, hablaron de un Dios de fuerza y poder. El fenómeno aislado más grande en la vida de los hombres es, sin lugar a dudas, la religión. En cualquier etapa de la historia se puede observar el mapa del mundo y se puede ver dividido en áreas mucho más amplias y significativas que las abarcadas por fronteras geográficas o políticas; estas zonas que siempre se extienden más allá de los continentes y las fronteras nacionales son las religiones. No necesitamos mejor ejemplo que el mundo de hoy que, aun cuando está dibujado según fronteras nacionales y dividido en campos políticos contrapuestos, se extiende sin embargo sobre un campo mayor aún en base a las principales religiones del mundo.

Toda religión mundial lleva la misma marca de calidad. Un Hombre – no una sociedad, no un directorio, ni tampoco un cabecilla elegido – solamente un Hombre solitario, se levanta sobre el horizonte de una era y hace la afirmación que causa el mayor estupor, de que Él es el vocero de un Dios Invisible. ¡Que colosal audacia! Pero no podemos negar el hecho que Hombres tales como Jesús, Moisés, Abraham, Zoroastro, Buda, Muhammad y Krishna, han cambiado todo el curso de la vida humana en los últimos cuatro mil años. Lo que es aún más sorprendente es que hay tan pocos Hombres de esta categoría y que estos pocos, cada Uno en grado diferente, cada Uno en una distinta época de la historia, han remodelado la vida sobre este planeta. No importa cuán tristemente parece haber fracasado la religión ante nuestra apenada y desilusionada vista, permanece el hecho de que Abraham, levantó el grito de guerra de **Un Dios Invisible** y que Sus descendientes se transformaron en dos grandes pueblos monoteístas – los árabes y los judíos – quienes por miles de años han influenciado el curso de nuestro destino; que la luz que derramó Krishna iluminó y civilizó al subcontinente de la India; que Moisés hizo de un pueblo de esclavos una de las naciones más grandes y mejor dotadas que el mundo jamás ha visto; que Buda modeló y mejoró la historia de incontables millones de asiáticos; que Zoroastro enseñó, reformó y engrandeció a un pueblo degradado e ignorante; que Cristo cambió todo el curso del mundo occidental; y que Muhammad amansó a una raza de idolatras salvajes y levantó un conjunto de países que produjeron la gran cultura árabe, que a su vez promovió el Renacimiento Europeo.

No podemos hacer desaparecer estos hechos mediante un pestañazo. No se trata solamente de humo que indica la presencia de fuego, sino una conflagración que los ojos más endebles y más obstinados están obligados a reconocer. La religión es una fuerza tremenda. No la filosofía – porque no hay naciones que se llamen laotseistas o socratistas – sino religión. La mayoría de la gente inteligente que no

son ni beatas ni fanáticos, reconocen el hecho que otras religiones que no sean la suya, han traído bien y curación al mundo. No importa cuán tenazmente pueda aferrarse un cristiano ilustrado a las doctrinas de su propia iglesia, si es un estudiante de la historia y de la naturaleza humana, no puede sino reconocer que el islam ha hecho tanto para el oriental como el cristianismo ha hecho para el occidental. No puede rehusar ver que el musulmán que ora cinco veces al día, que cree que la caridad es una virtud apreciable, que prácticamente no conoce ningún prejuicio racial, es un hombre digno de respeto, y que vive conforme a luces religiosas que hacen tanto para él como lo hace el cristianismo para el ingles, el italiano o el americano. Y tampoco puede estar ciego a la vida de bien inculcada ya sea por el judaísmo, el budismo, el zoroastrianismo o el hinduismo.

Si, como es evidente, la religión ocupa una posición tan fuerte y singular en la vida humana, deberíamos preguntar qué significa, cuál es su lugar y qué puede hacer para nosotros. La religión debe estar basada sobre la verdad, debe ser la manifestación de alguna gran ley que desempeña un papel en la evolución de la humanidad. Porque nada que no sea la verdad, algo firme, demostrado y útil, podría producir efectos tan inmensos en las vidas de los hombres, abarcando períodos tan largos de la historia.

El universo se mueve con ritmo, en círculos, en ciclos. ¿Qué significa esto? Que la historia se vuelve a repetir. Es probable que nuestro planeta no fue el primero en ser arrancado del sol; es probable que no se el último. Ha cambiado, en estos evos de tiempo, desde una substancia incandescente a un puñado de polvo temperado, con atmósfera, en el que se desarrolla la vida; seguirá cambiando hasta que deje de existir bajo su forma actual. No es el primer mundo ni será el último. Nuestro sol también es sólo uno de muchos soles. La galaxia que habitamos es una galaxia entre muchas otras. El tiempo involucrado en los cambios estelares es tan grande que hasta ahora no podemos percibir ni principio ni fin. Pero sabemos que incluso el sol, incluso su forma ha cambiado y cambiará y que lo más probable es que, incluso para ellas, estos gigantes cósmicos, existe este mismo proceso de la historia que se repite.

Sobre este planeta también prevalece el ritmo; la rueda del tiempo sigue girando y nos trae periódicamente a una nueva primavera cada trescientos sesenta y cinco días, y a un nuevo amanecer cada veinticuatro horas. Nosotros mismos geminamos, nacemos, vivimos y morimos. Los ciclos de la vida continúan con la regularidad del tic-tac de un reloj. ¿No es razonable creer que el fenómeno de la religión, lejos de ser esporádico, accidental o al azar, sigue exactamente el mismo principio que el resto de la materia y la vida y es parte del Plan del universo, tan natural, tan ordenado, como el nacimiento y la muerte, la primavera y el invierno, el día y la noche?

La historia del nacimiento de todas las religiones mundiales es la misma: en medio de un pueblo atrasado, indócil y miserable, se levanta un Hombre de entre la masa; afirma tener conocimiento de un nivel más elevado; asegura que está inspirado por Dios; predica reformas; establece nuevos principios y leyes; amonesta a los hombres a causa de la maldad de sus costumbres y les hace un llamado para que cambien, que se aferren a la Verdad que Él ha enseñado y que vivan de acuerdo con ella; si Le obedecen, serán benditos, si Le desobedecen es su propia culpa y serán miserables. Todos estos Voceros de Dios se han distinguido por las cualidades esterlinas de Su carácter, Su devoción a Su Causa, el sacrificio de Sí mismos y Su heroísmo y, sobre todo por la influencia extraordinaria que han ejercido en la modelación del curso de la historia, influenciando millones y millones de vidas. ¿No podemos ver en esto aún otro ciclo rítmico que se repite, un ciclo profético? ¿Cuál podría ser la mecánica que impulsa dicho proceso?

Como se ha postulado anteriormente, Dios nos creó con un propósito, para que desarrollemos almas inteligentes y santas, con las que podamos progresar con inmortalidad después de la muerte. Sin el sol, no estaríamos nosotros ni ninguna otra forma de vida sobre el planeta. Pero nunca se pone en contacto directo con nosotros, bastan sus rayos; ellos estimulan la vida. Este mismo concepto se puede utilizar para ilustrar nuestra relación con Dios. Él nunca nos hizo nada **directamente** en este mundo, sino que mediante un intermediario – un Profeta – Él nos ha educado desde que llegamos a ser hombres sobre esta tierra. Hace mucho tiempo Cristo dijo, ***Ningún hombre llega al Padre excepto a través del Hijo***. En esta época de ciencias tales palabras parecen casi sin sentido; pero si se parafrasean diciendo: *Ningún hombre llega al sol sino a través de sus rayos*, nos resultaría más inteligible, y más aún si decimos, *Ningún hombre llega a Dios excepto mediante Su intermediario*.

La gente hoy, incluso de los pueblos occidentales que son los más ultra-civilizados, y de quienes se esperaría una actitud más inteligente, está muy atrasada en su pensamiento religioso. Viviendo en el mundo de maravillas creado por el desarrollo científico moderno, informados cada día de una nueva maravilla lograda en el laboratorio, sobre la mesa de operaciones o en el aire, todavía se aferran al concepto más fanático, anticuado e ilógico de Dios, la forma en que Él hace las cosas y de Sus poderes. Si no es esto, se unen a las filas de los ultra-sofisticados burlones o ateos. No hacen prácticamente ningún esfuerzo por pensar inteligentemente o liberalmente sobre esta fuerza gigantesca de la historia mundial: religión mundial.

Tomemos la actitud de aquellos que son escépticos o ateos consumados. Ellos creen que un Dios personal es incompatible con la naturaleza del universo. ¿Por qué? ¿Es que están ciegos o son sólo discutidores por el afán de discutir? Con toda

la riqueza de formas en la materia, la extraordinaria vitalidad de la vida, lo ingenioso de las bestias, los pájaros, los peces y los microorganismos (¡sin mencionar el ingenio humano!), las infinitas posibilidades que se abren ante nosotros para modelar las moléculas, la carne y la sangre, los metales, las vibraciones, incluso las mentes y el carácter en nuevas formas, apropiadas para servir nuestros fines y satisfacer nuestros deseos y ambiciones, con todas estas cosas grandes y pequeñas abiertas ante nosotros, ¿quién puede decir que no hay lugar para la posibilidad de un Dios tan inteligente como nosotros y tan interesado en nosotros como lo estamos nosotros mismos? Con tantas maravillas ante nuestra vista ¿qué derecho tiene esta gente de mente pequeña para prohibir la Más Grande Maravilla de todas y Una cuya existencia es confirmada por tantas cosas, por implicancia y por deducción lógica?

Tomemos, por otro lado, la actitud del cristiano ortodoxo hacia todo el tema de Dios y la religión. El meollo de la doctrina cristiana, según la enseñan las iglesias, es que la redención viene únicamente por intermedio de Cristo, que Él es una Figura única en la historia del mundo, que nunca hubo nadie como Él ni habrá quien se Le parezca hasta que Él regrese de nuevo. Todas y cada una de las tendencias lógicas de nuestras mentes del siglo veinte, educadas para comprender la naturaleza del universo en que vivimos, deberían rebelarse contra un concepto tan fanático como éste. Sabemos que el hombre ha estado sobre este planeta por millones de años, como una forma de vida consciente de sí misma y pensante. ¿Debemos creer que no hubo redención hasta el año uno? ¿Qué le sucedió a todas las almas que dejaron este mundo antes del nacimiento de Cristo? ¿Y qué le ha sucedido a todas las restantes que no lo han aceptado desde que Él apareció? ¿Qué Le pasó a Dios que cuando pudo producir tantas otras maravillas, decenas, centenas y millones de veces, Él sólo pudo producir un Hijo y un solo sendero hacia Sí Mismo, y eso en un punto tan arbitrario de la historia como hace dos mil años? ¿Por qué no lo hizo en un comienzo para que todos, durante estos miles de años, pudiésemos tener la oportunidad de redención; o si lo hizo justamente en el momento oportuno, por qué es que justamente dos mil años después no sólo no se ha convertido al cristianismo todo el mundo, sino que aquellos que lo profesan están viviendo según lo diametralmente opuesto a Sus enseñanzas? Debemos preguntarnos si, después de dos mil años, estamos en este lío, ¿cuál será nuestra condición en el año 3000 a 6000 años A.D. si hemos de confiar exclusivamente en el legado del cristianismo?

Esta forma enmohecida del pensar religioso no se halla limitada a los occidentales y a los cristianos. Los judíos todavía están orando por su Redentor después del transcurso de cuatro mil años, a pesar del hecho que los seguidores de todas las restantes religiones principales del mundo, con la excepción del

zoroastrianismo, el budismo y el hinduismo (que son más antiguos que el cristianismo) creen que Él vino y que su nombre era Jesús de Nazaret. Los musulmanes casi nunca se convierten al cristianismo porque ya les ha enseñando Muhammad que Cristo era un Profeta de Dios y que debe ser amado y respetado; cuando su propia Profeta les dice esto, es natural que no se sientan inclinados a escuchar con paciencia la prédica de sacerdotes cristianos quienes les informan que deben abandonar a Muhammad, a Quien difaman como impostor y que *vengan a Jesús.* Pero esto no significa que los musulmanes son liberales o de mente abierta. ¡Oh no! Son tan fanáticos como los cristianos, lo único es que, en lugar de afirmar que Muhammad es una Figura única en la historia de la religión, ellos aceptan a todos los Profetas que Le precedieron, pero dicen que Él es el *Sello de los Profetas* y que ninguno vendrá después de Él hasta el Día de la Resurrección. Todos sabemos que un gran porcentaje de la masa de los fieles en todas las religiones creen en sus escrituras literalmente. Es así como los cristianos esperan que sucedan cosas tales como el abrir de las sepulturas y que los cuerpos muertos – incluso cuando sean desintegrados por el impacto directo de una bomba atómica – se levanten y vuelven a la vida. Los musulmanes piensan lo mismo. Los judíos ortodoxos quejosamente esperan un rey mundanal que les gobiernen y que rehabiliten la suerte material de su raza. Literalismo de este tipo requiere como conclusión lógica que también creamos que Eva era una costilla de Adán y que el mundo se hizo en seis días y que Dios descansó el día Sábado.

No podemos condenar a la gente por aferrarse a su fe; en realidad, a la luz de la historia, sabiendo cuanta fuerza ha tenido la religión para el bien, para civilización, para cultura, deberíamos reconocer, como observadores desapasionados de la historia de la vida del hombre, no solamente la parte que ha desempeñado sino que deberíamos desear que continúen por siempre inspirándonos y levantándonos por sobre nosotros mismos. Porque es eso justamente lo que hace sublime al hombre. Esto no significa, sin embargo, que no deberíamos pensar en la religión, de que no deberíamos tratar de entenderla con lógica y hacer que calce con el universo de acuerdo con lo que, en un momento determinado, sabemos que el universo es.

Cuando no teníamos idea de si el cielo era o no una cúpula colocada sobre la tierra; o si la tierra era un disco aplanado rodeado por el océano; o si era un cubo que sostenía el cielo sobre la espalda de cuatro elefantes, era fácil aceptar el Génesis literalmente. Pero cuando se llegó a saber que, en alguna época remota, nuestro planeta fue una bola de fuego desprendida del sol y que tenemos vestigios de cola escondidos en nuestra anatomía, el Génesis en sentido literal se fue por la borda. Y no obstante, los dirigentes religiosos no vacilan en pedir a sus seguidores desde el púlpito de iglesias y mezquitas, que crean que Cristo caminó sobre el agua como si fuera tierra, y que su cuerpo se salió del sepulcro y ascendió, y que

Muhammad, en una noche, se fue al séptimo cielo y regresó nuevamente cabalgando sobre una yegua. Sin embargo, la tragedia no es que pidan a la gente que acepte estas cosas como acontecimientos que sucedieron literalmente, sino que hacen depender la grandeza de hombres como Jesús y Muhammad de acciones tales que más saben a malabarismo que a las acciones de un Redentor mundial.

Una mente desapasionada sólo necesita leer sobre la vida de Cristo y del Profeta de Arabia para admirarlos, amarlos y estimarlos. Cada Uno dio todo por las enseñanzas en que Él creía y que predicaba; Uno fue a la cruza con sublime resignación, paciencia, perdón de Sus enemigos y valentía; el Otro sufrió la concertada animosidad de Sus parientes, Se vio obligado a huir de Su país natal, a luchar contra tribus primitivas para defender el nuevo Evangelio, a esforzarse día y noche hasta Su último aliento por el bien de aquellos a quienes Él había venido a rescatar de la idolatría. El ejemplo de Cristo, Sus enseñanzas y Su espíritu han modelado el curso de la historia de Occidente durante estos dos mil años. Lo mismo vale para lo que Muhammad hizo para el cercano y lejano Oriente. La prueba de la autenticidad de Su misión profética son los maravillosos frutos que la humanidad ha producido en las esferas de Su influencia. Un examen desprejuiciado de la vida de cualquiera de los otros Fundadores de religiones mundiales, mostraría un modelo similar de conducta y de enseñanzas.

De si existen o no los milagros es algo que debería ser dejado enteramente de lado en el examen de la religión. Hay muchas cosas que no hemos comprendido aún y posiblemente, a causa de la naturaleza finita de nuestras mentes, no las comprenderemos nunca. Los milagros pertenecen a esta categoría. Pero los resultados de cosas que podemos discernir y valorizar con nuestras mentes, el ejemplo mostrado por Cristo, las doctrinas enseñadas por Muhammad, y viceversa, han justificado ampliamente que muchos millones de personas se hagan llamar por Sus nombres y que sigan Sus preceptos. Mediante su amor y respeto por Ellos y su creencia en Ellos, han sido arrancados de la pequeñez y miseria de sus vidas, hacia el ser civilizados, ilustrados y el transformarse en grandes naciones. 'Abdu'l-Bahá dio una ilustración muy apropiada de este tema en cierta ocasión al relatar la historia de un hombre enfermo, muy enfermo y que sufría, quien hizo llamar a un médico. Él le preguntó si era un médico hábil y el doctor le aseguró que lo era, que en verdad era un genio, y para demostrarlo voló por la habitación. Aun cuando ésta fue sin duda una experiencia muy interesante para el paciente, dijo 'Abdu'l-Bahá, no mejoró su estado; ¡necesitaba medicina, no milagros! Si la contribución de los Profetas a la humanidad hubiese consistido únicamente en romper las leyes de la naturaleza, apenas habrían ejercido la influencia que han tenido. Por mucho que nos maravillásemos ante Ellos y hubiésemos admirado Su ligereza de mano, nos habrían dejado como nos encontraron.

Pero gracias a Dios, éste no ha sido el caso; cada Uno de Ellos nos ha traído dos obsequios invaluables y útiles. Uno, Su ejemplo, el otro Sus enseñanzas. Un grado de benignidad, de amor, de nobleza, de dedicación, de valentía y de convicción ha influido de estos **Rayos** de Dios que ha levantado a los hombres por encima de sí mismos y en verdad los ha hecho nuevos. Como prueba de esto, olvídese del maná que caía como ladrillos al desierto, olvídese de que Cristo convirtió agua en vino para hacer más grata una fiesta de matrimonio, del viaje nocturno de Muhammad al cielo y, en las sobrias páginas de la historia, lea lo que eran los judíos en Egipto y lo que llegaron a ser en Palestina; lea sobre la ola de cristianismo que penetró en lo más oscuro de la Europa pagana y lo transformó en la maravilla del mundo; lea sobre los bárbaros árabes que sepultaban vivos los bebés de sexo femenino y adoraban trescientos sesenta ídolos en un solo edificio y vea lo que el Islam hizo tanto para oriente como para occidente. Estos son los verdaderos milagros que, por el fanatismo y los celos, han sido oscurecidos por las mentes pequeñas de los zelotes de todas las religiones, de modo que el Gran Plan de lo que acontece deja de ser claro y nosotros, que estamos tan ilustrados en este siglo veinte, que se distingue por su ciencia y por su liberalidad, o desechamos por completo la religión como algo sin ninguna lógica, o dividimos nuestras personalidades en dos mitades claras e incompatibles; una mitad religiosa que cree en toda clase de supersticiones, prejuicios y doctrinas no razonables y no científica y una mitad científica que absorbe nuevos milagros cada día.

Si algo ha pasado rodando ya por su ciclo, si se desea el mismo efecto nuevamente, hay que repetir el mismo proceso. No basta con un día para un mes. Su luz alcanza para una sola vez – desde el amanecer hasta el ocaso – y la luz de ayer no sirve en absoluto para las flores de mañana. En otras palabras, una vez que un quantum de energía se ha gastado, si se desea más energía se debe obtener una nueva unidad. El equinoccio de la primavera pasada solamente produjo los resultados de crecimiento y cosecha para un año – no bastará para dos, y así sucesivamente – en todo el reino de la naturaleza vemos como actúa el mismo principio; cierta cosa cumple cierta tarea, produce ciertos resultados. Si se desea más, es necesario repetir todo el proceso.

Creamos lo que demuestra un examen imparcial de la historia y lo que nuestra mente nos dice es lógico. Este mundo tiene primaveras espirituales así como primaveras físicas. En el equinoccio espiritual aparece un Profeta o Profetas (por ejemplo Cristo y Juan el Bautista) armados con las dos pruebas de autenticidad espiritual: el ejemplo y las enseñanzas. Aparecen en cuerpos físicos, como hombres, ya que esa es, con seguridad, la forma más natural y conveniente para asociarse con nosotros y de hacernos sentir lo que han venido a hacer y decir es para nosotros como seres humanos, y no algo raro, anormal y ajeno a nuestras

vidas. Comparten con nosotros las ventajas y desventajas de la carne; sin embargo, comparten con Dios algo que nosotros **no** compartimos, y eso es Su perfección. Mientras nosotros tenemos la capacidad de reflejar, en nuestras almas, a medida que hacemos el esfuerzo y evolucionamos, la luz de la perfección de Dios, así como el vidrio refleja los rayos del sol, Ellos **son** los rayos descendidos del sol. Nosotros recibimos la luz en grado variable; Ellos son la luz en sí misma. Ésta es la razón por la cual Jesús, físicamente sólo un humilde carpintero de Nazaret, sin embargo pudo dar forma a medio mundo; por qué Moisés, un tartamudo, un refugiado de la ira del faraón, dio leyes que todavía observamos en todo el mundo; por qué Muhammad, el camellero y comerciante, pudo construir la mancomunidad del islam.

La textura de la mente y del alma de estos Hombres no es la común. Ellos son un fenómeno natural, Educadores de la raza humana, Quienes vienen a darnos instrucción en el propósito de nuestra existencia, cómo debemos vivir y conducirnos, para qué metas debemos luchar, y dónde podemos esperar ir cuando muramos. Siempre debe haber habido Profetas. Mientras hubo hombres, con esa chispa de alma en ellos que le ha sido negada a la bestia, por ese tiempo hubo Guías para educarlos en las formas humanas de vivir. Por esa misma razón, siempre habrá Profetas. Somos las criaturas de Dios, el apogeo de Su creación. Él tiene planes para nosotros que han sido y continuarán siendo desplegados durante los siglos. Él llega hasta nosotros y nos instruye utilizando un medio que es parte de Su Plan de lo que existe; ese medio es el Profeta.

Las limitaciones de la religión son sólo cuestión nuestra. Siendo nosotros de mente pequeña, por naturaleza, pero al mismo tiempo entusiastas, invariablemente hemos dogmatizado nuestras religiones y las hemos paralizado. Lo que era de gran visión, sano, amplio y fino, nosotros lo hemos hecho estrecho y cristalizado. Ansiosos por conservar intacta la preciosa y amada Luz que nos trajo nuestro Profeta, no solamente nos hemos preocupado de ponerle un tubo de cristal para protegerla de las corrientes de aire, sino que la hemos embellecido, la hemos puesto color, la hemos rodeado con murallas, hemos llenado nuestras ceremonias en Su honor con mojiganga, hasta que finalmente la Luz ha perdido tanto de su brillo que resulta imperceptible y todo lo que nos queda son los atavíos.

A la mayoría de las mentes les agrada complicar las cosas. Los sacerdotes han complicado la doctrina religiosa original de cada uno y de todos los Profetas en tal grado que es poco probable que el Profeta mismo pudiese reconocer Su propia Fe si regresase entre Sus seguidores. Este proceso de desgaste no debiera alarmarnos ni desanimarnos. Es parte de de la vida, parte del ritmo de los ciclos. Todos sabemos cuán fresca es la naturaleza en la primavera, hermosa y prácticamente latiendo con energía y vida. El verano ve la maduración, la que tiene sus propios

encantos, después viene la cosecha del otoño cuando se recogen los frutos y las semillas; entonces viene la muerte, el invierno yermo y helado. Comienza la descomposición, y cuando todo parece tan podrido, tan desecho, tan desolado como fuere posible, viene el milagro de la primavera nuevamente. La naturaleza está llena de contrastes y de extremos; noche y día, vida y muerte, lluvia y sequia, verano e invierno. Es posible que nunca valorizáramos uno sin el otro. Algo parecido sucede en el ciclo espiritual. La primavera con sus botones y capullos que el Profeta trae a las vidas espirituales de los hombres, avanza hacia el verano y el otoño, da sus frutos, y declina hacia el invierno; entonces viene otra primavera, otro cambio; se inicia un nuevo ciclo.

El mundo en el siglo XIX estaba maduro para la primavera. Dando una ojeada al mapa religioso de los continentes, vemos que el cristianismo había derramado hasta el máximo sus beneficios; hacia mucho que la Iglesia se había partido en dos y el movimiento protestante se había, él mismo, dividido una y otra vez en sectas. Hacia mucho que las naciones cristianas habían perdido la unidad lograda bajo la égida del Sacro Imperio Romano; las luchas, la persecución religiosa, el sectarismo, habían aumentado con el pasar de los años; el materialismo ya estaba corroyendo intensamente la fibra moral de Occidente.

El judaísmo, hundido en el letargo de siglos, soñaba miserablemente sus sueños de grandeza, aferrándose fanáticamente a un pasado remoto, despreciado y desterrado, su pueblo degradado en cada rincón de la tierra.

La vitalidad de islam menguaba rápidamente, sus sectas se multiplicaban, sus doctrinas originales desfiguradas, como las de otras religiones, hasta que ya no eran reconocibles; su ímpetu, que lo había llevado hasta las puertas de Viena y hasta Francia, estaba completamente gastado.

En la lejana Asia tanto el budismo como el hinduismo, antiguos y débiles, seguían durmiendo bajo la forma de filosofías negativas y credos anticuados. El zoroastrianismo, estrecho, fanático, se ocupaba de sus ritos y dogmas, orgulloso de su longevidad, estéril en cuanto a nueva visión o fervor.

Prácticas sacerdotales florecían por doquier. La gente del mundo, con corazones no esclarecidos, la mayoría de ellos padeciendo de inopia y miseria, se conformaba con rendir servicio de boca a Dios, con obedecer o no (según fuese el caso) las innumerables reglas por las que se les daba seguridad de un cuarto cómodo en el otro mundo. La humanidad era una gran masa mojada y sin fermentar, que se interesaba más y más por su bienestar físico y cada vez menos por su bienestar espiritual con cada año que pasaba. Todas las señales de decadencia espiritual y de letargo moral se hacían cada vez más evidentes en todo el mundo.

Más o menos a mediados del siglo diecinueve se comenzó a percibir una suave brisa que soplaba en la vida del mundo: al comienzo apenas perceptible, gradualmente se hizo notar más. Empezaron a aparecer nuevos descubrimientos y se abordaba de otra manera la vida de las masas. Se comenzó a utilizar el vapor; el rostro material del mundo comenzó a ser remodelado por completo; el telégrafo inalámbrico, la electricidad, la anestesia, los servicios de cables, los servicios de trenes, todas técnicas nuevas, tomaron impulso y trajeron en su estela lo que llamamos la civilización moderna fundada en la ciencia y el poder de las máquinas. Por primera vez en todos sus millones de años el hombre – el hombre de la masa – vio desgarrarse su oscuro horizonte; la posibilidad de descanso y, en consecuencia, un grado más alto de educación y de nivel de vida, se alzaban ante él como una realidad. La esclavitud fue abolida; no solamente la esclavitud física, sino la terrible esclavitud de penuria y pobreza comenzaron a ser atacadas por los legisladores. En la esfera del pensamiento se produjo un cambio en proporción; casi en forma súbita la gente comenzó a estar consciente de la necesidad de amplias reformas. Comenzó un verdadero fermentar; la economía no era correcta y necesitaba reformas; las clases bajas eran tratadas injustamente y merecían algo mejor de la sociedad; la educación debía ser universal; debía desaparecer el analfabetismo; debían cambiar los programas de estudios; los sistemas de cárceles y penitenciarias se reconocieron como deficientes e injustos; en cien campos diferentes estaban activos los reformadores. Conceptos completamente nuevos se apoderaron de la imaginación de la humanidad; las mujeres exigieron derecho a votar e igual condición que el hombre; los visionarios comenzaron a hablar valientemente del “Parlamento de la humanidad, la federación del mundo”; obtuvo apoyo la idea de un idioma internacional, nuevo y fácil de aprender. El conocimiento de pronto salió arrancando con botas de siete leguas. En cien años se inauguraron más cosas nuevas, se descubrieron más hechos respecto a la naturaleza, se hicieron más inventos, se emprendieron más reformas de largo alcance, que los que se habían producido desde que comenzó la historia escrita hace cuatro o cinco mil años.

¿Qué había sucedido?

Había aparecido un nuevo Profeta.

Capítulo X
La Necesidad de un Profeta Ejemplar

Aun cuando nuestra característica más distintiva es nuestro cerebro, rara vez lo utilizamos para pensar profundamente; pasamos superficialmente por la vida con extraordinaria rapidez, en forma parecida a esas chinches de agua de patas largas que caminan alegremente sobre la superficie del charco, al parecer sin siquiera mojarse los pies. Son tantas nuestras ideas que aceptamos ya hechas, recibidas de nuestros antepasados, nuestros amigos, nuestros maestros o nuestros sacerdotes. En la mayoría de los casos somos demasiado flojos o demasiado indiferentes, si se nos desafía, para descartar un pensamiento antiguo y ensayar uno nuevo, para comprobar si se ajusta mejor a los fines y hechos de la vida que el antiguo. Aún más, la inteligencia exige que debamos respetar los puntos de vista de aquellos que tienen más experiencia, son más maduros, más sabios y más informados que nosotros. Pero hay una diferencia entre esto y la ciega y estúpida imitación. Un hombre debería ser algo por sí mismo; si su padre es Unitario, él no debería serlo solamente porque hereda su creencia junto con su apellido y la hacienda y las vacas. De igual manera, en todo campo importante de la vida, los individuos debería ejercitar la prerrogativa que Dios les ha dado de pensar y elegir por sí mismos, de otra manera los valores que poseen en la vida les serán inútiles. Si una persona es una demócrata, un católico, un francmasón o un dentista únicamente porque su padre fue un demócrata, un católico, un francmasón y un dentista antes de él, ¿de qué verdadera utilidad son estas cosas en el desarrollo de su propio carácter? Son como establillados en lugar de huesos, fuera de él, manteniéndolo erguido, en lugar de ser parte de su propia anatomía interna. Todo lo que fue el padre de un hombre puede ser excelente, y puede ser justamente lo mejor para él también – pero debería pensar en ello y asimilarlo por su propia voluntad; porque lo inverso también puede ser verdad, todo lo que su padre fue puede ser lo peor de todo para él y puede arruinarle si sigue el mismo camino. La ciega imitación de los demás no solamente es innecesaria, estúpida y floja sino que puede conducir a grandes errores personales en la propia vida y, en escala mayor, a las tragedias históricas que afectan la vida de gran cantidad de personas.

Si en los días de Cristo los judíos hubiesen sido desapasionados y de mente abierta, no lo habrían crucificado. Es posible que no lo habrían aceptado a Él y Sus enseñanzas, o incluso no habrían creído que estaba enseñando algo que valía la pena escuchar, pero lo habrían dejado tranquilo. En lugar de ello, siguieron ciega y

estúpidamente a sus dirigentes, quienes a su vez estaban amurallados por la tradición, vestidos de pies a cabeza mentalmente con dogmas y prejuicios heredados. El resultado fue que el río del cristianismo se desvió de su lecho natural y en lugar de irrigar las vidas del Pueblo Elegido, a quienes Cristo vino, como su Mesías prometido, pasó por completo por su lado y derramó sus aguas vivificantes en tierras lejanas.

Las mentes humanas son, en la actualidad, pequeñas (aun cuando no cabe duda de que puedan ser ensanchadas maravillosamente y profundizadas en el futuro, mediante cultivo apropiado), y como somos una raza con gran fuerza de voluntad, nos apegamos con extraordinaria tenacidad a nuestros pequeños conceptos prefabricados. Fue necesario un volumen considerable de trabajo con la pala para que entrase en nuestras mentes que esta tierra se desprendió del sol, que se enfrió y solidificó, que apareció sobre ella la vida y que subsecuentemente, durante la evolución, aparecimos nosotros; y es probable que la única razón por la que aceptamos estas nuevas ideas es porque se enseñaron en las escuelas y colegios; pero aún así, hay todavía gente que se aferra tenazmente a una interpretación literal del concepto de la creación, según se expone en el Génesis, y morirán pensando así antes de cambiar sus puntos de vista. Mi bisabuelo prohibió que alguien discutiese la telegrafía inalámbrica en nuestra casa, a que él decía que era absolutamente imposible y que no estaba dispuesto a escuchar semejantes tonterías, a pesar de que era un hombre educado y cultivado.

Entre nuestras ideas heredadas más atesoradas están los conceptos que tenemos de los Profetas. Tomemos por ejemplo algunas de las ideas que tenemos (y hemos tenido por centenares de años) sobre Cristo. Generalmente se Le describe como un hombre delgado, joven, de pelo rubio y ojos azules; se Le hace aparecer, ya sea demacrado o asceta. Como era hijo de obreros, que había trabajado como carpintero, que había vivido bajo el quemante sol de Palestina, que era descendiente de judíos, es mucho más probable que tenía una contextura fuerte, era musculoso, de pelo oscuro, de ojos oscuros y de tez morena. ¿Importa esto? ¿Tiene algo que ver con el ejemplo de Sus enseñanzas? Si Le damos otro físico ¿es acaso más maravilloso o es menos grandioso Su mensaje? ¡Y sin embargo, con cuanta persistencia nos hemos aferrado a la imagen de Cristo según la pintaron artistas occidentales, utilizando su propia raza como inspiración y su propia imaginación para agregar color! Pero más aún; Cristo nunca se casó. De este hecho aislado y de Sus enseñanzas generales sobre vivir una vida correcta que nos han llegado, a pesar de ser fragmentarias, hemos edificado sistemas extraordinarios y hemos hecho deducciones sorprendentes. Algunos han enseñando que el celibato es un estado superior que el matrimonio; que la relación entre los sexos es degradante, un mal necesario; que los niños “nacen en pecado y son concebidos en pecado”;

que una de las grandes señales de la santidad de Cristo es que Él nunca se casó. ¡Qué extraño que Dios haya hecho a todo este universo en dependencia a la atracción de los opuestos – desde las cargas positivas y negativas de electricidad que equilibran el átomo hasta el macho y la hembra que reproducen su especie – y que este principio, que es la mismísima trama y urdimbre de la materia, fuese malo, degradante, pecaminoso! ¿Qué hemos de pensar de un Creador tan injusto y tan caprichoso que Él hace que todo, desde los átomos hasta los hombres, sobre un modelo inherente en su impureza? ¿Qué derecho tiene algún hombre a mirar el rostro de un bebé de un día de edad y declarar que, recién salido de la fragua de la vida, con sus ojitos que aún no ven y su mente que aún no comprende, es algo nacido del pecado, concebido en el pecado?

¿No es acaso más natural y más lógico creer que esta maravillosa atracción de los opuestos que vemos en los fundamentos mismos de la vida, es sólo una vasta lección objetiva que nos enseña que la suprema atracción de los opuestos es la del alma humana hacia Dios, la criatura hacia su Creador? ¿Qué el magnetismo en la materia, el sexo en la naturaleza, pueden llegar a ser el amor en el hombre y que por su intermedio, en todas sus formas, podemos ser purificados y sublimados? ¿No estaríamos más cerca del verdadero significado de la vida, según lo vemos desplegado en todas las cosas que nos rodean y en nosotros mismos, si creyésemos que Cristo nunca se casó porque no tuvo el tiempo para ello, ni un lugar donde llevar una esposa? ¿Por qué sabía lo que tenía por delante; lo que había que hacer antes que fuese inevitable Su crucifixión por los endurecidos y fanáticos sacerdotes de Su pueblo? ¿Con qué derecho han dicho los hombres que el vibrante, amante, tierno, valeroso Jesús descrito en los Evangelios, veía el matrimonio como algo indigno de Él, pecaminoso, un mal necesario del cual Él estaba eximido? Si deseamos comprender a Jesús debemos leer lo que Él enseñó y mirar los efectos en cultura y civilización que produjo Su mensaje; deshacer los vendajes con los que mentes pequeñas, si bien devotas, Le han envuelto durante estos dos mil años.

Lo mismo vale para Muhammad. Aun cuando Él apareció en fecha posterior, aun cuando Sus enseñanzas fueron anotadas de inmediato (a diferencia de las de Jesús) y en consecuencia se puede considerar que Sus textos son Sus propias auténticas palabras en lugar de las cosas que se dice que dijo, sin embargo Sus seguidores han corrompido y leído equivocadamente mucho de lo que Él enseñó. Los cristianos, que, como se ha señalado anteriormente, sustentan de hecho un concepto groseramente distorsionado del sexo, se han sentido repelidos por dos factores en la vida del Profeta de Arabia: Su poligamia y Sus guerras.

Antes de que analicemos estos dos puntos, debe decirse una palabra sobre el aspecto general de la religión. Si un Profeta es un médico divino, que trae un remedio para la humanidad, es evidente que lo que se necesita de Él es que sane el

paciente de los males de que padece en ese instante, y no que prescribe un remedio para alguna enfermedad que tenía su abuelo. Es mucho más lógico creer que lo que los judíos necesitaban en A.D. 1 - y más allá de ellos los griegos y los romanos, porque éstos fueron los tres pueblos que primero recibieron el mensaje de Cristo – era totalmente diferente de lo que los árabes necesitaban unos 600 años más tarde. Los judíos, a pesar de las ventajas de su formación religiosa, eran corrompidos, supersticiosos, materialistas, y fanáticos. Los romanos y los griegos, los primeros en la plenitud de su poder y los otros pasada la cúspide y cayendo rápidamente en decadencia eran, no obstante su politeísmo, gente instruida y civilizada, la más civilizada del mundo occidental. Estas razas necesitaban, *par excellence*, reforma individual. No había, hasta el momento, ninguna nación en el sentido actual de la palabra. Había imperios, grupos de poder que ascendían y decaían y luchaban por la supremacía. Cristo dio a esta gente exactamente lo que necesitaba: la doctrina de la salvación del individuo. El hombre, aislado e individual, necesitaba un remedio para la podredumbre en su alma. Ninguna enseñanza pudo haber estado mejor adaptada al entrenamiento del carácter que la que nos dio Jesús. Pretender que era un pacifista que vino a traer paz al mundo es demostrar, mediante los acontecimientos de los últimos dos mil años, que Él era un fraude. Ésta nunca fue Su propia afirmación; por el contrario, Él mismo dijo: ***No penséis que he venido a traer paz en la tierra: no vine a traer paz, sino espada***. Tampoco pretendió Él establecer, a semejanza de Muhammad, un Estado-Iglesia, ya que dijo claramente: ***Dad por lo tanto al Cesar las cosas que son de Cesar, y a Dios las cosas que son de Dios***; con lo que dividió, con una palabra, la jurisdicción del estado, que administra los asuntos de las masas, de la del individuo de quien se espera que administre su propio carácter a la luz de las enseñanzas de Dios.

Con los árabes la situación era diferente. Muhammad vino en medio de una raza de idolatras salvajes, de mente comercial. Mientras que los intelectuales romanos y griegos eran diletantes en su homenaje a sus dioses, escépticos y burlones, incluso las clases bajas los adoraban más porque estaban allí como una institución que por alguna convicción profunda con respecto a su eficacia y mientras que los judíos, intensamente fanáticos, todavía se adherían a la religión monoteísta de Moisés, los árabes eran supersticiosos, ignorantes e idólatras fervientes. Se hallaban aislados en un paramo. Su riqueza estaba en sus camellos, sus palmeras datileras, sus preciosas y desparramadas fuentes de agua, sus especias y rebaños. Eran un pueblo salvaje y primitivo. Posiblemente se pueda comprender su naturaleza salvaje y descontrolada por una acción – que no era en absoluto un fenómeno aislado – que se produjo durante una de las luchas armadas entre los seguidores de Muhammad y algunos miembros de tribus. Después de la batalla una de las mujeres se adelantó y, con gran fruición, le arrancó el hígado aún caliente a uno de los enemigos

musulmanes y le hincó el diente. El profesor Hitti caracteriza a los árabes de ese período en forma muy apropiada, cuando dice, “la belicosidad era un estado mental crónico”. Cuando comprendemos que esta raza salvaje, continuamente en guerra, que no conocía una unidad superior a la de la tribu, que continuamente se enfrascaba en feudos de sangre, cruel con los enemigos y cruel con los animales (solían amarrar el camello de un hombre a su sepultura, dejando que se muriesen allí de sed), que gente tal, cuyo principal placer en los pueblos eran continuos juegos de azar, mucha ebriedad y prácticas inmorales que hacían de la prostitución una profesión honorable, hubiese sido transformada tan totalmente durante la vida de un hombre, que llegó a ser una nación grande y unida, con sus elementos antes antagonistas luchando hombro con hombro, la ebriedad y los juegos de azar abolidos, la situación de la mujer elevada a un nivel inimaginablemente alta, permitiéndole tener propiedad en su propio nombre, traspasándolo a sus herederos, la condición de los esclavos infinitamente mejorada y enemigos de antaño, una vez que hubiesen declarado su fe, aceptados en la comunidad del islam sin recriminaciones y a quienes se les permitía ascender casi de inmediato a los más altos cargos. Cuando consideramos estas cosas, nos vemos forzados a detenernos a pensar y preguntarnos sobre la naturaleza del Hombre que produjo una transformación tan milagrosa en la vida de Sus compatriotas, durante un período de aproximadamente cuatro décadas.

Lo primero que hizo Muhammad fue eliminar la idolatría, en cuanto tuvo fuerza suficiente para hacerlo, con mano de hierro. Al considerar islam debemos recordar que el paciente no era el mismo que el de los días de Cristo, o de Moisés si fuese por eso, y sufría de una enfermedad diferente y, en consecuencia, necesitaba un tratamiento diferente. Muhammad se lo dio. Nada que no fuese la fuerza, utilizada con justicia y sabiduría, como siempre la utilizó Muhammad, podía servir para purificar a los pueblos de Arabia. Moisés dijo, ***“ojo por ojo y diente por diente, y vida por vida”***: todavía creemos que este es el rudimento de la justicia; nuestros códigos penales, en su mayoría, exigen una vida por otra. No siempre vamos a la guerra por avaricia u odio. En ocasiones las naciones cristianas se han levantado contra naciones cristianas porque creían que sus motivos lo justificaban; fueron naciones cristianas, en la plenitud de su fe, las que llevaron a cabo largas cruzadas y fueron culpables de mucha conducta bárbara. ¡Y no obstante hemos estado contra Muhammad durante mil trescientos años, porque Él eliminó la idolatría con la espada y propagó una civilización grande y tolerante mediante la espada!

Nuestra segunda y mayor crítica de Muhammad fue porque tuvo tantas esposas. Desechando nuestro prejuicio natural, impuesto sobre nuestras mentes por la secular idea que hay algo malo e impuro con respecto al sexo, examinemos el cargo que se Le hace a Muhammad. En primer término, los judíos practicaban la

poligamia: no hay un solo versículo en los Evangelios en contra de ello. Cristo prohibió el divorcio; Él nunca dijo nada con respecto a multiplicidad de esposas para lo que podemos citar o mostrar un texto; en realidad, la poligamia fue practicada por los cristianos de los primeros tiempos, lo que no habría sido el caso si Cristo hubiese hecho algún pronunciamiento en contra de ella. Las doctrinas introducidas en la Iglesia sobre esta materia fueron incorporadas por los primeros Padres. Así podemos ver que las dos grandes religiones monoteístas que existían en tiempos de Muhammad, el judaísmo y el cristianismo no eran de doctrina monógama; por el contrario, no había idea alguna de mal relacionada con tener más de una esposa. Muhammad también apareció entre un pueblo polígamo, un pueblo del que se sabe que tenían una cantidad enorme de esposas. Él redujo esta cifra en las leyes del Corán a cuatro. Esto, en sí, fue un paso enorme hacia adelante y una gran protección para los derechos de las mujeres, quienes eran consideradas meramente como enseres a los ojos de los árabes, antes de Su advenimiento.

Acaso por inclinación o tal vez porque estaba viajando continuamente con diversas caravanas que salían de La Meca para comerciar en países vecinos, Muhammad nunca se casó hasta que tuvo veintiséis años de edad, y se dice que era enteramente casto hasta la época de Su matrimonio. ¿Con quién se casó cuando tenía veintiséis años de edad? Si hubiese sido el hombre licencioso que nos describen la mayoría de los comentaristas cristianos, no habría elegido para esposa a una mujer de cuarenta y dos años de edad que había enviudado dos veces, que era corpulenta – aunque bien parecida – y decididamente de mediana edad. En el hecho, cuarenta y dos años, para la gente oriental, significa una edad mucho mayor que para la mente occidental. Con esta mujer Él vivió solo, completamente fiel a ella, amándola con devoción y profundamente, por veintitrés años, hasta que falleció.

Podemos ver, por lo tanto, que hasta que tuvo cincuenta y un años de edad, Muhammad no tuvo en Su vida ninguna mujer, con excepción de una viuda relativamente entrada en años, y aun cuando nueve años después de su muerte Él casó con otras doce mujeres, sólo dos o acaso tres, eran vírgenes. Las restantes eran viudas, algunas de ellas mujeres de mediana edad, en su mayoría con hijos propios. Cuando comprendemos que, durante esos nueve años, Muhammad pudo haber elegido prácticamente a Su antojo entre las bellezas de Arabia – mil vírgenes si las hubiese deseado – vemos cuanto se ha vilipendiado Su nombre en la literatura occidental y entre la gente de Occidente. Lo menos que podemos decir es que éstas no son señales de sensualidad. En realidad, cuando pasamos revista a estas relaciones personales de Muhammad, vemos con mucha claridad que los

motivos que inspiraban Sus matrimonios eran magnanimidad, piedad y lo que yo llamaría calidad de estadista religioso.[6]

Eso en cuanto a nuestros conceptos erróneos sobre Muhammad. Tampoco Le han tratado bien Sus propios seguidores, haciendo en Su nombre acciones que habrían provocado Su ira, así como nosotros hemos hecho en nombre de Cristo muchos abusos y hemos introducido muchas corrupciones en Sus enseñanzas. Es interesante observar que mientras Muhammad limitó estrictamente por la ley a cuatro, el número de esposas que un hombre podía tener al mismo tiempo, muchos de Sus seguidores se han vanagloriado de harenes en que había literalmente centenares de bellezas. Aun cuando Él mismo inculcó respeto por los seguidores de Cristo y Moisés, permitiendo a los musulmanes que se casasen con mujeres de entre ellos, como lo hizo Él mismo, y afirmó categóricamente en el Corán que Cristo y Moisés eran ***Mensajeros de Dios, Profetas reputados***, conferidores de la Verdad, que debían ser honrados y amados, musulmanes fanáticos han considerado que era una virtud matar a los *no creyentes* y han regresado a casa para cambiarse la ropa si por acaso han rozado a un judío o a un cristiano.

¡La enfermedad de mentes pequeñas que sigue su curso a través de las edades! ¿Por qué se nos ocurre tan rara vez que un hombre que posee tanto poder para el bien, una mente tan brillante para comprender problemas y necesidades humanas, una personalidad tan atrayente que puede remodelar a las vidas de aquellos que reconocen Su verdadera grandeza, como un Jesús o un Muhammad o un Moisés, deben haber sido personalidades encantadoras, muy cautivadoras, personas en cuya presencia podríamos sentir como nos expandíamos, nos elevábamos en nuestra propia estimación, sintiéndonos más capaces de lograr objetivos, de vivir en forma vibrante y constructiva, de lo que jamás habíamos sentido antes? ¿Por qué hemos de mirarlos como gigantescas abstracciones, algo muy distante de la rutina de nuestras pequeñas vidas, seres que debían ser admirados a la distancia, con quienes no tenemos nada en común? ¿O como gente con personalidades contrapesadas, tal como el concepto muy corriente de Cristo como el que siempre era suave, amante, triste, perdonador y curador – o de Muhammad como el guerrero, el hombre de acción que encabezaba Sus batallones en la batalla? Es seguro que esta actitud mental hacia estas Figuras proféticas es una de las razones por las que no obtenemos más provecho de Sus enseñanzas.

Si en realidad son Espíritus Divinos sin parangón, en cuerpos humanos, si en realidad vienen a nosotros con Noticias, Mensajes e Instrucciones de un Dios personal para guiar nuestras vidas, para hacer que nuestro mundo sea un lugar mejor y más feliz donde vivir, entonces deberíamos tratar de saber todo lo que

[6] Ver Apéndice A.

podemos sobre Ellos y Sus personalidades, para que, ojalá, conociéndoles como realmente son, podamos llegar a conocernos a nosotros mismos también y a conocer mejor los valores de la vida.

Todo niño cristiano está familiarizado con las historias de la Biblia que en forma sencilla, vital y hermosa nos pintan el retrato de la cálida bondad humana de Jesús, Su rápida simpatía por aquellos que sufrían o eran oprimidos; o Su digna, genuina camaradería con Sus compañeros que viajaban y enseñaban con Él; de Su severa rectitud al castigar a los traficantes en dinero; de cómo desdeñó a Sus propias familiares cuando se refirió a Sus discípulos como Sus hermanos. Han permanecido muy reales los retratos que Lo muestran orando, solitario y con el corazón acongojado, en Getsemaní, la noche cuando fue traicionado; del intenso sufrimiento y las humillaciones amontonadas sobre Él durante los últimos días de Su vida. Cuanta amargura debe haber sido Suya cuando Su amado Pedro, Su ***Roca*** sobre la que edificaría Su iglesia, lo negó tres veces. Cuanto aislamiento y soledad, desde el punto de vista humano, Lo envolvieron cuando colgó de Su cruz entre dos ladrones - ¿no debieron esas otras dos cruces, haber llevado a dos fieles seguidores, cuyo amor se rebalsó y los levantó para estar a Su lado en Su última hora?

Pero los retratos, por vividos que sean, son fragmentarios, y después del transcurso de veinte siglos, no podemos estar seguros que el Cristo que creemos conocer era el verdadero hombre que de hecho vivió.

Lo mismo vale para Muhammad, aun cuando se conocen muchos más detalles de Su vida y Él es una figura más histórica – en el sentido de históricamente demostrado – que Jesús; pero hace tanto tiempo que falleció, y hay tanto sobre Él que ha sido interpretado o mal interpretado, tanto por Sus seguidores (divididos en sectas que luchan entre sí) como por Sus enemigos, que los contornos de Su personalidad y carácter son un tanto imprecisos y borrosos.

¿Dónde podemos volvernos, entonces, para saber cómo es este extraño fenómeno, este Rayo del Sol, este Profeta del Dios Invisible, este Vehículo de carne y sangre, que tanto se parece a nosotros y sin embargo es tan esencialmente diferente de nosotros? Necesitamos confirmación viva y ejemplo vivo, algo cercano a nosotros en el tiempo, algo más allá de toda duda. ¿Podemos encontrarlo?

Capítulo XI
Primavera en el Siglo Diecinueve

A mediados del siglo diecinueve, sucedió aquello que hombres religiosos de tendencias devotas tanto en Oriente como en Occidente sospechaban que estaba próximo, a saber, la aparición de un nuevo Profeta. Como era un hombre de carne y sangre, Él entró al mundo sin mayor fanfarria ni trompetas que la que habían tenido Sus predecesores. Es verdad que algunos habían predicado que pronto habría un **Advenimiento** y un hombre de incomparable perspicacia y sabiduría había indicado a la Sociedad de Anticipación que él había formado, que de Shíráz y Tihrán se debían esperar cosas extraordinarias. Pero el mundo, y Persia – que lo vio nacer – siguieron sin conmoverse porque había nacido un niño en la respetable familia de mercaderes de Siyyid Mirzá Muhammad Ridá en una tranquila casa en Shíráz. Cuando el niño era aún pequeño, falleció su padre y uno de los hermanos de su madre se encargó de la viuda y del niño. Creció para transformarse en un joven refinado, pensativo y sensible que siguió con las actividades de sus antepasados y, en cierta época, tuvo un almacén en Búshihr, en el Golfo Persa. Se casó con su prima cuando tenía veintidós años de edad y los dos jóvenes, que tenían gustos parecidos y simpatizaban por su naturaleza, mostraban gran devoción el uno por el otro y eran muy felices. Tuvieron un hijo que falleció cuando tenía un año de edad. El nombre de este joven era Siyyid ‘Alí-Muhammad, siendo Siyyid el título que precede el nombre de todos los que se reconocen como descendiente del Profeta Muhammad y autoriza a quien lo lleva a usar un turbante verde como señal de su ilustre descendencia.

Siyyid ‘Alí-Muhammad, hasta que tuvo veinticinco años de edad, no se distinguió por nada en particular, salvo su extraordinaria humildad y piedad. Cuando niño, había asombrado a su maestro por la perspicacia que había mostrado en comprender materias más allá del alcance de la mente de un niño y porque parecía conocer en forma instintiva la respuesta a problemas propios del pensamiento de un adulto. Su maestro había comentado sobre este punto e incluso había dicho a su tío que era imposible para él enseñar a un niño que era tan capaz de comprender muchas cuestiones abstractas que él mismo era incapaz de interpretar y que, de hecho, él estaba aprendiendo del niño y no el niño de él; pero ha habido muchos niños pródigos en este mundo que nunca resultaron ser Profetas.

Para evaluar y comprender plenamente el fenómeno de este Joven de Shíráz hay que comprender algo del pensamiento contemporáneo persa en esa época. Había un grupo bastante grande y poderoso de eruditos a quienes se les había enseñado que todas las características de la época, el estado del mundo en general, y las fechas que se consideraban proféticas, indicaban el hecho que era inminente que se derramase en el mundo un Poder espiritual y que debían prepararse para recibirlo y de asegurarse de que no fracasen en reconocer la Persona Quien sería su canal. A esta gente se les conocía como **shaykhís** de acuerdo con el nombre de su fundador **Shaykh** Ahmad-i-Ahsá'í.

En mayo de 1844, Siyyid 'Alí-Muhammad, después de regresar a Su ciudad natal desde Búshihr, vivía tranquilamente en Su hogar. Tenía ahora veinticinco años de edad; era delgado, de mediana estatura, con una fina nariz aguileña y ojos grandes de color castaño, frente bien dibujada, pelo, barba y bigote de color castaño oscuro. De naturaleza contemplativa y espiritual, era conocido y respetado por Su sabiduría, Su piedad, Su rectitud y por Su carácter suave y noble. Su vida en ningún caso había sido dura. Su familia era próspera y de buena reputación; como todos los de Shíráz, eran gente ingeniosa, aguda, amante de la poesía, de las flores, de los arroyos y los aspectos más agradables de la vida. El Joven comerciante vivía en un hogar modesto pero refinado; sus habitaciones miraban hacia un patio interior pequeño de su casa, donde crecían naranjos al lado de la noria, rodeado de jarrones con flores fragantes; los pisos estaban alfombrados con las hermosas alfombras de su ciudad natal; se usaban lámparas y candeleros de cristal; las paredes y cielos estaban decorados ricamente y con buen gusto con arabescos estucados; Él mismo vestía ropas de mejor tafetán y de seda, a menudo de un verde hermoso forrado con exquisitos algodones bordados a mano y que alcanzaron tan alto nivel de perfección en Persia. El mundo había sido bueno con Él; tenía una madre devota, una joven esposa amante con quien congeniaba, un tío que lo consideraba como su hijo.

Cierto día al atardecer se hallaba caminando fuera de la muralla de la ciudad. Al acercarse el ocaso vio a un cansado viajero que se aproximaba a la puerta de la ciudad. Se acercó al extraño lo saludó en forma amistosa (con gran asombro para éste) y lo invitó a que viniese a refrescarse después de su largo viaje. El viajero – demasiado cortés y sorprendido como para rehusar – Le siguió a Su casa. Siyyid 'Alí-Muhammad sirvió a Su invitado té que Él preparó con Sus propios manos, en señal de estimación. A las protestas de su huésped de que su hermano y su sobrino lo estaban esperando en una mezquita en la ciudad y que debía apresurarse para reunirse con ellos, Él observo, sin perturbarse, ***Usted debe haber hecho que la hora de su regreso dependiese de la Voluntad y Agrado de Dios…*** Una afirmación tan piadosa y firme puso fin a toda protesta de parte del huésped, quien

se resignó, extrañado y desconcertado, a los deseos de su Anfitrión a Quien nunca antes había visto.

Interrogado en cuanto a sí mismo, el viajero, un joven sacerdote que sólo era dos años mayor que Siyyid 'Alí-Muhammad, habló sin inhibiciones con su recién encontrado Amigo. En verdad, su mente estaba preocupada y se sentía feliz de desahogarse ante oídos comprensivos. Él era un **shaykhí**; no hacía mucho, se jefe había fallecido después de informarle que su muerte debía ser el preludio al advenimiento de Aquél a Quien todos esperaban con ansiedad, el Portador de un futuro alumbramiento para el mundo. Desde entonces él, Mullá Husayn, había pasado semanas recluido y orando, suplicando que Dios le guiase a la Fuente de esta Nueva Luz en el mundo. Finalmente, impelido por una fuerza interior irresistible, había viajado desde Karbilá, en Iráq a Shíráz, en el sur de Persia.

Siyyid 'Alí-Muhammad mostró gran interés en la historia de Su huésped y le preguntó detalladamente con respecto a lo que esperaba encontrar en este Prometido para identificarlo. A esa hora el sol hacía rato que se había puesto. Los dos jóvenes se sentaron en el suelo, como era costumbre y mirando el uno al otro, quedaron absortos en conversación. Mullá Husayn, sacerdote de profesión, un estudioso profundo, tan sobresaliente entre los shaykhís que muchos de ellos le había asegurado que si él se declarase el Prometido, ellos estaban dispuestos a aceptarle, era en realidad el jefe actual de la secta. Pero como era un hombre dedicado apasionadamente a la Verdad, encendido con la creencia que estaba pronta la hora y que el Mensajero estaba cercano, no pensó en absoluto en el prestigio personal o poder, y se hallaba completa y sinceramente absorto en su búsqueda.

Con la seguridad nacida de la convicción y de la práctica, expuso en forma concisa lo que se había enseñado a los shaykhís que debían esperar de Aquél que buscaban: sería un descendiente del Profeta (así lo afirmaba la tradición); tendría entre veinte y treinta años de edad; sería de estatura mediana y no fumaria; no tendría ninguna deformidad o defecto físico; poseería conocimiento y sabiduría innata. Desarrolló su tema con entusiasmo.

El Joven comerciante de Shíráz lo miró con Sus ojos hermosos y pensativos y, con tranquilidad, dijo ***"¡Mirad, todas estas señales están manifiestas en Mí!"*** A continuación procedió, punto por punto, a aplicarse a Sí mismo y a demostrar que todas se ajustaban a Él perfectamente.

Mullá Husayn estaba cansado. Había viajado desde lejos a pie. Sus pensamientos habían estado ocupados continuamente con su intensa convicción de que debía y que podía, encontrar la Nueva Luz en medio de ellos. Esta osada declaración, impuesta sobre él en forma tan repentina e inesperada por un completo

desconocido, no sólo lo confundió sino que casi lo irritó. Se apresuró a informar a su joven Anfitrión, Quien decía palabras tan portentosas con tan callada certeza, que Aquél que él y sus compañeros shaykhís esperaban era un Hombre de trascendente santidad, que Su mensaje sería uno de poder insuperable y que Él poseería gran conocimiento intuitivo. Apenas habían salido estas palabras de su boca, dichas en tono de suave reprimenda, cuando Mullá Husayn sintió agudo remordimiento. Gran temor invadió su corazón: ¿y si este joven fuese efectivamente, por algún milagro, Aquél que buscaba? Sincero en su deseo de la Verdad, con exclusión de cualquier otro sentimiento, juró a sí mismo que moderaría su tono si su Anfitrión insistía sobre el tema. En realidad, llegaron en torbellino a su mente todas las pruebas mediante las cuales estaba seguro que podría establecer la autenticidad de las afirmaciones de Aquél que buscaba. Había preparado un tratado con muchos temas abstrusos que por mucho tiempo le había desconcertado; con seguridad que el Prometido se los contestaría todos; su jefe también le había dicho que cuando Aquél que esperaba, apareciese, Él, sin que se Lo pidiese, revelaría un comentario sobre uno de los capítulos del Corán que relata la antigua historia bíblica de José y sus hermanos.

Pero Siyyid 'Alí-Muhammad no se mostró inclinado en absoluto a abandonar el tema; al contrario, exhortó a Mullá Husayn para que observase atentamente para ver si todas las cosas que se le había enseñado que debía esperar encontrar en Aquél que buscaba pudiesen encontrarse en verdad en Él. Así estimulado, el huésped, con mayor deferencia aún, sacó el tratado que había preparado y se lo presentó a su Anfitrión, rogándole que lo mirase con ojos indulgentes. Bastaron algunas ojeadas para mostrar su sentido a Siyyid 'Alí-Muhammad. De inmediato desarrolló los temas abordados y aclaró el significado de ciertas enseñanzas y dichos en forma tan brillante, que Mullá Husayn quedó asombrado y sobrecogido. Siyyid 'Alí-Muhammad informó entonces a Su huésped que no era para las criaturas de Dios poner sus deficientes normas para juzgar Sus verdades, sino que correspondía más bien a Dios poner a prueba su sinceridad; si él no hubiese sido Su huésped, su posición habría sido por cierto grave, pero que Dios es munífico y lo había perdonado; la gente del mundo había sido creada para conocer a su Dios y para amarle, por lo que debían apresurarse a este Umbral para recibir la Gracia de Dios; ¡así como él, Mullá Husayn, se había levantado con corazón sincero para encontrar la Verdad, todos los hombres deberían levantarse a buscarla con la misma constancia y determinación!

¿Qué le sucedió al mercader de Shíráz? ¿Dónde está el joven de suaves modales, tan dócil y humilde que se consideraba indigno de traspasar el umbral del santuario interior al visitar la tumba de uno de los imames? ¿Dónde está el joven pensativo y devoto, siempre piadoso, siempre callado y discreto? El hombre se ha

transformado en Profeta. El fuego se ha apoderado del fierro y lo ha fundido; el espíritu íntimo, que por tantos años se había gestado tranquilamente en el seno de este Joven persa, de pronto ha florecido. No era este ningún florecimiento ordinario; el mundo ha estallado en Primavera. Ahora caerán las Lluvias vernales y brillará el Sol del equinoccio. Ahora las mentes de los hombres serán tocadas con los primeros colores del Amanecer y el mundo se agitará con la Brisa de Nueva Vida. ¿Por qué tan súbito? ¿Qué ha sucedido? Nada que no sea natural ha sucedido. Hay **puntos** en este universo. Hay un punto cuando después de aclarar gradualmente, de pronto el Sol sale rápidamente sobre el horizonte, en cuestión de minutos, produciendo el brillante Día.

Ahora Siyyid 'Alí-Muhammad no habla ya por Sí mismo; se ha abierto la Puerta; de ahora en adelante Él dirá a los hombres las Palabras que les comunican las instrucciones de Su Creador. Se nos va a educar; Lo necesitamos; se han gastado los impulsos del pasado; los gloriosos impulsos que Abraham, Moisés, Cristo, Muhammad y otro Profetas anteriores a Ellos, cada Uno a Su vez, dieron a nuestras vidas, han seguido su curso. Aquí está la misma Voz Eterna que llama a los hijos de los hombres nuevamente; solamente que los labios del Orador son distintos.

Hace mucho tiempo, Jesús de Nazaret caminaba a la orilla de un lago; de pronto llamó a dos robustos pescadores que trabajaban con sus redes: ***"Venid conmigo, y Yo os hare pescadores de hombres"***. ¡Una afirmación presuntuosa y extraordinaria para que un hombre lo haga a otro en cielo despejado! Pero Pedro y su hermano prestaron atención, sin duda porque estaban abiertos los ojos de sus corazones, y Pedro llegó a ser el principal discípulo, el apóstol amado de Cristo, la Roca sobre la que Él fundó Su Iglesia.

Los ojos del corazón de Mullá Husayn también estaban muy abiertos. Miró a su Anfitrión con nueva comprensión. Una salvaje alegría golpeaba su pecho. Siyyid 'Alí-Muhammad recogió Su pluma de junquillo y hojas de papel fino y liso. Afirmó que ahora había llegado el momento para escribir el comentario sobre el capítulo de José y, descansando Su mano sobre Su rodilla, rápidamente, sin detenerse, sin vacilar, escribió la totalidad del primer capítulo de Su comentario y, mientas cubría las páginas con Su fina escritura recitaba en alta voz, - según la melodiosa costumbre común entre pueblos de habla árabe y persa – las palabras que escribía. No era ésta una cortesa rapsodia. Con alegría y asombro Mullá Husayn oyó Palabras que explicaban muchos significados ocultos, Palabras que reprendían a los reyes por su maldad, Palabras que desafiaban a los así llamados, dirigentes de los hombres, Palabras que convocaban los corazones a Nuevos Reinos de sabiduría y comprensión.

De esta manera, sin ruido, sin ostentación, se levantó sobre el horizonte del siglo diecinueve una Nueva Religión Mundial.

Amor, júbilo, fuerza y entusiasmo ilimitados deben haber invadido el corazón del joven Profeta. En las venas de cualquier joven de veinticinco anos, la sangre fluye con vitalidad, fuerte y ávida, y aquí estaba Él, recién pasado el umbral de la vida adulta, y aquí estaba su país que necesitaba con tanta desesperación ayuda y reforma, tan corrompido, tan supersticioso, tan atrasado – y más allá estaba el vasto mundo que también necesitaba iluminación: ¡y qué Mensaje tenía para dar! Prácticamente no había provincia de la vida humana que no estuviese necesitada de un toque curativo. La sociedad estaba enferma, su cuerpo se podría con llagas. Pero Él tenía el Remedio en Sus manos. ¿No escucharían los hombres? ¿No estarían ávidos de compartir por su propio bien? ¿No se apresurarían para abrazar la Verdad que les traía nueva vida espiritual? ¡Listos y a la mano había todo un grupo de almas preparadas y devotas, que creían y esperaban diariamente Su aparición, y aquí delante de Él se hallaba el primero en creer en Él, este noble joven sacerdote con sus ojos como estrellas, erudito, confiable, ardiendo con celo! ¿No estaba acaso el mundo, el mundo que Dios Le había enviado a servir, a sus pies, listo para ser conquistado?

Persia hedía literalmente con su propia corrupción moral. Toda la estructura de la sociedad tenía por trama y urdimbre el temor, el engaño, el soborno. Estaba gobernada por reyes libertinos y codiciosos y sus enjambres de prole masculina. Ninguna cosa, absolutamente nada podía obtenerse sin regalos; incluso los ministros obtenían sus cargos con la ayuda de buenos regalos para su soberano; los funcionarios de bajo rango sobornaban a los de alto rango a lo largo de todo el sistema; sin propinas o la concesión de privilegios o algún otro tipo de soborno, no se podía hacer nada en ningún sector de la vida. La gente era tan fanática en su religión, que incluso personas eruditas y maestros se consideraban contaminados si su mano hubiese solamente rozado una Biblia y algunos fanáticos llegaban al extremo de recoger el libro con pinzas más bien que tomar contacto con él, o iban a casa y se bañaban y cambiaban la ropa que había sido contaminada al pasar rozando a algún maldito cristiano o un perro judío. A las mujeres se les tenía por tan poco que algunos clérigos aseguraban que carecían por completo de alma; se las mantenía deliberadamente en la ignorancia; un caballo fino o una buena alfombra a menudo eran considerados de más valor para su dueño, más digno de ser atesorado. La gente era de crueldad tan feroz por naturaleza como lo era fanática. El gobierno era, en realidad, una Iglesia/Estado; el clero casi tenía control absoluto sobre la vida de las masas. Un servilismo esclavizante saturaba el carácter persa; la hipocresía se había transformado en una profunda característica nacional. La tierra de Jerjes el Conquistador, la tierra natal de Hafiz, Rumí y Sa’di – poetas

cuya contraparte se puede encontrar tan sólo en nombres como Shelley, Keats, Milton y otros cantantes inmortales – se había hundido en una pequeña nación de fanáticos despreciables. ¡Ningún lugar en la tierra, ningún pueblo, necesitaba más desesperadamente una reforma total que la tierra natal de estos compatriotas de Siyyid 'Alí-Muhammad! Con esperanza, con confianza, con corazón amoroso y una fina mente, Él se puso a la gran tarea de reforma.

Cuando la savia alcana un alto nivel en la Primavera, los árboles literalmente estallan en flor; así era en aquellos días en Shíráz. Mullá Husayn, al reunirse con su hermano y amigos, juramentado de no dar a conocer a nadie la reunión que había tenido con su recién encontrado Jefe, sorprendió a todos por su actitud de paz y felicidad. Él, que había sido casi como un loco en su deseo de encontrar la Prometido, ahora se movía entre ellos con tranquilidad, dando conferencias y enseñando, sin perturbarse. Entró en la mente de algunos de sus compañeros la sospecha que nada pudo haber producido semejante cambio salvo el haber encontrado el Objeto de su búsqueda. Le hicieron preguntas. Él respondió que cada persona debe encontrar por sí misma la Verdad. Perplejos y conmovidos a través de la oración y la meditación, muchos de ellos buscaron abrir la puerta por la que él ya parecía haber pasado. Entre tanto, participando a veces en sus reuniones, moviéndose entre ellos sin ningún signo o señal de distinción salvo Su elevado carácter y Su noble mente, iba Siyyid 'Alí-Muhammad. No dio señal alguna de reconocer a Mullá Husayn. Esto había sido previamente acordado entre ellos, antes de que se separasen esa noche memorable cuando se declaró ser Su primer seguidor. A él le había dicho que Él era el “Báb” (literalmente, Puerta) Quien guiaría a los hombres a una Verdad más grande aún por venir y que, en un comienzo, dieciocho personas debía aceptarle espontáneamente, sin guía exterior alguna. Mullá Husayn era el primero, otros vendrían en los días siguientes. Entre tanto, a menudo Se encontró con Mullá Husayn en Su casa en la noche, y le enseñó Sus doctrinas, escribiendo al mismo tiempo otros capítulos de Su comentario.

Esas primeras semanas de la nueva Revelación parecen un cuento de hadas; uno tras otro, algunos gracias a repentina comprensión, otros en lo profundo de la oración, otros mediante sueños, los diecisiete discípulos que se necesitaban para completar el grupo de diecinueve – siendo El Báb mismo el primero – Le reconocieron, Lo aceptaron como el Jefe que les había enviado Dios y se unieron al creciente grupo que se encontraba con Él en Su hogar. Sólo uno de ellos – la única mujer incluida en este grupo que Él Báb llamó “Letras del Viviente” – nunca entró en Su presencia. Ella creyó en Él mediante un sueño y Lo aceptó mediante una carta.

No nos interesa aquí la historia de los siguientes seis años. Nos interesa observar a primera mano el retrato de un Profeta moderno, tan cercano a nosotros en el tiempo, conservado con tanta autenticidad en cada detalle, que Su personalidad no es materia de conjetura, ni está tejido con relatos populares, ni embellecido con supersticiones ni incluso pintado por artistas bien intencionados pero sin discernimiento. Existe de hecho una pintura de Su rostro, auténtica y bien conservada. La historia de Su vida, escrita por contemporáneos también existe, y están disponibles muchos de Sus escritos originales.

Envió diecisiete de estos primeros discípulos a Persia y tierras vecinas para enseñar Su mensaje. Al último joven de veintidós años, llamados Quddús, lo llevó consigo a Hijaz, donde fue para efectuar un peregrinaje a La Meca. Su plan era ir a los lugares santos de islam, rendir allí a algunos de los dirigentes de la religión musulmana sobre Sus enseñanzas y Su misión. En el viaje de regreso se reuniría con Sus fieles amigos y discípulos en sitio preestablecido para hacer planes para el futuro. Enseñaría; rejuvenecería a la Persia senil y estancada y Su Fe llevaría Su mensaje para reformar otras tierras. Tal era Su plan.

Pero el dignatario religioso más elevado de Hijaz no tenía el más mínimo interés en las noticias que Quddús le entregó de El Báb y de Sus enseñanzas; no tenía tiempo para jóvenes con mensajes nuevos inspirados por Dios; él era un hombre muy prominente y ocupado. Las circunstancias impidieron que se efectuase la reunión con Sus seguidores según lo ávidamente anticipado por El Báb. Regresó a Shíráz no para ser recibido por las aclamaciones entusiastas de la gente de Su ciudad, ni por el reconocimiento de la grandeza de Sus enseñanzas, ni siquiera para tener la bienvenida de Sus seguidores. Al contrario, en el umbral de Su ciudad natal se encontró con la bienvenida de los brazos abiertos de la ley y que era escoltado por un grupo de soldados a la presencia del gobernador. Fue denunciado ante el gobernador y todos los más altos funcionarios de la ciudad, fue insultado por Su presunción impúdica de atreverse de enseñar algo nuevo y de rodearse de seguidores, y por promover el interés de la gente en Sus ideas heréticas; y se Le propinó un golpe tan fuerte en la cara, que echó a rodar por el piso Su turbante, se Le dejó bajo el cuidado de Su tío, quien había sido para Él como un padre y se Le mantuvo en estrecho confinamiento en Su domicilio.

Había transcurrido poco más de un año desde aquella feliz noche cuando con alegría confianza había declarado a Mullá Husayn la naturaleza de la tarea que Dios Le había encomendado. Su mensaje, sembrado sobre el viento por Sus fieles discípulos, estaba creando furor en Persia; hombres de prestigio nacional, dirigentes religiosos del más alto nivel, estaban adhiriendo abiertamente a Su Causa; pero también se estaban levantando en contra de Él figuras políticas y

religiosas de gran peso, el principal y más enconado de los cuales era el primer ministro del propio Sháh.

Finalmente estos enemigos tuvieron éxito en sacarlo de Su casa. Llegó la orden que debía dejar Shíráz. Ya se cernía sobre Él la sombra de la tragedia – así como cayó hacía casi dos mil años antes sobre el joven Profeta de Galilea, cuando los sacerdotes de Su pueblo comenzaron a mirarlo con ojos complotadores. El Báb dijo adiós a Su esposa y a Su madre, sabiendo bien que era el último y definitivo. A la mujer más joven, la compañera de Sus días más felices, quien había creído en Sus enseñanzas y afirmaciones con todo su corazón, le dijo que sabía que sólo podría haber un fin para Él – la muerte. A Su madre la liberó misericordiosamente de la pesada carga de lo que iba a venir.

Fue a Isfahán, la asoleada Isfahán con sus jardines y mezquitas de cúpulas azuladas, el gran centro religioso de Persia. Allí, especialmente por la influencia del gobernador de la ciudad, que primero se hizo Su amigo y luego Su discípulo, gozó de un breve vuelo hacia la fama y la buena reputación. Doctores de la ley se sentaron a Sus pies y sacerdotes de barbas grises, de prestigio nacional, besaron Sus manos. La población se volvió loca por Él e incluso bebió el agua en el que Se había bañado, creyendo que su contacto con Él la había dotado de cualidades curativas. El Sháh Le concedería una entrevista en la capital; por unas pocas semanas Sus esperanzas para Su tierra natal deben haber parecido próximas a realizarse. Después de todo, los hombres no estaban tan ciegos y como piedras para ver la Verdad que ansiaban. Escucharían, aceptarían, accederían a ser guiados.

Pero el primer ministro estaba aterrorizado por este Joven cuyas doctrinas se estaban propagando como relámpago, que ya había conquistado el apoyo de numerosos hombres famosos – no el menor de los cuales era el propio sabio que su Majestad había despachado desde su propia corte, por propia iniciativa, para que investigase las afirmaciones de El Báb y que, después de algunas breves entrevistas, había quedado completamente convencido de la Verdad de esas afirmaciones y se había levantado él mismo para propagarlas por el país. ¿Quién sabe lo que sucedería si el Sháh se viese infectado por el germen de esta nueva Fe? Lo primero, pensó él, sería un día de rendición de cuentas por su propia evidente tiranía, que Su Majestad, un hombre de mente débil, le había dejado en libertad para ejercerla sobre todo el país. Sucediese lo que sucediese, El Báb no debía venir a la capital, jamás debía ver cara a cara al Sháh. Llegaron torrentes de mensajes a Isfahán. Los serviles sacerdotes lamebotas, que rápidamente percibieron en qué dirección soplaba el viento, comenzaron a denunciar a El Báb desde el púlpito de las mezquitas como enemigo público, un loco, un secesionista de la única verdadera Fe de islam. Tan grave se volvió la situación que el gobernador Lo ocultó en su propia casa, haciendo circular la especie que Él había salido de la

ciudad. Pero el escudo de este buen amigo pronto desapareció. Falleció repentinamente. Su sucesor envió ostensiblemente a El Báb a Tihrán bajo custodia, pero en el camino se recibieron órdenes del primer ministro; el Prisionero debería ser encarcelado en la fortaleza de Máh-Kú, lo más lejos posible de la capital, que podían enviarles, en la convergencia de las fronteras entre Turquía, Rusia y Persia, en las salvajes y desoladas montañas de Ádhirbáyján.

Por qué habríamos de suponer que solamente debido a que un hombre tiene el raro rango y la heroica estatura de Profeta, por lo tanto, no tiene ninguno de los sentimientos humanos propios de todos los hombres, es algo que ignoro. Por el contrario, siendo más sensible, siendo altamente perfeccionado hasta un grado no compartido por otros, teniendo un alma que abarca las necesidades de la época, los requerimientos de la humanidad, los secretos de los corazones, Él también debe ser capaz de un pesar mucho más profundo que nosotros y, claro está, de una alegría mucho mayor.

Con sólo un discípulo para que Lo acompañase, Siyyid 'Alí-Muhammad fue encerrado en Máh-Kú. La fortaleza, recortada en parte de la sólida roca de la montaña, era desolada, fría y repulsiva. Enmarcado por el paisaje salvaje y desolado, dominaba la escuálida aldea de Máh-Kú, de la que obtenía su nombre. Durante los primeros meses de Su encarcelamiento allí, Sus carceleros, quienes habían sido advertidos en Su contra como un enemigo sedicioso tanto del Estado como del islam, Le negaron incluso una lámpara en Su pieza en la noche, mientras que el invierno era tan helado que se congelaba el agua en Su jarro.

Idas estaban las cálidas perfumadas noches de Shíráz, el agradable hogar de Su juventud. Idas las amantes, amistosas caras de Su familia y parientes. Nunca más estaría Su porción entre tales cosas. Idos los sueños que había atesorado de ver cara a cara Su soberano, de enseñar Él mismo a Sus compatriotas el Recto Sendero, de guiarles por el nuevo camino de la reforma que Dios Le había enviado a pavimentar para ellos. Bien sabía que para Él no había punto de viraje y que Su ruta, como la de Cristo antes de Él, conducía únicamente a la cruz. Pero incluso la tierra más desolada, cuando la primavera viene tropezando suavemente por el sendero del sol, se viste con un poco de verde, no importa cuán humilde sea. Así los rústicos aldeanos de Máh-Kú sintieron una influencia benigna que cálidamente brillaba sobre ellos desde el Prisionero tras las murallas de la fortaleza. El oficial de la frontera a cargo de la fortaleza, al ver ningún mal, ninguna rebeldía en el Joven que le había sido descrito como una amenaza para todo y para todas las personas de importancia en el país, se sintió preocupado por la severidad con que se Le trataba, tan preocupado que después de un período del más duro confinamiento y privación, y después de haber visto una extraordinaria visión, se apresuró en ir donde su Prisionero para pedir Su perdón y para compensar por lo

hecho, se Le permitió salir a caminar; los peregrinos que, con pies adoloridos, y cansados, que venían de los cuatro rincones del país y llegaban finalmente a las puertas de Máh-Kú para ver a su joven Jefe, no eran apartados sino que se les permitía entrar libremente a Su presencia. Los aldeanos mismos, kurdos salvajes que pertenecían a una secta diferente del islam que los persas, y que les odiaban tanto a ellos como a su religión, se sintieron tan prendidos a Siyyid 'Alí-Muhammad que solían venir a pie de la fortaleza, camino a su trabajo, con el objeto de logar un vistazo de Su rostro y pedir una bendición para su labor cuotidiana; también solían, en casos de disputas, venir a un lugar debajo de Su ventana y se hacían jurar en Su nombre que dirían la verdad.

La Luz que el primer ministro confiaba haber virtualmente apagado, comenzó a brillar intensamente desde la prisión misma. Los emisarios de El Báb, como las abejas en el campo, se dispersaban activamente por Persia polinizando los corazones de sus compatriotas. Algunos de estos emisarios comenzaron a encontrarse con la última respuesta de la tiranía y la ortodoxia a toda innovación que amenazaba su supremacía: la muerte. El manto de la nueva Fe comenzaba a teñirse con ese color que por siempre caracterizará su historia: carmesí. Toda religión, sin excepción, había sido rociada por la sangre del sacrificio de sus mártires, aquellos que la amaban más que a la vida. Pero ninguna religión, sin excepción, se ha teñido en forma tan completamente roja, como la del Profeta de Shíráz.

Finalmente llegó a la puerta de Su prisión Mullá Husayn. ¡Él había servido bien, por cierto, a su Amo! Había viajado, en su mayor parte a pie, durante un período de tres años y medio, más de cuatro mil millas, propagando el nuevo Mensaje desde la frontera oriental a la frontera occidental de Persia. Ahora podía sentarse una vez más a los pies de El Báb, escuchar Su melodiosa Voz, y recibir de Él nuevas instrucciones. Completa y madura debe haber sido esa instrucción, porque Él Báb veía claramente delante de Él la escritura en la muralla y leyó que Su tiempo para completar Su misión era en verdad corto. Recogió las fuerzas de Su alma y mente, y durante los duros meses de cautiverio (nueve en total) que pasó en Máh-Kú, dictó la totalidad del Libro de Sus leyes así como muchas otras cartas y tratados de importancia a Su amanuense, el único compañero que se Le permitió en Su prisión y en el exilio. Mullá Husayn dio su última despedida a su amado Jefe y emprendió la marcha para cumplir Sus instrucciones y mensajes a las crecientes bandas de Sus seguidores, mensajes que les inspiraron tan profundamente y avivó a tal punto la llama de su devoción que el cuerpo de la Fe adquirió mucha más fuerza de lo que había tenido hasta entonces, y por su rápida propagación, precipitó el violento clímax de su suerte.

El Báb mismo fue trasladado a otra fortaleza, cerca de la aldea de Chihríq (a más o menos setenta y cinco millas de Máh-Kú), por orden del primer ministro, que entre tanto había descubierto que la magia del carácter de su Prisionero había derretido el fierro de sus instrucciones y que, lejos de recibir insultos y vejaciones, se había transformado en el objeto de profunda reverencia y afecto en todo el distrito. En Chihríq se repitió la historia de Máh-Kú, pero en una escala aún mayor, porque El Báb, rigurosamente confiando en un principio, tratado con dureza y difamado por la gente de la aldea, por Su manera de ser pronto ablandó los corazones de todos, muy luego fue una vez más el objeto de amor y respeto, volvió a ser el árbitro de disputas y nuevamente fue el imán que atraía los pies de muchos devotos, y a muchos buscadores, al páramo pedregoso que rodeaba Su prisión trayéndolos, ávidos y encendidos, a Su presencia. Y tampoco fueron apartados aquí como había sido el caso en Máh-Kú, porque Sus guardianes nuevamente se transformaron en Sus fervientes admiradores. El oficial que ahora era responsable de Su estricto confinamiento, que era nada menos que un cuñado del Sháh, no obstante las instrucciones enfáticas que había recibido, no negaba a nadie acceso a El Báb, por Quien había llegado a sentir profundo apego; por el contrario, se permitía que se reuniesen grandes asamblea de peregrinos, buscadores y habitantes de la localidad para escuchar, arrobados, sus disertaciones públicas. Sus carceleros también se transformaron en Sus devotos y es más probable que habrían favorecido Su huida si en algún momento El hubiese tenido intención de ello.

Ahora Él sabía el calibre de Sus enemigos. Sabía que el primer ministro y la jerarquía eclesiástica de Persia eran Sus adversarios implacables. Sabía que cualesquiera de las esperanzas brillantes que habían latido en Su corazón cuatro años antes, cuando recién había sentido la marea plena del Poder profético fluyendo de Él a Sus nuevos discípulos y cuando había vuelto Su rostro expectante hacia La Meca para emprender la primera etapa de Su carrera, no se iban a cumplir al lograr para Él algún ascendiente durante Su vida. No era Él, después de todo, Quien iba a propagar el Evangelio que ensenaba. No se Le iba a permitir a Él curar el mal canceroso de Su tierra natal. En Sus días no llegaría a Sus oídos ningún eco de triunfo. Pero bien se podría preguntar si preveía la plena medida de la derrota, al parecer total, que iba a sobrevenir a Su Causa bajo Sus propios ojos.

¡Asia la cruel! No una sino mil veces han llevado las olas de su insensible corazón la miseria no solamente a los hogares de su propia gente, sino a los de gente de países extranjeros. Ha robado de su propia cuna a más de un rey y ha arrasado sus propias cosechas con vientos trilladores de odio. El Báb no debía ser tolerado, y en su manera inmemorial, lo que no se debía tolerar, debía ser masacrado. Los persas se levantaron para aniquilar a los babis, como se llamaban ahora a Sus seguidores. Pero estos hijos de islam, cuya tradición les había

enseñado que defender su religión con la espada (para que no desapareciese de la faz de la tierra) no era un pecado sino una acción lógica, superior a la defensa de sí mismo, no se iban a dejar aniquilar sin protesta. En algunos centros, donde eran numerosos, se juntaron. No atacaron, incluso no provocaron, sólo rehusaron renegar, como hombres honrados, de las nuevas convicciones que tenían. Fueron, atacados con rabia y lucharon valientemente para defenderse. Pero la lucha de un dedo contra todo el cuerpo es, de la partida, una batalla perdida y aun cuando lucharon heroicamente en Zanjan, en Nayríz y en Shaykh Tabarsí, finalmente fueron derrotados en sitios de varios meses y después de sufrir hambre severa, en ocasiones viviendo del cuero de sus zapatos y de los huesos de sus caballos mezclados con lo poco verde que quedaba dentro de las murallas de sus fortalezas. En el hecho, nunca fueron vencidos tan sólo con la fuerza de las armas, solamente por la traición de sus enemigos, quienes solemnemente les prometieron por escrito, en el Corán, que si se rendían no se les daría muerte. Sin embargo, en cuanto salieron de buena fe de sus fortalezas, deponiendo las armas, fueron atacados por los soldados, sacerdotes y populacho, y fueron masacrados en escenas públicas de horror bárbaro.

Y no fueron los que se defendieron mediante la espada los únicos que sufrieron; en la capital, en las ciudades principales y en numerosas aldeas, bábís cuyo único crimen era que rehusaban renegar de su recién descubierta Fe, y que no ofrecieron resistencia alguna, fueron carneados como ovejas. Se les impregnaba con aceite y se les quemaba vivos; eran repartidos entre los comerciantes de la ciudad, los carniceros, los albañiles, los zapateros, los panaderos, cada cual recibía su trofeo y cada cual competía con los demás en inventar endiabladas torturas con las que tomar lentamente la vida de sus víctimas; se les mutiló en todas las formas concebibles, siendo que los espectadores estaban tan sedientos de sangre que a menudo un pobre mártir era asesinado primero con cuchillos, luego su cadáver era colgado, después se le prendía fuego e incluso los huesos eran desenterrados posteriormente para ser profanados; se inclinaban árboles jóvenes, se amarraban, las piernas de la víctima a cada árbol y luego se permitía que los árboles volviesen repentinamente a su posición original, rajando al hombre en dos para deleite del alegre populacho. No era raro que alguno de los mirones, en un éxtasis del más horrible fanatismo, recogiese y bebiese la sangre de su odiada víctima. En más de una ocasión las mujeres – madres, hijas o esposas – encontraban que la cabeza o el tronco de su ser querido le era devuelto por una alegre y rugiente poblada como un trofeo de su ingeniosidad. La respuesta de una de estas mujeres se ha hecho inmortal; recogiendo la cabeza de su querido hijo, se la lanzó nuevamente al populacho gritando, “¡Lo que he dado a Dios, no lo acepto devuelta!” Las cabezas decapitadas se utilizaban como pelotas de futbol o para decorar lanzas; se colgaban

cuerpos en los mercados para goce general, para ser insultados y profanados por varios días – en realidad, entre 1844 y 1853 Persia produjo un espectáculo completo de crueldad asiática con el que horrorizaron a todo el mundo civilizado.

La peor de estas salvajes masacres se produjo mientras El Báb se hallaba en Chihríq. Días negros y noches negras fueron las Suyas cuando, uno tras otro, llegaban mensajeros para darle las desgarradoras noticias de cómo les iba no solamente a aquellos a quienes amaba personalmente, a quienes había enseñado Él mismo, y que habían estado más cerca de Él – tales como Mullá Husayn y Quddús y otros entre Sus primerísimos discípulos, incluyendo el tío que había sido como un padre para Él – sino a la masa de Sus adherentes, incluso las mujeres, incluso los niños, aún más, incluso los bebés.

La mayoría de la gente ha experimentado pesar bajo una u otra forma; mucha gente en nuestro mundo actual sabe, por experiencia personal, lo que son los horrores de la guerra, de la revolución, de los tumultos – la muerte inesperada, repentina, devastadora; sufrimiento sin sentido, amarga e irreparable pérdida, han mordido profundamente a una generación tras otra en este siglo; no somos extraños para tales cosas y nos lamentamos a causa de catástrofes adicionales e innecesarias. ¿Cuáles deben haber sido los sentimientos de El Báb, un Ser tanto más sensible y con poderes tanto mayores que los nuestros? Abandonar hogar, familia, amor, comodidad, amigos, estimación y seguridad, por el amargo destierro, esa es una carga muy pesada para cualquiera. Ver que Su mensaje, Su gran remedio enviado del Cielo, Le es arrancado de Su mano curativa y despedazado sobre el suelo, eso es duro por cierto para que lo vea cualquier ser humano. Ver que se apaga la débil luz de la esperanza, saber que Su sendero conduce inevitablemente al sepulcro cuando se está en la flor de la vida, y cuando Su mente está trabajando mejor y que por ella se están precipitando todos Sus poderes creativos, no solamente con los pensamientos del genio, sino con los pensamientos del Profeta – por difícil que parezca ser enfrentar tal comprensión, sin embargo es una a la que se puede reconciliar un hombre de principios inflexibles. Pero saber que todo lo que más se amó, todo por lo que se hicieron sacrificios, se está destruyendo en la forma más cruel, más despiadada y sin remordimientos; tener que recibir una escena de horror tras otra en la solitaria celda de la prisión que se habita y oír que un amigo, un corazón leal y de confianza, tras otro ha sido eliminado, dejando Su Causa, Su recién nacida Doctrina, Su preciosa Dádiva de vida y progreso, indefensa a los pies de Sus enemigos; con seguridad que esto es demasiado, incluso, para que lo soporte un corazón tan grande como el de Jesús o de Muhammad o de Moisés. Tenemos razones más que suficientes para creer que rompió el corazón de El Báb. No podía ni comer ni dormir y Su dolor no conoció límites.

Lo mejor que pudo dar al mundo se apresuró en entregarlo en seis años. Lo peor que éste podía darle se lo echó encima sin vacilar en ese mismo breve período. No había nada más que podían hacer Sus compatriotas, salvo darle muerte, y se apresuraron en hacerlo.

Fue conducido a Tabriz; ya con anterioridad, había sido llamado allí desde Chihríq y había sido interrogado en presencia del heredero al trono y los más altos dignatarios religiosos de la ciudad. Pero Sus orgullosos y despreciativos jueces habían sido vencidos en la entrevista: El Báb se había comportado como un rey, con tanta autoridad y dignidad, dando respuestas tan brillantes y audaces que silenciaron y dejaron en vergüenza a la asamblea de Sus malquerientes. Puso término perentoriamente a dicha reunión y salió de ella después de decir lo que deseaba decir. Los encuentros con Él siempre tenían la particularidad de salir en Su favor; ningún hombre con una chispa de equidad podía realmente condenarlo después de haberle escuchado. Como Poncio Pilatos quien, después de escuchar a Cristo, se sintió obligado a lavarse las manos del sucio asunto que traían entre manos los doctores judíos, las pocas personas que tenían una conciencia activa en Persia invariablemente se rebelaron contra las intrigas para hacer daño a El Báb, una vez que Lo habían oído y visto. Es así como en esta ocasión no hubo interrogatorio. El prisionero, con la cabeza descubierta, ya que se Le había privado de Su turbante y faja verdes, que eran los símbolos de Su ilustre linaje, en el calor de un día de julio, fue conducido de puerta en puerta en forma ignominiosa, a la casa de aquellos altos funcionarios cuyas firmas eran necesarias para Su sentencia a muerte. Nadie protestó (¡Oh recuerdos de Jerusalén!) contra este crimen que se contemplaba; por el contrario, eran los sirvientes los que venían al encuentro de El Báb y Su oficial de escolta en la puerta, entregando los papeles que se necesitaban, aprobando la sentencia de muerte de parte de sus amos, y diciendo: “No hace falta que entre, Él es el que fue condenado hace tiempo”. Ningún corazón clamó diciendo que ésta era una injusticia en su forma más negra, con la excepción del coronel del pelotón de fusilamiento que debía ejecutarlo y que estaba compuesto por cristianos de Armenia. Este oficial, muy impresionado por el aspecto y conducta de El Báb, Le informó que no deseaba derramar Su sangre ya que temía la ira de Dios. Por un acontecimiento extraño y milagroso, se vio libre de esta horrible culpa.

El 9 de julio de 1850, Siyyid 'Alí-Muhammad, que ahora tenia treinta y un años de edad, fue conducido al patio del cuartel de Tabriz. Lo acompañaba un discípulo, un joven de buena familia de esa ciudad, que había insistido terca y apasionadamente, a pesar de los ruegos y disuasión de su familia y amigos, que se le debía permitir morir con su Señor bienamado. Miles de espectadores se reunieron sobre los tejados y en las calles y en los sitios baldíos, contemplaron con

avidez la escena que se desarrollaba a la clara luz del mediodía. El joven discípulo pidió que se ubicase su cuerpo de modo que escudase el de su Maestro, y es así como se les amarró y suspendió sobre la muralla, dos hombres muy jóvenes, la cabeza del muchacho descansando sobre el pecho del Profeta. Mientras miraba tranquila pero tristemente a la vasta multitud, El Báb les habló: ***Si hubiese creído en Mí, ¡oh descarriada generación!, todos ustedes habrían seguido el ejemplo de este muchacho, quien en rango se hallaba por encima de muchos de vosotros, y se habrían sacrificado voluntariamente en Mi sendero. Llegará el día cuando Me habréis reconocido; en ese día ya no estaré más con vosotros.***

Finalmente – en el segundo intento – la ejecución tuvo éxito. El fuego proveniente de setecientos cincuenta rifles acribilló sus cuerpos; sólo quedó una masa lacerada de carne y huesos, con la cabeza de El Báb milagrosamente libre de desfiguración. Esa noche se le dejó en la orilla del foso de la ciudad, para que se los devorasen animales salvajes, pero amigos fieles lograron rescatar los preciosos restos los que, después de ser trasladados de un escondite a otro, durante sesenta años, fueron traídos finalmente a Palestina y sepultados en un santuario digno en el Monte Carmelo, en Haifa, donde reposan en la actualidad.

El Santuario de El Báb, sobre las laderas de Monte Carmelo
Con el Puerto de Haifa, Israel en el trasfondo.

Cuán repentino, cuán espectacular – para algunos cuán fútil – debe haber parecido el curso desenfrenado de eso seis años y dos meses durante los cuales Siyyid 'Alí-Muhammad golpeó en vano Sus alas contra los barrotes de la corrupción, el fanatismo, el odio y la sanguinaria venganza. Desde el día en que abrió Su boca y tuvo la temeridad de decir: ***"Yo vengo donde ustedes con un Mensaje de curación, con innovaciones necesarias, con Doctrinas nuevas y saludables; no hablo por Mí, sino que vuestro Dios Me envió a ustedes para guiarlos por el Sendero de progreso y la felicidad…"*** hasta que yació, un montón ensangrentado, sobre el borde de la fosa en Tabríz, no había recibido Él ninguna recompensa por Sus esfuerzos sino odio desenfrenado y persecución. Sin embargo, los Conceptos que trajo, como el viento que hace sonar un arpa, vibraron por doquier por el mundo y movieron los pensamientos de los hombres. Ferozmente, con la misma ferocidad que dio la bienvenida a las enseñanzas de Cristo, Sus enseñanzas, Él mismo y aquellos quienes Le seguían, fueron pisoteados y, al parecer, destruidos. Pero Él era la primavera – misterioso, orgánico, ligado a las mareas del universo, la Primavera Espiritual. Los objetos pueden ser aniquilados, pero el espíritu de una cosa se propaga sobre el éter. La voluntad de ser libres, la voluntad de adorar, la voluntad de autoexpresión, la voluntad de descubrir – estas fuerzas, inherentes a la naturaleza misma del hombre – nunca pueden ser derrotadas mediante la espada o mediante leyes. De una edad a la otra, de un corazón a otro, de una a otra mente, vuela la chispa.

Lo que El Báb había traído al mundo, no importa cuán ampliamente fuese rechazado, no podía ser cambiado. La rueda del progreso había girado y había enganchado otro engranaje en nuestras vidas sobre este planeta. Él había abierto las compuertas de la historia para una nueva era de desarrollo. No había manera de volver atrás. La marea de la reforma mundial entró con las enseñanzas y ejemplo de Siyyid 'Alí-Muhammad de Shíráz hace más de cien años, en la nación más atrasada y corrompida del mundo, en un momento cuando los conceptos que Él promulgó no se sustentaban incluso en el ilustrado Occidente.

Para 1853 la persecución universal a los bábís casi había destruido al nuevo movimiento por completo. Todos los primeros y más destacados dirigentes habían sido muertos; todos los seguidores más valientes también habían preferido la muerte a la renegación; eran relativamente pocos los que quedaban, y estos pocos eran un rebaño aterrorizado, aplastado, sin jefes y disperso. Pero los procesos orgánicos no se pueden ahogar; al parecer, se alimentan de fuentes cósmicas de fuerza y cuando se les interrumpe en un lugar, brotan en otro. El tiempo para brotar y florecer para la vida espiritual de esta tierra había completado nuevamente un ciclo e iba a seguir su curso a pesar de todos los obstáculos. La furiosa tormenta que había sacudido a este nuevo proceso espiritual sólo había servido para derribar

las primeras flores, la raíz seguía creciendo en la oscuridad, juntando sus energías para una mayor efusión de poder. Iba a haber dos Profetas y no Uno solo. Como algunos bulbos silvestres que crecen en lugares áridos y que producen lo que parece el milagro de una segunda flor inmediatamente después de que se ha marchitado la primera, el siglo diecinueve dio a luz a una Gran Religión Mundial fundada por dos Grandes Maestros Mundiales, que eran contemporáneos el Uno del Otro, de modo que el Segundo sólo era dos años mayor que el Primero, y que Se siguieron con sólo un intervalo de nueve años entre el martirio del Uno y el despertar profético del Otro. El segundo era Mírzá Husayn-'Alí, conocido más comúnmente por Su título de Bahá'u'lláh.

Entrada al Santuario de Bahá'u'lláh, en Bahjí, 'Akká, Israel

No nos preocupan tanto aquí las doctrinas enseñadas por estos Maestros mundiales, los métodos que propugnaban, la historia de Sus vidas o de Su religión, sino más bien Sus personalidades. Por primera vez tenemos la oportunidad no sólo de preguntarnos qué aspecto tenía un Profeta y cómo actuaba, cuáles eran Sus gustos, Sus características, Sus hábitos, sino de satisfacernos con exactitud sobre

estos puntos. La vida es una experiencia vívida y resplandeciente. No importa cuanto nos agraden las abstracciones y gocemos con conceptos vagos de elevados ideales, el vivir es contacto, el impacto de una cosa sobre otra. No cabe duda que ésta es una de las razones por las que las antiguas Religiones mundiales, el judaísmo, el hinduismo, el budismo, el zoroastrianismo, el cristianismo y el islam, han perdido a tal grado su influencia sobre la vida diaria de sus seguidores. No solamente están ahora anticuadas sus leyes – que en un tiempo estaban perfectamente adaptadas a las necesidades de la época – sino que, nos ha dejado, en su mayor parte el toque vivo impartido por el sentido de comprensión íntima de sus respectivos Fundadores. Los Profetas son de carne y hueso; esa es toda Su ventaja. Son hombres como nosotros y pueden entrar en vuestras vidas y pueden hablar con nosotros en nuestro propio idioma. Por otra parte, son más que nosotros, de otro modo no podrían ser los puentes entre nuestro ser pequeño y finito y el Ser Infinito que nos creó. Cuando Sus personalidades se vuelven nebulosas, cuando pensamos en Ellos como grandes abstracciones heroicas, como figuras que se ven en un sueño, no importa cuanto podamos amarlos y honrarlos todavía y tratar de seguir Su camino, han perdido mucha de la potencia que poseyeron en un tiempo para influenciar nuestras vidas y acciones diarias. El sol de la primavera pasada no hará crecer las flores de la primavera actual; se requiere el equinoccio; debemos acercarnos nuevamente para recibir un nuevo estímulo de luz y calor. De igual manera, no solamente necesitamos nuevas leyes de tiempo en tiempo, necesitamos conocer nuevamente al Profeta, ver con nuestros propios ojos qué tipo de hombre es, para recibir todo el impacto de Su personalidad en la nuestra.

Pensativamente a veces nos preguntamos si Jesús era realmente como las historias bíblicas - ¿tan perfecto, tan paciente, tan sabio, tan tenazmente valeroso? Él falleció hace dos mil años… ¿no habrá sido una exageración, una ampliación de la verdad? ¿Era como eso Muhammad? ¿Siempre tan bueno, tan valiente, tan listo para darlo todo por las necesidades de los hombres, día y noche, hasta que puso a descansar Su cabeza por última vez, cuando anciano? Han transcurrido mil trescientos años… ¿a lo mejor el retrato se ha vuelto más vívido con el tiempo y ya no representa a un hombre verdadero sino una figura semi-mitológica?

El polvo de los años cae inevitablemente sobre todo. También ha caído sobre la personalidad de los Profetas y ha oscurecido un tanto Su imagen. Hoy en el mundo necesitamos no solamente un nuevo impulso espiritual, sino que necesitamos saber una vez más que es en realidad verdad que existe un Ser Humano Perfecto, Uno que muestra tales virtudes de mente y de espíritu que pueda renovar en nosotros el deseo de luchar con nosotros mismos para llegar a ser realmente hombres y no solamente semi-bestias.

En El Báb y en Bahá'u'lláh tenemos ejemplos casi contemporáneos y podemos observarles a poca distancia. Siempre esperamos más de los demás que de nosotros mismos. Esperemos que ellos cumplan con su deber mejor de lo que nosotros cumplimos con el nuestro. El observador más crítico no se puede quejar de alguna inconsecuencia en el carácter de Cristo y Muhammad (los dos más recientes Fundadores de religiones históricas antes del siglo diecinueve). Jesús no defraudó a nadie de las esperanzas que tuvo en Él; el crítico más acerbo no podría negar que no solamente vivió lo que enseñó, sino que al final murió por ello en la forma más noble y conmovedora. Lo mismo vale para Muhammad. Él fue consecuente hasta el final; mantuvo la fuerza e impulso de Sus ideales y jefaturas hasta Su último aliento. Pero como no sabemos nada muy íntimo de Sus vidas, se podría decir que no eran en manera alguna diferentes o superiores a otros hombres, sino solamente reformadores grandes y valientes y que también tenían las imperfecciones que todos tenemos.

En El Báb y Bahá'u'lláh tenemos ejemplos de Profetas, el detalle de Cuyas vidas es hecho histórico incuestionable y contemporáneo. ¿Qué vemos en estas Vidas que se destacan como características salientes? Primero, una gran consistencia; esa seguridad que admiramos tanto en un hombre que siempre parece saber su propio pensamiento, que nunca está a la deriva en ninguna situación, que nunca se contradice, era Suya en grande superlativo. Desde el principio hasta el final de Su período de ministerio profético nunca vacilaron, fluctuaron, ni se apartaron del curso que habían adoptado. Se puede ver que Su brújula interior estaba fijada firmemente y se conducían de acuerdo con ella sin ninguna desviación. Segundo, Su bondad, nacida de Amor divino, la clase de bondad con que soñamos, que no tiene aleación con interés personal y que no conoce límites, sino que fluye como la plena luz del sol al mediodía, era algo real, era atestiguada tanto por amigos como los enemigos. Muchos de Sus amigos murieron por haberlo conocido, porque creían que tal merced era más dulce que la vida misma, mientras que Sus enemigos, como murciélagos alérgicos a la luz, se sentían más intensamente provocados por Él. Tercero, Su conocimiento; no solamente el conocimiento profundo de un cerebro informado y magistral que abarca la verdad y comprende problemas con percepción y razón, sino que la extraña y automática Omnisciencia que debe ser la concomitante lógica de una Mente que recibe su agua de una gran Fuente universal, el Espíritu del Creador. Poseían la facultad, demostrada una y otra vez, de no sólo ver los pensamientos, sino los corazones de aquellos a quienes deseaban ver. Como un cirujano que extrae de una íntima rendija de nuestra anatomía algo que estaba enfermo y que ni siquiera sabíamos que teníamos, así Ellos sondeaban las personalidades de los demás y curaban, exponían o censuraban, según fuese el caso. Y finalmente, el árbol se conoce por sus frutos.

Las enseñanzas de El Báb y de Bahá'u'lláh – tan perfectamente adaptadas a los requisitos de nuestro mundo contemporáneo – son la prueba más grande de todo Su verdadero carácter profético.

Capítulo XII
El Rebrote

Como no hay en el universo dos cosas totalmente idénticas, también los Profetas difieren entre sí. Tienen su propia personalidad individual y distinción, mientas que al mismo tiempo comparten las mismas características que llamamos Divinidad, de igual manera que los diamantes pueden ser rosados, azules o blanco puro, sin embargo todos son del mismo material inapreciable. Al estudiar la personalidad de El Báb se encuentra una característica sobresaliente en Su encanto que todo lo penetra y que cautiva el corazón. Es verdad que Su mente era aguda, profunda y de gran misticismo; poseía mucha valentía, mucho dominio de Sí mismo, una dignidad serena y reservada, verdaderamente atrayente en una persona tan joven. Era muy suave, pero inamovible en Su resolución; la esencia de la justicia; meticuloso en cuanto a vestimenta y comida, refinado en todos Sus gustos; tenía una escritura exquisita; bondadoso y tierno con Sus amigos; adamantino en mantener Sus doctrinas ante Sus adversarios; y no obstante, todas estas características estaban entrelazadas por ese mágico encanto que tanto Le distinguía. Era de contextura liviana, delgado; Sus manos eran delicadas y finas; tenía ojos castaños y barba de igual color; usaba turbante del color verde del Profeta Muhammad y a menudo usaba túnicas verdes; era descendiente de una familia de mercaderes de buena reputación y cultos. Esa es la imagen que obtenemos de Él, tanto de Su retrato como de Sus contemporáneos que Lo describen por escrito, así como de las reliquias que poseemos de Sus pertenecías personales.

Su equidad y principios eran renombrados: en cierta ocasión pagó a un cliente una suma superior al precio del mercado de algo que se Le había pedido vender. El hombre Le preguntó a El Báb por qué le estaba dando más de lo que le correspondía y Él le informó que había tenido la oportunidad de venderlo a ese precio, pero no lo había hecho y que por lo tanto, no sentía que Su cliente debía ser privado de recibir el mayor valor. El hombre protestó sin resultado alguno ya que El Báb insistió que eso era lo justo. Otro ejemplo de Su alto sentido de justicia fue cuando un discípulo compró algo para Él a un precio exorbitante. Insistió que fuese devuelto de inmediato y el dinero restituido ya que no estaba dispuesto a permitir que Lo engañasen, ni estimular a otros en su falta de honradez.

Debajo de Su suavidad y amistad había una resolución inflexible. En Tabriz, al ser llamado ante el heredero del trono, el gobernador de la provincia, los más altos dignatarios religiosos de la ciudad y los doctores de la ley, como sabía que en realidad se Le estaba sometiendo a juicio por Su vida, había entrado caminando solo en medio de ellos y con toda tranquilidad se sentó en el sillón desocupado reservado para el hijo mayor del Sháh como cabeza de la asamblea. ¡Tan poderosa era Su personalidad, que nadie protestó! Cuando se Le preguntó exactamente Quién aseguraba ser, había respondido calmadamente y con valentía que Él era Aquél a Quien estaban esperando y por cuya venida habían estado orando a Dios durante 1000 años. Como uno de los sacerdotes de barbas grises Le dijese que no era sino un muchacho inmaduro de Shíráz, un discípulo del diablo y que debía guardar silencia, El Báb contestó tranquilamente que reafirmaba cada palabra que había dicho. Una vez que hubo contestado algunas preguntas adicionales, dispersó la reunión al levantarse y salir de ella. Esta conducta, una vez que los dignatarios de la ciudad se habían recuperado de su sorpresa como para darse cuenta de su enormidad, dio lugar a que fuese bastoneado personalmente por mano del juez principal de la corte religiosa, quien no pudo encontrar a otra persona dispuesta a propinarle los golpes a El Báb.

Esta inflexible valentía moral y física la mostró en forma consistente durante los seis años de Su ministerio. Cuando el gobernador de Shíráz, a su regreso de La Meca, envió una escolta montada para que Lo ubicase y Lo condujese a su palacio, el oficial de la guardia encontró que se le acercaba cabalgando un agradable y bien parecido Joven, quien sonrió y dijo: ***“El gobernador lo ha enviado para arrestarme. Aquí estoy; haga conmigo lo que le parezca…”.***

La noche anterior a Su martirio, aquellos quienes Le rodeaban, incluso algunos bábís que Le acompañaban y a quienes dio instrucciones de que no diesen a saber su fe al día siguiente, ya que El deseaba que sobreviviesen como testigos y que sirviesen Su Causa, atestiguaron que nunca Lo habían visto tan feliz y alegre. Aún más, Su actitud hacia la muerte que Le esperaba y la manera regia en que Se comportó, intranquilizó la conciencia y sacudió la confianza de muchos de los oficiales que Le rodeaban, incluyendo el coronel del regimiento que se eligió para ejecutarlo.

Estas son sólo viñetas seleccionadas al azar de Su vida, pero como los rostros brillantes de una gema, desprenden la luz y el fulgor que indican el calibre de la piedra misma. Casi todos los hombres, en algún momento de sus vidas, logran un toque de grandeza, se bañan, aun cuando sea brevemente, con la luz de la nobleza. Pero en Bahá'u'lláh y El Báb vemos algo muy diferente; Sus vidas fueron uniformemente grandes; lo que para nosotros es la excepción, para Ellos era la norma para la que no había excepción. La mezquindad nunca tocó aún el ruedo de

Sus mantos y a pesar que toda Su vida exterior social puede parecer un fracaso de principio a fin, en el sentido que tenían posición social, dinero, comodidades, familia, amigos y seguridad – y lo perdieron todo – Sus vidas interiores, aquello que desarrolla carácter, eran un éxito sin interrupciones, libres de la más mínima falla en la elevada perfección que Les distinguía.

Bahá'u'lláh era un hombre de tipo totalmente diferente, en el aspecto exterior, humano, que presentaba, de lo que era El Báb. Nació en 1817, en la familia de un funcionario que desempeñaba un alto cargo, el gobernador de la ciudad capital, Teherán. Su padre, como la mayoría de los persas de la época, tenía numerosas esposas e hijos. Así, Bahá'u'lláh tenía hermanos y hermanas de Su propia madre, como también numerosos medio-hermanos y medio-hermanas tanto mayores como menores que Él. La familia era antigua y pertenecía a la nobleza de la provincia de Núr la que, en su origen, trazaba su descendencia hasta una anterior dinastía real persa. Era gente de calidad, pulida, bien-educada, que se movía en los círculos de la corte y muy querida. Él mismo era un hombre de estatura mediana, Su rostro mostraba gran firmeza de carácter y fuerza de voluntad, lo que Lo distinguía a la primera mirada: tenía cejas negras que cubrían ojos negros maravillosos y penetrantes; una nariz firme, bien formada y una boca firme; una abundante barba negra con bigotes y bucles largos, negros y con rulos que caían profusamente sobre Sus hombros, como era costumbre entre los hombres en aquellos tiempos. Desde Su temprana juventud mostró una actitud mental altruista, una simpatía hacia los pobres y los que sufrían, que era muy raro en un habitante de Su país y de Su clase. Hasta que supo de las enseñanzas de El Báb había llevado una vida relativamente tranquila y aislada, ocupándose con Sus filantropías y Su familia y atrayendo muchos comentarios debido al marcado contraste entre los gustos que mostraba en comparación con los de los jóvenes de Su medio, quienes ambicionaban la fama, altos cargos y riqueza. Su padre, un hombre con discernimiento, al reconocer en Su primera juventud talentos y rasgos en el carácter de Bahá'u'lláh que sobrepasaban lo habitual, siempre Lo había considerado un Niño con un futuro sin par y lo dejó para que se desarrollase a Su manera.

Cuando Bahá'u'lláh tenía veintisiete años de edad, casado y con Su hijo mayor de sólo unos meses de edad, llegó a Teherán Mullá Husayn, quien Le comunicó las Buenas Nuevas que un vástago de Muhammad se había levantado con un Mensaje nuevo, divinamente inspirado. Bahá'u'lláh aceptó de inmediato las Enseñanzas de El Báb. Como una solución en la que se vierte un elemento químico que produce una precipitación inmediata, desde ese día Su vida se vio asociada en forma completa e irrevocable con la nueva Fe y fluyó hacia un nuevo canal. De inmediato Se levantó para defenderla y enseñarla. La posición de Su padre, cuyos amigos conocidos incluían los funcionarios y dignatarios más destacados del país, Lo puso

en contacto con la sociedad más alta en Persia. En un comienzo la gente sólo observó entretenida y con escaso interés Sus entusiastas actividades a favor del pujante movimiento a que se había adherido. Pero a medida que El Báb proseguía con Su meteórica y desastrosa carrera, la defensa abierta y valerosa que hizo de Él Bahá'u'lláh, crearon entre Él y los círculos en que Se movía una brecha cada vez mayor.

No hay en la historia una relación más intrigante de observar entre dos figuras contemporáneas sobre salientes, que la que existía entre El Báb y Bahá'u'lláh. Desde el día en que este Último reconoció de inmediato las pretensiones del Primero, hubo un constante intercambio de mensajes y correspondencia entre Ellos. Nunca estuvieron juntos – esta Pareja sin par – el Profeta que era y el Profeta que iba a ser. Pero El Báb mostró una profunda reverencia y consideración hacia Bahá'u'lláh, incluso antes de que se estableciese contacto directo entre ambos. Cuando Mullá Husayn salió de Shíráz, El Báb le insinuó claramente que en la capital encontraría un ***Misterio*** y cuando recibió el informe de Mullá Husayn referente la conversión de Bahá'u'lláh a Su Fe, partió de inmediato – Su mente evidentemente aliviada y tranquila – en Su largo y arriesgado peregrinaje a La Meca.

Sin palabras, generalmente dos amantes se leen el corazón. ¿Quién puede saber qué olas de pensamiento y sentimiento se intercambiaron entere estos dos Soles Espirituales? ¿Qué lazos profundos se forjaron en torno de esta extraña Estrella Doble que ha iluminado el sendero de la humanidad desde mediados del siglo pasado? No cabe duda que Bahá'u'lláh fue el mayor consuelo en la vida de El Báb. En esos años oscuros de encarcelamiento en Máh-Kú y Chihríq, cuando recién comenzaron a rugir las batallas más feroces en torno a Sus seguidores, era Bahá'u'lláh Quien Se movía calladamente y sin ostentación entre los bábís y los inspiraba, les consolaba y avivaba la llama de su fe y de su celo. A Sus pies se sentaba el más grande de los discípulos de El Báb, que bien sabía que este Hombre era mucho más que un mero discípulo como ellos, sabiendo que su Maestro Le tenía una estimación que podía indicar una sola conclusión, a saber que Él era, si bien no revelado aún, el ***Misterio*** y al mismo tiempo el Fruto, de la Fe bábí.

Porque toda la enseñanza de El Báb giraba en torno a un eje: Él era la Puerta; no importa cuán grande fuese Su propia estatura espiritual, no importa cuán poderosas las potencialidades de Su propio Mensaje, aún así eran solamente un horizonte sobre el que se levantaría el Sol Espiritual más grande jamás visto en el mundo. Una vez tras otra, en sutiles alusiones, tanto por acción como por palabra escrita, había indicado Bahá'u'lláh. No podemos saber cuanto previó, en ese tiempo, Bahá'u'lláh de Su propio destino. Pero del estudio de Sus afirmaciones y de las crónicas de aquellos tiempos, percibimos que las olas de la Divina Inspiración

comenzaron a lamer suavemente Su conciencia en grado cada vez mayor durante los años inmediatamente anteriores y los que siguieron al martirio de El Báb.

Cuando el destino del movimiento bábí era más negro; cuando El Báb mismo había sido ejecutado – habiendo sido Su última acción el enviar Su caja de plumas y sellos, tan simbólicos de Su genio y autoridad proféticas, a Bahá'u'lláh – cuando la resistencia opuesta por Sus seguidores a la abrumadora fuerza de las armas dirigidas en Su contra, se había desplomado y, en su mayoría, había sido aniquilados, una última gran tragedia se abalanzó sobre el movimiento. Un puñado de jóvenes irresponsables, desorientados por el ardiente dolor y sensación de daño que ofrecía su golpeada, ensangrentada y casi extirpada Fe, intentaron asesinar al Sháh. Sobrevino el caos. Donde, hasta el momento, los bábís jamás habían presentado una sola excusa legítima para los ataques de Sus desenfrenados y brutales enemigos, ahora se abrieron al cargo más grave posible, de ser anarquistas que tenían el propósito de deshacerse del sobreaño. De nada servía alegar que los tres tontos semi-enloquecidos que nunca habían desempeñado parte alguna en los asuntos de la Fe, había cometido acto tan criminal bajo su propia responsabilidad; de nada servía pedir que con honestidad, menos aún con justicia, fuesen castigados los responsables. La puerta de la barbarie se había abierto de par en par y las calles de la capital se tiñeron con sangre bábí. Prácticamente todas las principales figuras del credo de El Báb habían sido muertos, de modo que cuando el relámpago de la ira real y del Estado electrificó los cielos, sólo permanecía en pie un árbol de alta estatura, Bahá'u'lláh. De inmediato fue arrestado, aun cuando en el momento en que se efectuó el atentado (que, dicho sea de paso, fracasó por completo, ya que los asesinos demostraron claramente su torpeza al cargar sus pistolas con perdigones) Él había estado alojado como invitado en la casa de campo del propio primer ministro. Aun cuando no había sombra de duda en cuanto a Su inocencia, de inmediato se echaron encina de Él como el único hombre que quedaba, de suficiente estatura tanto como bábí como por Su calidad individual, que sería un sacrificio aceptable para la furia pública, y para la avaricia particular de diversos funcionarios que ahora podían confiscar y saquear Sus pertenecías.

Bahá'u'lláh y El Báb habían sido ambos sometidos, en diferentes ocasiones, a bastonazos. A El Báb lo habían golpeado en la cara, había ido insultado repetida y ferozmente, había sido encarcelado por cinco años y finalmente había sido ejecutado. Bahá'u'lláh había recibido un grado moderado de ultrajes en las diversas defensas de Sus compañeros bábís. Pero ahora Sus pies estaban puestos firmemente en aquel antiguo sendero, la *vía dolorosa*. Con los pies descalzos, la cabeza descubierta, privado violentamente de Sus vestiduras, bajo el abrasante sol de una día de mediados de agosto, fue conducido desde los suburbios de Teherán, donde se había perpetrado el atentado contar el Sháh, hasta el gran calabozo de la

capital, entre los gritos de burla y vejamen de un populacho depravado que Le lanzaba piedras y desechos a cada paso del camino. Fue entonces cuando Su gran corazón, un corazón que iba a derramar una medida tan sin par y constante de amor sobre todos los hombres, se abrió y dejó salir un hálito de Su inapreciable esencia: una vieja horrible importunó a los soldados que Lo escoltaban, para que se detuviesen un instante para que pudiese alcanzarlos y para que ella también pudiese lanzar su piedra al envilecido apóstata que estaban conduciendo por las calles. ***No permitáis que esta mujer sufra desilusión***, dijo Bahá'u'lláh, ***y no le niegues lo que ella considera un acto meritorio a los ojos de Dios.*** Y con paciencia se sometió al golpe adicional para dar felicidad a un corazón envejecido y ciego.

Él era un hombre con buena salud en lo mejor de la vida cuando entró al **Foso Negro** de Teherán, un calabozo subterráneo que había sido utilizado antaño como cisterna. Cuando salió, cuatro meses más tarde, era una sombra macilenta de Sí mismo, con una cicatriz por vida por las huellas del pesado collar de hierro que había llevado, con el corazón partido, pero el espíritu inquebrantado. Por cuanto fue en la perpetua maloliente oscuridad de esas hacinadas cámaras subterráneas, cuando permanecía sentado con Sus pies con grillo y Su espalda cargada con cadenas, cuando cada día uno de Sus compañeros bábís era liberado de sus esposas y llevado al patíbulo, que la luz dentro de Su propia alma comenzó a avivarse. Le había llegado en momentos maravillosos de arrobamiento y fuerza y compresión, que el manto de Profeta había sido colocado ahora sobre Sus hombros, y que el gran ímpetu de verdad, que El Báb impartió a la vida moderna, debía ser llevado por Él y por Él solo hacia adelante, y establecido firmemente en el mundo.

Gracias a la persistente intervención del embajador ruso, Su amigo y admirador, y los incesantes esfuerzos de varios miembros acaudalados de Su propia familia, quienes sacrificaron gran parte de sus bienes por Su causa, finalmente fue dejado en libertad. Salió inclinado, envejecido, para encontrar que Su propiedad había sido saqueada, confiscada o quemada. Su esposa en la inopia, Sus tres pequeños hijos necesitados, los dos mayores – un niño valiente de nueve años y su hermana de siete – entristecidos y aterrorizados por las vejaciones y angustias que habían soportado. De inmediato fue expulsado de Su tierra nativa pero se Le dejó en libertad para elegir el país de Su destierro. Eligió Baghdad que en este tiempo se hallaba incluida en la provincia otomana de Iráq. En el mes de enero, Bahá'u'lláh, Su esposa, Sus dos hijos mayores, un hermano y varios parientes y funcionarios, entre los que se incluía un representante de la embajada de Rusia, siguieron su camino por los desfiladeros montañosos de Persia occidental en medio de las tormentas y la nieve del invierno. Pero el secreto de Su corazón, que Le había sido

revelado recientemente en Sus horas de más amargo sufrimiento en el **Foso Negro**, Lo reservó para Sí.

Ha sido difícil, por cierto, desde tiempo inmemoriales, que un Profeta encuentre para Sí un lugar donde descansar Su cabeza. No hay nada neutral en lo que se refiere a la Verdad; es explosiva; despierta el más feroz antagonismo, el odio y el resentimiento más desenfrenados. Como la Verdad religiosa, recién revelada, invariablemente se opone diametralmente a las fórmulas decadentes de la época y desafía el orden de cosas existente, invariablemente se encuentra con oposición y persecución. El Báb no fue excepción y tampoco lo fue Bahá'u'lláh. Apenas se hubo establecido en Baghdad cuando Su medio hermano, que también era bábí, entró en escena. Este Mírzá Yahyá, casi veinte años menor que Él, prácticamente había sido cuidado y criado por Él; era un hombre con muchos rasgos buenos de carácter, pero su carácter mismo era débil. Si Bahá'u'lláh era leonino en Su valentía y fuerza, Su hermano era por cierto como laucha en su timidez. Era miedoso, malcriado y algo vanidoso. Desde que libraron su batalla Caín y Abel – hace tanto tiempo que sólo quedan sus nombres y su lucha que nos llega a través de los siglos – a menudo ha habido conflictos entre hermanos, y la raíz del conflicto, lo más a menudo, han sido los celos. Mírzá Yahyá había ocupado una posición muy elevado entre los seguidores de El Báb. Entendió mal este privilegio y honor como que significaba que nadie iba a ocupar, después de la muerte de El Báb, un lugar tan alto como el suyo, menos que nadie su hermano mayor Bahá'u'lláh.

Durante los días cuando sus compañeros bábís, en Teherán y en otras partes, estaban padeciendo las más dolorosas torturas[7], cuando Bahá'u'lláh mismo yacía, enfermo y cargados de cadenas de fierro, en un calabazo subterráneo infestado de sabandijas, en completa oscuridad; cuando Su esposa, abandonada por Sus temerosos amigos y despreciada por Sus adversarios, que cuidaba sola de su hogar, se veía obligada en ocasiones a alimentar a sus hijos con harina cruda mezclada con agua; cuando Su pequeño hijo, 'Abdu'l-Bahá era apedreado e insultado por pilluelos callejeros cuando se aventuraba a salir en un mandado muy superior a los que correspondía a su edad; durante ese tiempo, cuando sus correligionarios y parientes más cercanos padecían tales adversidades y persecución, Mírzá Yahyá se hallaba vagando de incógnito en las montañas, lejos de donde rugía la batalla y con terror mortal por su vida.

Y no obstante, tan alto había sido su rango que muchos de los bábís habían buscado lastimosamente inspiración y consuelo en él en ésta, su hora más negra. Fue allí, sobre el antiguo trasfondo de Baghdad que comenzó a desenvolverse el verdadero drama de la vida de Bahá'u'lláh. Él sabía Quien era. Cada átomo de Su

[7] Véase, Apéndice B.

ser vibraba con esta recién descubierta fuerza que fluía en Su Alma mientras yacía en ese negro calabozo. Pero aún no se sentía impulsado a revelarse abiertamente a otros, no obstante que este nuevo incremento de poder y conocimiento espirituales resplandecía en Su mente e irradiaba de Su Presencia. Siempre había sido una fortaleza poderosa, que traía consigo certeza y guía cuando participaba en las reuniones de Sus compañeros bábís; a éstos ahora se sumaba la Flor del Esplendor Profético, ese amor, esa percepción, sabiduría y dominio que ha guiado a millones de hombres durante centenares de siglos a llamarse según el nombre de un Hombre: de un Krishna, un Buda, un Cristo, un Moisés, un Muhammad.

Restos de las deshechas filas de la Fe bábí emprendieron el camino a Baghdad con la esperanza de encontrar en Mírzá Yahyá algún liderazgo y consuelo. Pero al hombre le faltaban tan completamente las cualidades requeridas para satisfacer sus necesidades que se apartaron de él en su mayoría, amargamente desilusionados, sólo para encontrar en el Hermano mayor, una fuerza de convicción y de carácter que los galvanizaba. Si antes Lo habían considerado estupendo, cuando entró cabalgando a la fortaleza en Shaykh Tabarsí (donde los bábís fueron asediados por una parte del ejercito persa por siete meses), con Su varonil cabeza erguida, con Sus relampagueantes ojos negros, tan agudos e intrépidos, con Su porte culto y Sus inspiradoras palabras de consejo; si Lo habían reverenciado y estimado cuando presidió la más importante reunión que jamás tuvieron los seguidores de El Báb y con habilidad y sin ostentación, había dirigido todo el asunto desde el principio hasta el fin, desde el arriendo del sitio, la inauguración de una más audaz emancipación de las costumbres y leyes islámicas del pasado, hasta los arreglos para la seguridad de los bábís cuando toda la aldea vecina los atacó; si se habían maravillado ante Su valentía cuando calladamente, después del atentado contra la vida del Sháh, había abandonado la protección de la propia casa del primer ministro, contraviniendo el consejo de ese amigo poderoso, y había ido cabalgando hacia las fauces del peligro al dirigirse a la vecindad donde se hallaban acampados el Sháh y su ejercito y donde se había producido la afrenta, en lugar de buscar asilo o de huir del país; si lo habían amado por Su valiente e inquebrantable adhesión a Su Fe durante Sus días más oscuros e incluso cuando Su vida se hallaba amenazada ¿qué sintieron ahora en el momento de su mayor necesidad y desilusión? La emoción de Su personalidad comenzó a invadirlos. La Fe de El Báb, casi extinguida, revoloteó y comenzó a respirar nuevamente.

Pero Bahá'u'lláh vio ante Sí una gran nube de tormenta. La vanidad de Su hermano no era inmune a estos aguijonazos; mientras tímido y temeroso como siempre, vivía retirado y disfrazado como mercader, se veía obligado a atestiguar que los bábís, así como muchos amigos nuevos, bullían como enjambre de abejas tras la miel, alrededor de la casa de Bahá'u'lláh. Había también otros elementos, el

más desastroso de todos en esa situación, y ese era un hombre de carácter malvado, que ardía de ambición y celos amargos, quien odiaba a Bahá'u'lláh y en cuyo poder parecía haber caído por completo Mírzá Yahyá. La depravación y duplicidad que no eran inherentes a su propia naturaleza le fueron sobreimpuestas por este hombre que logró obtener fácil acceso a su mente al inflar su vanidad mostrándole a Bahá'u'lláh como su enemigo y rival, que buscaba arrebatarle el honor y la gloria que eran suyos por derecho, en vista de la posición que le había conferido El Báb. Al ver todo esto, Bahá'u'lláh, que ya había tenido experiencia de la futilidad de tratar de sacar de su error la mente de Su hermano, en cuanto a estas venenosas sospechas, buscó desviar la tormenta que se avecinaba mediante Su retiro total de la situación. Partió de Baghdad en secreto, vestido de derviche, con la escudilla negra de mendicante de esa secta en su mano, y se trasladó a pie, a las montañas de Kurdistán, a casi trescientas millas de distancia, en la vecindad de Sulaymáníyyih.

Si El Báb miró a lo largo del valle desde la ventana de Su prisión en Máh-Kú y contempló en Su mente a Persia y sus grandes ciudades distribuidas ante Él, sin que las pudiese alcanzar, y meditó sobre lo que pudo haber sido, lo que era y lo que vendría, y sobre la torpeza de los hombres, su ceguera e ingratitud y la perversidad del corazón humano, ¿cuáles deben haber sido en substancia las meditaciones de Bahá'u'lláh mientras miraba hacia el este, hacia Baghdad, y pensó en el hermano sobre quien había derramado tanto amor y a quien Él mismo, por las representaciones que había hecho ante El Báb, había sido en gran parte responsable de haberlo levantado a tan elevada posición? ¿Qué debe haber pensado, mientras contemplaba el páramo hacia el este desde la choza solitaria y abandonada, hecha de piedra, en la que vivía completamente solo y recordaba Persia, el terruño que amaba, y a todos aquellos camaradas que habían sido desenfrenadamente muertos, y los pocos que quedaban, apocados y prácticamente inermes, que todavía luchaban con la esperanza tan sólo de una cosa – el cumplimiento de la promesa de El Báb de que Uno aún más grande vendría?

Seguramente que la ceguera de los hombres, la vanidad de la vida, deben haberle golpeado con fuerza, y el pensamiento de Jesús cuando exclamó ***¡Oh Jerusalén, Jerusalén, que das muerte a los profetas y lapidas a aquellos que te son enviados, cuán a menudo habría reunido a tus hijos, así como una gallina sus polluelos bajo sus alas, más no lo quisiste!***, debe haber resonado en Su propia corazón.

Por dos años se hallaba perdido para Su familia y Sus amigos, viviendo una vida muy sencilla y primitiva, preparando Su propia comida y conocido solamente como Darvísh Muhammad entre los escasos campesinos que pasaban cerca de Su choza para atender a sus rebaños o para recoger la cosecha. Gradualmente, sin embargo, alguna gente de la localidad llegó a conocerle y a amarle: la presencia de

un Hombre santo, que vivía solo en el páramo comenzó a saberse y dio lugar a que una de las principales figuras religiosas de Sulaymáníyyih Lo viniese a conocer. Fue la insistente solicitud de este hombre que Lo persuadió a establecer Su residencia en aquella localidad, en una habitación en uno de los seminarios religiosos. La luz es buena para los hombres y no se puede ocultar, e incluso en la soledad de estas serranías la luz de la mente y espíritu de Bahá'u'lláh atrajo a aquellos a quienes conoció, no importa cuán accidental o casualmente fuese, e hizo que Lo buscasen y amasen y que se aferrasen a las palabras que caían de Sus labios.

Si fuese posible indicar alguna época de la vida de Bahá'u'lláh, desde el día en que aceptó el mensaje de El Báb hasta la noche en que falleció, cuando gozó de cierto grado de tranquilidad mental o estuvo libre ya sea de preocupaciones diarias o peligro casi diario o crisis de alguna clase, sería su estadía en Kurdistán. Durante ese tiempo Él enseñó, con la sabiduría del Profeta, pero vestido como un erudito corriente, a aquellos quienes Le rodeaban y escribió, a petición suya, uno de Sus poemas más famosos, así como también muchas oraciones y meditaciones. Pero a Baghdad llegó rodando desde las montañas un leve rumor de un Hombre sabio que vivía en Sulaymáníyyih. Su familia sintió de inmediato que por fin Lo habían encontrado y rápidamente enviaron un mensajero para que Le rogase regresar, y para que Le diese a conocer la situación en Baghdad.

La nube tormentosa, según parece, no se había apartado del horizonte de Su vida; más bien se había vuelto más negra y voluminosa. Había tenido la esperanza (acaso en lo imposible ¿quién sabe?) que Su retiro suavizaría la situación; que si Se retiraba el irritante, se curaría la herida del orgullo, que los avivados celos de Su hermano se aquietarían, que la situación se normalizaría, pero en Mírzá Yahyá el orgullo y los celos se habían encontrado con el más peligroso de todos los aliados: la torpeza. Deseoso de consolidar su posición, estimulado continuamente por su malvado consejero, había estado cometiendo un crimen tras otro y apilaba vergüenza sobre la Causa de El Báb, que ya había sido derribada por Sus enemigos. Lo menos que se podría decir es que había mostrado plenamente su total falta de capacidad para asumir la dirección del movimiento bábí.

Cuando Bahá'u'lláh regresó ya no había posibilidad ni necesidad de que evitase tomar las riendas. Ahora atrajo hacia Sus firmes manos, calladamente y sin pretensiones, como siempre, los asuntos de la Causa. Aun cuando todavía no afirmaba abiertamente ser el Gemelo de El Báb, la Estrella Gigantesca de esa maravillosa constelación, Su luz resplandeció cada vez más brillante. De Su pluma comenzó a fluir un torrente de escritos bajo la forma de admoniciones, meditaciones, joyas epigramáticas de sabiduría moral, oraciones, disertaciones y castas – escritos que nunca cesaron hasta el fin de Su vida. Así como El Báb había

gozado un corto vuelo hacia la fama y la buena suerte mientras estuvo en Isfahán, Bahá'u'lláh ahora gozó de un período sin paralelos de estima y homenaje públicos que duró aproximadamente siete años. Los dirigentes de Baghdad, tanto eclesiásticos como oficiales, llegaron a ser Sus amigos y admiradores; príncipes de Su país natal se sentaban maravillados a los pies de este Compatriota suyo desterrado pero ilustre; desde Kurdistán, aquellos quienes Lo habían conocido solamente como *Darvísh Muhammad* vinieron ávidamente en busca de su Amigo. Los pobres Lo conocieron bien, porque cambiaba por sus calles; y los ojos que comprendían el dolor, que parecían leer la mismísima alma, pasaban sobre ellos y sintieron Su amor – esa lluvia que el corazón del hombre añora – el amor de Dios los abarcaba; y Su largueza, aunque se daba libremente, no era la menor de las bendiciones que Él confirió a los necesitados y degradados.

La mayoría de nosotros sabe lo que significa tener personalidad, cómo nos estimula una mente vibrante, un ejemplo brillante o un carácter santo. ¡Cómo ama el soldado a un héroe! ¡Como un hombre mirado con desprecio y humillado a causa de su raza o casta se estremece de gratitud por un toque de igualdad humana conferida por un congénere justo y libre de prejuicios! ¡Cuán dulce es la justicia para el que no tiene privilegios o ha sido perjudicado!

¿Qué debe haber sido Bahá'u'lláh para aquellos quienes Le conocieron? Por cierto era un Héroe, en cada uno de los encuentros con los enemigos de Su Fe. Puso la Justicia profundamente en el seno de nuestra corrompida sociedad al hacer que fuese la Clave para conducir todos los asuntos humanos. Su Bondad sobrepasó lo que conocemos como santidad porque era inherente en Él como la luz lo está en el fuego. Para Él todos los hombres eran la provincia que Dios Le había asignado, en la que podía ejercer Su influencia benéfica. En Baghdad alcanzó ante los ojos de los hombres Su plena medida, y el Árbol Profético extendió Su poderosa sombra, listo para abarcar a todo el mundo para alimentarlo con Sus beneficios frutos.

Tenía ahora 46 años de edad. ¡No era necesario preguntar a los bábís Quien era su Jefe! El ejemplo, las enseñanzas, cada acción de Bahá'u'lláh proclamaban que Él era el Sucesor prometido de El Báb. Nuevamente circuló el entusiasmo en las venas de una Fe doblegada. Horrorizados, Sus enemigos políticos y religiosos comprendieron que lo que pensaban que había sido eliminado completamente, todavía florecía y peor aún, obtenía renovada y mayor fuerza que antes del Hombre que habían dejado escapar de entre sus dedos, pensando que la Causa era una Causa perdida y que el exilio acabaría con Él. Persia ejerció fuerte presión sobre Turquía y Bahá'u'lláh fue llamado por orden del Sultán, para que dejase Baghdad y se trasladase a Constantinopla.

El aislado Báb, desde el día en que regresó a Su ciudad natal desde La Meca hasta el día en que fue ejecutado en público en Tabriz, privado de contacto con el cuerpo de Sus seguidores, y mantenido bajo cerrojo y apartado, pudo no obstante derramar sobre sus vidas una influencia tan atrayente y penetrante que más de diez mil almas derramaron su sangre por Él y por Sus enseñanzas. ¿Cuál debe haber sido, entonces, el impacto de la Personalidad de Bahá'u'lláh sobre los muchos miles de personas que entraron en contacto íntimo con Él o en forma indirecta, durante Su estadía en Baghdad? Cuando llegó el día de la partida y se apoderó de la mente de Sus compañeros la comprensión de la pronta separación, se rebelaron contra el destino con amargura, muchos de ellos amenazaron con suicidarse si no se les permitía acompañarle. Lloraron y no se tranquilizaron y sólo Bahá'u'lláh mismo podía manejarlos y finalmente tuvo éxito en calmarlos, con cariñosas admoniciones y palabras de consuelo. La ciudad misma casi lloró en voz alta mientras Se trasladaba, por última vez, por sus calles. Donde miles habían mirado indiferentes, curiosos, despreciativamente, con odio, al Joven Báb mientras permanecía de pie ante el pelotón de fusilamiento, ahora otra multitud de miles, en una lejana ciudad, miraba a Su Sucesor pero con sentimientos muy diferentes. Sincera admiración y estima, profundo afecto movía los corazones y muchos ojos se llenaron de lágrimas mientras seguían a esa majestuosa, noble y vibrante Figura; los pobres especialmente, quienes habían sido protegidos por Su misericordia durante tantos años y que habían conocido en Él su único refugio, sintieron la contrariedad de Su partida y lloraron por su inminente privación. Después de pasar doce días en un jardín de la ciudad en la otra ribera del río Tigris donde se habían levantado tiendas y había suficiente espacio para Sus numerosos amigos y seguidores, para que viniesen a darle su último adiós, partió hacia el Occidente con Su familia y algunos de Sus seguidores, en una caravana de aproximadamente setenta personas.

Fue durante Su estadía en este jardín que se sintió impelido, por primera vez, a aludir abiertamente a lo que Él había sabido en Sí mismo durante diez años – que era Él y solamente Él a Quien El Báb había anunciado y prometido a Sus seguidores, Él que había de venir más grande que Él mismo, de la misma substancia divina. En primer lugar entre los muchos que se regocijaron por la confirmación abierta de lo que habían sabido en sus corazones, se encontraba su hijo mayor, 'Abdu'l-Bahá, ahora un joven buenmozo de diecinueve años de edad y el mayor apoyo y consuelo tanto de su Padre como de su familia.

El honor y el prestigio de la estadía en Baghdad derramó su último resplandor rosado sobre los viajeros mientras se trasladaban a las lejanas playas del Mar Negro en su camino hacia Constantinopla. A lo largo de toda la ruta, cumpliendo con las instrucciones escritas del gobernante de Baghdad – un gran admirador de

Bahá'u'lláh – fueron recibidos por funcionarios amistosos y hospitalarios y se les mostró todas las señales de respeto y estimación. Pero este era el fin. Persia anidaba en su corazón un odio venenoso hacia esta nueva Fe a que había dado nacimiento, que no conoce parangón en la historia religiosa del pasado. Tendió el largo brazo de su venganza incluso más allá de sus propias fronteras. Indujo a su aliado, Turquía, para que participase en sus planes para aniquilarla. Bahá'u'lláh no había alcanzado a estar cuatro meses en Constantinopla cuando los designios del gobierno de Su tierra natal comenzaron a dar frutos. Súbitamente, sin justificación ni advertencia, el Sultán de Turquía Le ordenó sumariamente que se trasladase de inmediato a Adrianópolis, la Siberia política del Imperio Turco.

Suponer que la única característica de un hombre de Dios es una supina santidad, una interminable presteza para aceptar toda forma de injusticia sin la menor protesta y de inclinarse ante la tiranía sin siquiera acusarla ante su propia faz, es cometer un error. Cristo azotó y expulsó a los mercaderes del templo con justa furia; Moisés derritió con ira el becerro de oro; Muhammad derribó con Sus propias manos los ídolos de la Kaaba. Bahá'u'lláh escribió una carta al Sultán en persona, en la que le informaba, sin ambages, qué posición ocupaba él y sus ministros a los ojos del Profeta de Dios. Hasta donde sabemos, el texto no se ha conservado, pero el primer ministro se puso lívido cuando lo leyó; Bahá'u'lláh mismo atestiguó posteriormente que cualquier acción que el Sultán tomó contra Él *después* de recibir esa comunicación, era comprensible y excusable, pero su acción de desterrarles a Adrianópolis, cuando nunca había hecho el más mínimo daño o perjuicio al Imperio Otomano, era imperdonable.

Aquí vemos un aspecto nuevo del carácter de Bahá'u'lláh. Desde el punto de vista meramente humano, el gobernante turco no se las tenía que ver con un Don nadie inexperto. Desde Su más temprana juventud se había movido entre ministros, cortesanos y altos funcionarios de Persia. Era un hombre del mundo, en el sentido de formación y cultura; muy bien sabía Él las intrigas, la innecesaria e injustificada crueldad que se ocultaba en el edicto del Sultán. Sintió agudamente su amarga injusticia y en verdad la crueldad, ya que significaba que en medio de un invierno excepcionalmente severo, las mujeres y los niños debían cruzar, en carretas de buey y con mulas, por regiones cubiertas de nieve, expuestos a toda la furia de las tormentas que arreciaban. Los desterrados estaban empobrecidos, mal vestidos y completamente sin preparación para los rigores de semejante viaje. Es un gran consuelo saber que cuando este Profeta del siglo diecinueve – nuestro Profeta, el contemporáneo de nuestros propios abuelos y bisabuelos – se hallaba totalmente indefenso y se encontró con la cabeza en las fauces del león, no solamente no tembló, sino que se aprovechó de la ocasión para decirle al león, en términos quemantes, cuál era Su opinión de él. El gran visir, quien leyó la carta, se dignó

informar que era “como si el Rey de reyes se dirigiese y diese instrucciones a Su más humilde rey vasallo”. Es evidente que Bahá'u'lláh puso Sus sentimientos en lenguaje claramente inteligible.

Esta arrogante y aplastadora tiranía mundana era el menor de los males de Bahá'u'lláh. Que no viese ante Sí otra cosa que el cautiverio, la privación, la persecución, que los amantes amigos de los días de Baghdad se habían ido y que Él era ahora el blanco de la condenación oficial, eran lejos de ser Sus cargas más pesadas. Su cruz era Mírzá Yahyá.

Desde la infancia de este hombre, Bahá'u'lláh lo había amado y cuidado. Grande debe haber sido, por cierto, Su pesar al ver al deterioro de su carácter; más grande aún Su ira y vergüenza cuando, al regresar de Sulaymáníyyih descubrió la plena magnitud de este deterioro. Porque Mírzá Yahyá había deshonrado la memoria de El Báb en una forma que ningún hombre justo podría tolerar, y peor aún, había sido el instigador directo del asesinato de varios de Sus primeros discípulos, entre ellos uno de Sus parientes, sintiendo sin lugar a dudas que si todas las testas elevadas caían, la suya quedaría como la más alta de todas, sin rival. Por causa de la unidad de la Fe, que emergía de un período tal de fuego y espada, posiblemente con la esperanza que una reforma de último minuto era aún posible, Bahá'u'lláh todavía lo toleró y trató de darle consejo y guía. También se había esforzado continuamente por separarlo de su genio de maldad, el malvado amigo que continuamente alimentaba su vanidad y jugaba con su imaginación con visiones de esplendor, si sólo pudiese desplazar a Bahá'u'lláh. Todos estos esfuerzos fueron en vano; tanto Mírzá Yahyá como sus amigos habían seguido a los desterrados a Constantinopla contra los deseos expresos de Bahá'u'lláh, y fueron desterrados con ellos a Adrianópolis. Fue allí done se cometió el crimen final y se produjo la ruptura definitiva.

En tres ocasiones Mírzá Yahyá trató de asesinar a Bahá'u'lláh; la tercera vez casi tuvo éxito, porque su Hermano bebió efectivamente del vaso envenenado que él Le dio y estuvo al borde de la muerte por algunas semanas; los efectos de ese atentado Le siguieron hasta el fin de Su vida en una mano temblorosa y una salud quebrantada.

Cualquier hombre que siente respeto por sí mismo no puede sino sentir agudamente las acciones de sus parientes que le traen deshonra. ¿Cuán amargamente debe haber sentido Bahá'u'lláh, con el peso de Su nueva Religión mundial sobre los hombros, exiliado, perseguido, sobreviviente hasta el momento de tanos dolores, de tantos golpes, de tantos cambios violentos en Su suerte, este nuevo golpe culminante, que Le fue propinado cuando ya había pasado por más de veinte años de incesantes agitaciones y peligro? Desde ese instante los hermanos se

separaron y los seguidores de Bahá'u'lláh, para mostrar su completa identificación con Su posición y afirmaciones, se hicieron llamar bahá'ís.

La vieja historia del cautiverio de El Báb se repitió ahora en el de Bahá'u'lláh, porque dondequiera que iba, no importa cuan viles eran las denuncias que Le precedieron, y que eran propagadas oficialmente, la belleza de Su carácter, la penetración de Sus pensamientos, Su nobleza, Su amor, Su generosidad, la brillantez de Sus doctrinas, pronto derritieron toda suspicacia y Le ganaron los corazones tanto de los funcionarios como del pueblo. Y, recapitulando el progreso de El Báb desde Isfahán a Máh-Kú y de Máh-Kú a Chihríq, donde cada nuevo destierro seguía a una nueva ola de popularidad, Bahá'u'lláh fue enviado primero desde Baghdad, donde Su fama pronto se había hecho conocer, a Constantinopla y de allí a Adrianópolis. Después de cinco años, cuando Su prestigio fue nuevamente establecido en esta nueva residencia y una vez más había despertado la ira y los celos de Sus enemigos en Tihrán y Sus colegas en Constantinopla, fue desterrado a 'Akká.

Cuando Bahá'u'lláh llegó primero en 'Akká, Él y Su familia fueron confinados en esta prisión al borde del Mar Mediterráneo.

Si Adrianópolis era la Siberia del Imperio Turco, la colonia penal de 'Akká, situada en Palestina, en la costa del Mediterráneo, era su Isla de Diablo. Una ciudad-fortaleza sucia y malsana, resumía lo peor que podía hacer el gobierno Otomano a cualquier prisionero que tenía.

Como la división entre ambos hermanos era ahora un hecho consumado, con la insidia típica de la mente oriental se decretó que mientras Mírzá Yahyá y su familia debían ir al exilio en Chipre y Bahá'u'lláh, Su familia y seguidores debían ser encarcelados en 'Akká, dos o tres de cada grupo debían ser intercambiados. En otras palabras, el principal apoyo de Mírzá Yahyá, el peor enemigo de Bahá'u'lláh, debía ser obligado a acompañarle a 'Akká para que actuase como espía, para que asegurase Su impopularidad y para que hiciese miserable la vida de Sus compañeros, y unos pocos infelices bahá'ís deberían ir contra su voluntad a Chipre, para vivir en la misma ciudad que el hombre que pretendió asesinar a su amado Jefe.

Por veinticuatro años Bahá'u'lláh vivió en 'Akká y sus vecindades. Aun cuando Su mayor contribución a la sociedad humana, Su Libro de Leyes, fue escrito en la ciudad prisión, aun cuando continuó lo que había comenzado en Adrianópolis, a saber Sus memorables, sin par e imponentes Epístolas a los más grandes reyes y gobernantes del mundo – Sultán Abdu’l-Azíz, Reina Victoria, Násiri'd-Dín Sháh, Napoleón III, Alejando II de Rusia, Papa Pio IX y otros; aun cuando hasta los últimos meses de Su vida Sus Enseñanzas continuaron fluyendo de Su mente y Su pluma, vemos en Él un cambio marcado. Habían sido demasiados los golpes dirigidos por una generación malagradecida contra ese Ser noble, demasiados feroces e incesantes el odio e ingratitud de Sus enemigos por una parte, y de Sus parientes por la otra. La copa del dolor fue la única copa que Le fue ofrecida durante las vicisitudes, los cambios y azares de una larga vida mortal; en los primeros años de Su confinamiento en 'Akká, un hijo querido cayó desde el techo del cuartel donde se hallaban todos encarcelados y murió a consecuencia de sus heridas; el enemigo personal implacable que había sido introducido a la fuerza en Su grupo incitó sin cesar a los funcionarios en Su contra; padeció insultos de enemigos externos y daño a causa de amigos torpes y fanáticos; Sus seguidores, los restos revitalizados y ahora crecientes de los seguidores de El Báb, nuevamente eran perseguidos y martirizados en número considerable en la lejana Persia. Ahora Le llegaban, en 'Akká, las noticas de sus sufrimientos, así como la noticia de la muerte y de la tortura de Sus amigos Le había llegado a El Báb en Chihríq, y las habitaciones de Su prisión también se inundaron con las escenas de los horrores que se protagonizaban en lugares lejanos, como lo había estado la pieza de El Báb un cuarto de siglo antes.

Cuando vivieron días mejores, cuando después de nueve largos años de estricto confinamiento dentro de las murallas de la ciudad, durante los cuales rara vez había cruzado el umbral de Su propia puerta, la severidad de Su cautiverio se relajó finalmente y ahora, una vez más el objeto de la amorosa veneración de los habitantes de la localidad, Le fue permitido establecer Su residencia en una mansión en la llanura de 'Akká, donde finalmente Sus cansados ojos fueron saludados por el verde de la vegetación, era ya demasiado tarde.

La Mansión de Bahjí donde Bahá'u'lláh pasó Sus últimos años

Ido estaba el Bahá'u'lláh de frente de halcón de los primeros días del movimiento Bábí, Él que siempre estaba en primera fila, ilimitado en Su energía, que cabalgaba de aldea en aldea, la cabeza y mano de toda actividad. Ida la figura conocida, con Sus flotantes mantos y Su sombrero alto como cono, de los días, de Baghdad, el que caminaba por las riberas del Tigris, o que transitaba por las calles, confiriendo personalmente palabras, sonrisas y caridad, o que recibía a puertas abiertas en Su casa cada día y siempre era el centro de un enjambre de admiradores, buscadores y eruditos. Ya en Adrianópolis había mostrado una inclinación a retirarse en mayor grado de la actividad general y vida social de Sus seguidores. Cada vez más había descansado sobre el vástago, tan firme y fino, que había brotado de Sus raíces, 'Abdu'l-Bahá, Su hijo mayor. La arrogante carga de

dolor que había roto el corazón de El Báb crecía cada vez más, a medida que pasaban los años, para Su corazón también, hasta que al fin, poco antes de Su fallecimiento, confió a uno de Sus más antiguos compañeros que a veces lo único que deseaba era ir a encerrarse en una pieza oscura para lamentarse con el relato de Sus propias miserias. ¡Herido, en verdad, debe haber estado Su corazón!

La carne y los huesos se cansan, y el corazón y el cerebro humanos arden de agonía. Es la naturaleza del hombre. Y el Profeta es un hombre, sea lo que fuere Su espíritu, de sustancia tan diferente a la nuestra. Lo que El Báb había sufrido solamente por seis años, como Cristo lo sufrió por tres, Bahá'u'lláh, como Moisés y Muhammad, lo sufrió hasta el fin mismo de una larga vida.

Si El Báb podía recordar en Sus últimos días todo lo que Él había hecho, cómo había escrito al propia Sháh, explicando Su mensaje de progreso y de reforma, al primer ministro, a todos los miembros principales del clero islámico en Persia; cómo había viajado toda la distancia a La Meca y había estado presente Él mismo para enseñar las Nuevas Verdades Divinas a la figura religiosa más alta del mundo musulmán; como había enseñado, mediante precepto y ejemplo, nada que no fuese la mejor y más necesario y más razonable – y como todo había fracasado en su fin inmediato y sólo los insultos infames y la cruel persecución habían recompensado Sus esfuerzos – si Él podía recordar todo esto, Bahá'u'lláh podía recordar cosas aun peores. Podía contemplar la suerte que había sufrido Su querido Amigo, que a la vez era Su Heraldo y Su Jefe y Su Gemelo Espiritual; podía rememorar las olas de sangre que habían engolfado a todos Sus compañeros bábís; podía recordar demasiado bien lo que Él mismo había hecho – el constante sacrificio, no solamente de las cosas exteriores de la vida tales como el hogar, la patria, la posición, la riqueza, los parientes, sino del yo interior que se va derritiendo en el fuego de la entrega diaria y de cada hora; el torrente continuo de amor que Él había derramado sin distinción sobre todas las personas; la sabía, justa, tolerante y curativa enseñanza que Él aseguró que llegase a los oídos de aquellos quienes, a causa del vasto poder que ejercían, estaban de hecho en la posición para cambiar el curso de la vida humana para mejorar la porción del hombre y para eliminar la guerra.

Porque Bahá'u'lláh fue el primero en amonestar a los hombres para que se reuniesen y consultasen para la paz, para formar un cuerpo internacional que regulase los asuntos del mundo, que limitase y eliminase gradualmente los armamentos, que levantase los niveles de vida de los trabajadores, que concediese a las mujeres igualdad con los hombres, que introdujese un idioma auxiliar internacional para hacer desaparecer los malentendidos y la desconfianza entre los pueblos, que aboliese la esclavitud, que iniciase reformas en todas las ramas de la vida y conocimiento humanos. Es verdad que no se Le había colocado ante un

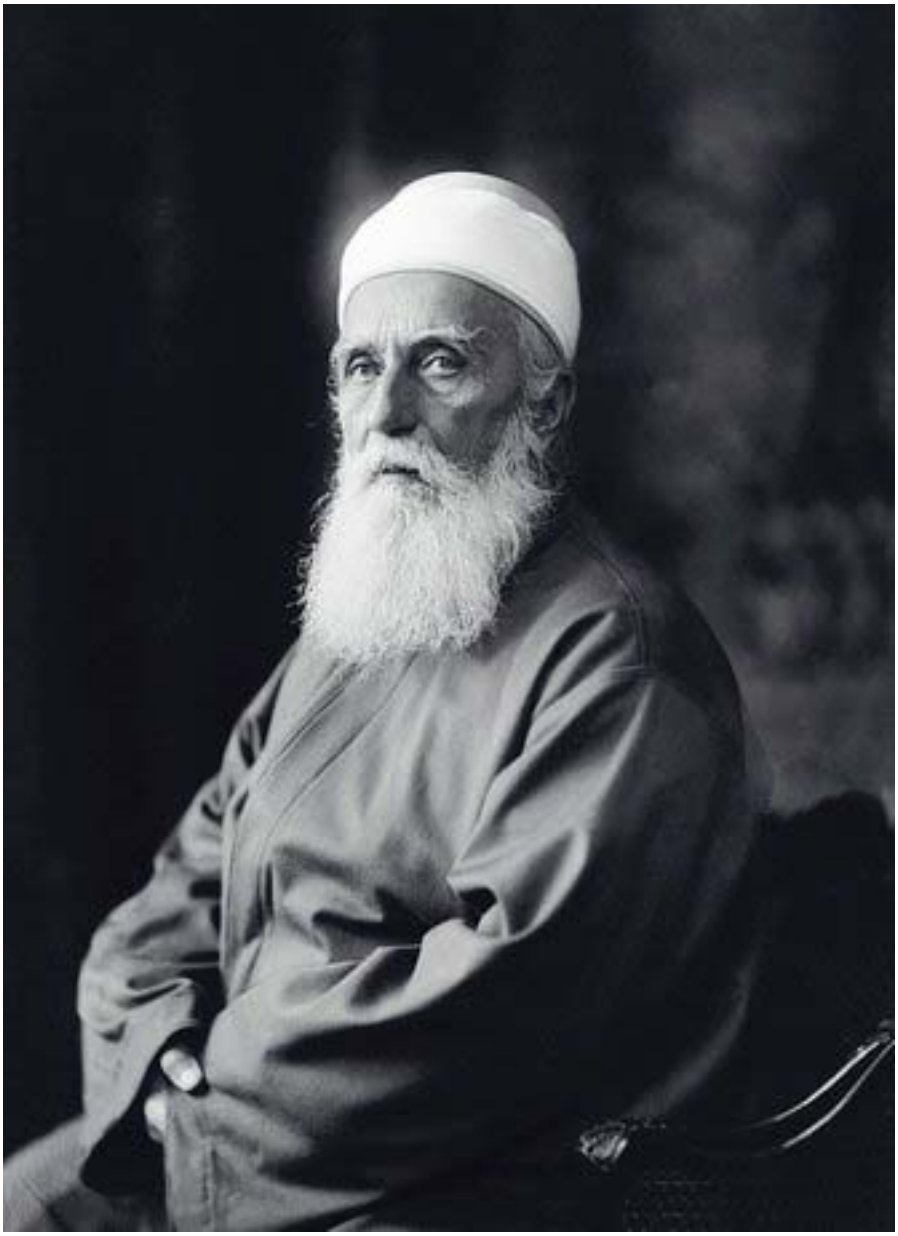
escuadrón de fusilamiento; Sus enseñanzas – que eran concomitantes y cumplían con aquellas de El Báb – se habían propagado a otros países del Oriente durante Su vida; la Fe estaba creciendo, hasta tal punto era esto que un famoso profesor de la Universidad de Cambridge (E.G.Browne) había tenido suficiente curiosidad como para venir a verle – e incluso había sido impresionado muy favorablemente – pero sólo Él podía ver, con la visón universal de Su clase, la diferencia entre lo que pudo haber sido y lo que era realmente.

Por todas partes hoy los hombres suspiran y se quejan por su propia torpeza; si sólo hubiesen hecho esto o aquello, si hubiesen hecho más obligatorios este tratado, o más suave esa indemnización, si hubiesen peleado diez años antes sobre algún otro problema, si se hubiesen reunido antes de que fuese demasiado tarde y no hubiesen peleado, hubiesen hecho mayores o menores concesiones a una u otra parte, o lo mejor no habríamos sufrido tan terriblemente, no habríamos causado tanta ruina insensata e irreparable, no habríamos hecho jirones la estructura de nuestras vidas, lo bueno junto a lo malo, en forma tan completa como lo hemos hecho desde 1939. Ahora debemos seguir el largo camino de la contienda, catástrofe y desilusión – no importa cuanto demore, dondequiera que conduzca – porque fuimos demasiado egoístas, demasiado flojos, demasiado codiciosos y ciegos como para tomar el camino corto mientras aún hubo tiempo. Todo esto lo sabía demasiado bien Bahá'u'lláh. Él previó lo que serían nuestras calamidades – por haber fracasado tan completamente en responder a la Verdad curativa que Él nos había traído – y nos las predijo con una exactitud y claridad que debería hacernos ocultar nuestras cabezas en vergüenza. Había hecho todo cuanto pudo, hasta la última gota de Su fuerza, hasta el último día de Su vida, por la humanidad. Él, como aquello que Le habían precedido, Se había sacrificado a Sí mismo ante la generación de víboras que Le rodeaba, había recibido lo peor de ellos y había dado lo mejor de lo Suyo. Si sentía alguna pena al dejar este mundo debe haber sido al pensar que las fuerzas del bien y del mal que habían rugido en forma tan persistente alrededor de Su Causa y La de El Báb, desde su comienzo, ahora continuarían su lucha con Su amado hijo, 'Abdu'l-Bahá, que quedaba solo en el centro del vórtice.

En 1892, Bahá'u'lláh cerró Sus ojos por última vez. La larga inmolación había terminado. El Rostro fuerte, monárquico, profundamente marcado con arrugas de pensamientos y sentimientos, rodeado por los exuberantes bucles azabachados de Su juventud, estaba quieto en la muerte, y quietas estaban las fuerzas y finas manos del pensador que habían escrito tantas verdades y tantas leyes y preceptos ennoblecedores. Ese grande e insondable corazón, cuya dulzura se había difundido en belleza inefable sobre los hombres, ahora guardaba silencio. Mil imágenes del pasado ahora revoloteaban sobre esa Figura recostada; Su imponente Figura,

montada a caballo, cabalgando en tantas escenas… en medio de los bábís, Sus primeros compañeros, cuando se reunían para consultar o para resistir los ataques de Sus enemigos; por el camino a Teherán, para enfrentar toda la ira del Sháh, después del intentado contra su vida; saliendo de Baghdad, donde un mar de amigos ruidosos y que se lamentaban, se apretujaron alrededor de Su corcel, hasta que el caballo parecía caminar sobre los cuerpos de la gente y su Jinete parecía flotar sobre sus cabezas; más adelante, en Su camino a Constantinopla, por las montañas primaverales de Anatolia hasta el Mar Negro. Su maravillosa suavidad también se hallaba en esa pieza, persistiendo alrededor Suyo; la suavidad ejemplar cuando Se agachó para que una dama anciana pudiese satisfacer el deseo de su corazón al besar Su mejilla, ya que era demasiado pequeña para alcanzarle. La hueste de Sus privaciones también debe haber persistido allí – soportada con tanta paciencia. Cuando Él tenía, en los días de Baghdad, una sola camisa, para ponérsela nuevamente; o cuando cocinaba para Sí mismo – Darvísh Muhammad – en alguna cueva húmeda de las montañas o en una choza abandonada de pastor, un poco de budín de arroz, con el que subsistía junto con algunos grumos de leche y pan seco. Había, por cierto, mucho que recordar de Bahá'u'lláh mientras yacía por última vez en Su pieza. La facilidad y presencia de ánimo con que manejaba a los hombres, tan ricamente demostrada el día cuando un asesino a sueldo Le apuntó con un revólver mientras caminaba por una calle desierta en Baghdad y, al sentirse sobrecogido por la personalidad de Bahá'u'lláh, dejó que el arma cayese de sus manos, visto lo cual Bahá'u'lláh pidió a Su hermano que recogiese el arma y que ***"escoltase al señor a su casa"*** porque parecía estar demasiado atontado como para encontrar el camino sin ayuda. De Su humor, que a menudo se asomaba a través de Sus disquisiciones serías en alguna alusión o frase magistral, pero más a menudo expresado en el círculo de Su familia cuando se reía y bromeaba con ellos mientras tomaban el té en la mañana o en la tarde. Durante cuarenta años la gloria del Profeta había sido derramada por Él sobre el mundo – ahora el sol se había puesto. Aun cuando Su Mensaje, Sus Libros y Su Ejemplo perduraban, los ojos de los hombres ya no podían contemplar el Rostro que había derramado la Luz de Dios.

Pero dejó entre los hombres un recuerdo de Sí mismo. 'Abdu'l-Bahá, quien ahora tenía 48 años de edad, había recibido el fideicomiso de la Fe de Bahá'u'lláh. Todas las virtudes del Padre parecían estar encarnadas en este maravilloso Hijo. En verdad, así como en ocasiones vemos en la naturaleza misma una efusión rica y generosa de perfección que parece sobrepasar cualquiera manifestación previa de sus poderes, de igual manera en el siglo veinte, mediante El Báb, Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá, parecía como si el Tesoro de Dios había sido abierto para los hombres y que tres Joyas maravillosas e incomparables habían salido rodando.



'Abdu'l-Bahá

Aun cuando de un calibre diferente, sin pretender por un instante que era más que un hombre mortal, negando firmemente las afirmaciones sin base de un entusiasmo exagerado de algunos de los bahá'ís de que Él también compartía los Poderes Proféticos que tenían en común El Báb y Bahá'u'lláh, sin embargo 'Abdu'l-Bahá era único y si par en virtud. Desde los días cuando Su Padre había sido encarcelado en la Fosa Negra de Tihrán y Él había ido solo, niño aún, al calabozo para preguntar por Su salud, o más aún para descubrir si todavía estaba con vida, 'Abdu'l-Bahá había mostrado una dedicación a Su Religión, una hombría, una

nobleza de carácter, que atraían el comentario y la admiración de todos quienes Le conocían, incluso Sus enemigos. Cuando Bahá'u'lláh desapareció por dos años, sin que se supiese dónde estaba, este Hijo, un muchacho de once años de edad, llevó gran parte de la responsabilidad para Su familia y, en realidad, para toda la comunidad de bábís que vivían en Baghdad. Año tras año había crecido en fuerza hasta que Bahá'u'lláh, después de Su regreso del exilio autoimpuesto, había llegado a confiar en Él cada vez más y a delegar en Él tareas importantes y entrevistas. Era un Joven muy bien parecido, con ojos azules, con pelo negro ondulado y barba, más alto que Su Padre, dotado de una naturaleza muy atrayente y encantadora, una mente perspicaz e incansable energía. A medida que aumentaban Sus capacidades llegó a ser cada vez más un amortiguador entre Su Padre y el mundo, tan a menudo un mundo tedioso, hostil e inoportuno, siempre indigno. Durante el encarcelamiento en 'Akká fue 'Abdu'l-Bahá quien las más de las veces recibía a funcionarios oficiales, se asociaba con la masa de la gente y repartía, con Sus propias manos y con tanta regularidad, el río de caridad que fluía de la puerta de Bahá'u'lláh, de modo que se Le llegó a conocer como *El Padre de los Pobres*. Fue Él quien no descansó hasta que abrió las puertas de esa ciudad y llevó afuera a Su Padre una vez más, a la vista de la vegetación, el ruido del agua y la frescura de un aire no contaminado, y Lo estableció por los pocos años restantes de Su vida en un hogar relativamente tranquilo y cómodo.

El amor entre ambos era muy profundo y conmovedor; el Hijo vivía solamente para el Padre y para Su Causa, Su menor deseo, todos Sus intereses. Él Padre amaba al Hijo como sólo puede amar un Ser como Bahá'u'lláh. Muy bien conocía Uno la mente del Otro. Mucho antes de Su muerte, era evidente para todos que 'Abdu'l-Bahá sería el Sucesor de Bahá'u'lláh. Después que Él falleció, el primer espasmo agudo de dolor se aquietó al revelarse que Bahá'u'lláh no solamente había designado a 'Abdu'l-Bahá en Su Testamento para que asumiese la jefatura de Su Religión, sino porque Éste estaba cumpliendo Su tarea con una sabiduría, una valentía y una habilidad que demostraban que era digno desde todo punto de vista para Su alto cargo.

Como las revoluciones de una rueda, que al avanzar no obstante se repiten, se parecen las Vidas de Bahá'u'lláh y de 'Abdu'l-Bahá, tan parecidas eran Ellas en Sus lineamientos generales – el alternante flujo, y reflujo de persecución y honor; el tremendo desgaste substancial debido a la entrega de la luz y fuerza interiores, continuamente, día tras día, año tras año, a todos cuantos llegaban, por igual a los de baja como de alta condición; la profunda división interna entre hermano y hermano que se reprodujo en la vida de 'Abdu'l-Bahá con tanta semejanza en el detalle, en el sufrimiento, en el sentir, hasta parecer casi increíble.

Para aquellos que nunca conocieron al Profeta en persona, pero que conocieron a Su Hijo, parecía imposible que Bahá'u'lláh pudo haber sido más grande que 'Abdu'l-Bahá. Toda la sabiduría inmediata, que fluía libremente, la comprensión intuitiva, todo el amplio amor y simpatía, los poderes curativos de la mente, todos los detalles diarios de una vida vivida en la plenitud de las más nobles características humanas, se hallaban en 'Abdu'l-Bahá – pero aún así no era tan grande como Su Padre. Él era una proyección de Bahá'u'lláh, Su carácter era una marca del cuño profético, Su mente un espejo que reflejaba a la perfección las enseñanzas de esa Mente universal. Él era la Luna que, después de haberse puesto el Sol, reflejaba nuevamente sobre los hombres sus rayos para aún otra generación.

Si la descripción de las virtudes y poderes que distinguían las personalidades de Bahá'u'lláh y El Báb parece sujeta a duda para los de mentalidad escéptica, si la descartan como una historia del Oriente – la tierra de historias y perpetuo misterio – no pueden de hacer otro tanto con la personalidad de 'Abdu'l-Bahá, porque Él, a diferencia de Sus Predecesores, Quienes rara vez fueron vistos por ojos occidentales, no solamente Se movió entre occidentales por más de veinte años, sino que visitó el Occidente, fue tan lejos como a San Francisco durante una prolongada jira por los Estados Unidos, y estuvo un tiempo tanto en Inglaterra como en Francia. Sus disertaciones anotadas por escrito, dadas en el curso de los muchos meses durante los cuales viajó por Europa y América del Norte, la publicidad que recibió en la prensa, el diario de uno de Sus compañeros, varios libros y memorias escritas por bahá'ís así como referencias a Él que hicieron no bahá'ís en sus obras – todos llevan el mismo testimonio: que Su carácter era por cierto tan perfecto como jamás nos es dada observar.

'Abdu'l-Bahá en Inglaterra, sept. 2011

Desde 1892 hasta 1921, cuando falleció, 'Abdu'l-Bahá se dedicó a dos tareas principales; una fue la diseminación, interpretación y explicación de las Enseñanzas de Su Padre, y la otra la humanidad. Sería difícil decir si habló más o actuó más. Poseía una energía y celo, una devoción al deber y un sacrificio de Sí mismo que asombraban a todos quienes Le conocieron. Literalmente día y noche, aún hasta la última semana de Su vida – incluso hasta Su último día – sirvió a Sus congéneres. Distribuía limosnas, visitaba personalmente a los enfermos y a los necesitados, preguntaba por Su estado, les daba medicina, consejo, consuelo, sea cual fuese su necesidad. Se movía entre los mendigos en las calles y los ingleses y orientales con títulos que Le visitaban con la misma naturalidad, la misma amorosa simpatía y comprensión. Tenía una palabra para la anciana arrugada y analfabeta que deseaba descargar su chismoso corazón y una palabra para el hombre que iba a ser rey. Sus ojos azules sabios y suaves miraban a todos por igual con vivo interés y profunda comprensión de sus necesidades interiores. Ninguna palabra podría describirlo mejor que Sanador, porque curaba mentes emponzoñadas, corazones acongojados, cuerpos enfermos. Había logrado a la perfección lo que Él mismo puso en palabras tan hermosas: ***El secreto del domino de sí mismo es olvidarse de sí mismo.***

Por el ejemplo de Su maravillosa vida llamó a los hombres a un nivel más alto y difícil de alcanzar que cualquiera que hasta ahora se ha visto en el mundo, porque era el equivalente de ***"sé noble, sé puro en tus motivos, sé veraz, honrado y recto; sacrifícate por el bienestar de otros; no desprecies a tus congéneres no sea que Dios te desprecie por tu tonto y vano orgullo; sé amoroso y perdonador; no juzgues no vaya a ser que te juzguen".*** El título que Él eligió para Sí mismo fue ***"el Siervo de los siervos de Dios"*** y era típico de todo Su carácter y de cada una de Sus acciones. Desde que tuvo nueve años de edad, se puede decir con veracidad de Él que éste había sido el modelo de Su vida, un modelo que se definió cada vez con mayor fuerza y brillo a medida que transcurrían los años.

La visión de las marcas de cadenas en la carne de Su amado Padre, los tres destierros a que sobrevivió 'Abdu'l-Bahá, el odio malvado que había mostrado uno de Sus tíos, la pobreza y miseria que habían experimentado Él y Su familia, los sufrimientos personales y persecuciones que habían sido Su porción una y otra vez, nunca Lo amargaron. Sólo se había vuelto más noble, más tolerante, más amoroso, más radiante, más poderoso a medida que transcurrían los años. En verdad que había caminado en las huellas de Su Padre y había agregado un brillante resplandor propio al sin par e inapreciable fenómeno de una Nueva Religión Mundial establecida por dos Profetas de Dios.

****

El objeto de estos bocetos de la vida de El Báb y de Bahá'u'lláh y de 'Abdu'l-Bahá y de Su carácter es como sigue: que no importa cuán altisonante sean las ideas o principales de un individuo, no importa cuán grande sea su mente y cuán verídicas sean las cosas que predica, ellas comienzan y terminan en palabras a no ser que entren y formen parte integrante de su carácter. ¿Cómo distinguimos entre un filósofo y un Profeta? Un filósofo habla mucho y actúa, cuando más, sólo poco de acuerdo con lo que predica; en relación con lo que hace, un Profeta habla poco, pero entrega un constante ejemplo la esencia misma de Su doctrina.

¡Se puede hacer! Que resonante grito ha sido ese en el curso de las edades, desde los días del primer hombre que encendió fuego ante la vista de sus asombrados compañeros, hasta la época cuando, no hace mucho, un avión propulsado por un motor despegó del suelo para subir en el aire. Acción, no palabras, es la base de nuestras vidas en este mundo. Nos agrada soñar, visualizar esto o aquello, pero entre tanto nuestras vidas transcurren en una serie de acciones. A no ser que algo pueda ser demostrado en el hecho, no nos servirá de mucho en este mundo.

Bahá'u'lláh, El Báb, 'Abdu'l-Bahá, demostraron nuevamente que el hombre es, en realidad, un ser glorioso, muy, muy superior al animal; que cuando vive de acuerdo con sus propias Leyes, que son de Origen Divino y están adaptadas al carácter inmortal de su naturaleza, puede lograr el cumplimiento de sus propias potencialidades y puede expandir y llegar a ser un ser **humano** saludable, feliz, noble y normal. Esa es toda la lección objetiva de Sus Vidas. Ese es el meollo de Su Mensaje.

Podemos hacer petición de principios y decir, “Sí, pero Ellos fueron excepciones; nosotros, pobre gente ordinaria, ¿qué podemos hacer?” ¡Mucho! Ellos eran excepciones en cuanto a grado, en calibre interior, pero Sus acciones fueron emuladas por otros que eran ejemplos tan ordinarios de carne y sangre como usted y yo, pero que querían ser como Ellos, que volvieron el espejo de sus corazones hacia Su ejemplo con sinceras ansias de seguirlo. La vida de muchos de Sus seguidores mostró riqueza excepcional en todos los rasgos humanos más nobles. Las historias forman legión: de hombres ricos que no solamente abandonaron, en un momento y para siempre, sus hogares y sus fortunas para salir a unirse a sus compañeros en el campo del martirio, sino que se libraron de su riqueza mundana, bajo la forma de joyas y dinero, que descartaron con desprecio a la orilla del camino en sus ansias por unirse a sus compatriotas mientras cabalgaban al encuentro de su destino; de aquellos que dieron las pocas monedas que les quedaban o sus pertenencias como regalos para sus verdugos; de aquellos que cantaron – como lo hicieron los mártires cristianos en la arena de Roma – mientras marchaban al lugar de su muerte; de aquellas mujeres que abandonaron el

hogar, los hijos y finalmente la vida misma, por su religión; o, lo más extraño y conmovedor de todo, de aquellos niños mártires quienes afirmaron valientemente su creencia y, sin amilanarse, enfrentaron severas torturas y la muerte.

Estos seres Ejemplares y quienes Los emularon se levantan ante nosotros como vidas históricas testimoniadas. Pero a nosotros no se nos pide el sacrifico de la sangre vital y de todos los lazos terrenales; en realidad en estos tiempos más fáciles y de menos fanatismo puede que nunca nos sea pedido. Y si estos hombres, mujeres y niños sencillos del oriente atrasado, de una gente que no se ha destacado en manera alguna por cualidades tan excepcionales, pudieron levantarse a tan nobles alturas ¿por qué no podemos, usted y yo, cada uno en la medida que le es posible, enfrentar las necesidades de esta hora crítica por la que está pasando el mundo? Nuestros esfuerzos no serían solitarios; Su gloriosa tradición vive y se sigue manteniendo hoy. Ahora se encuentran bahá'ís en más de 335 países, territorios de importancia e islas del mundo[8], y la naturaleza progresiva y liberal del mensaje de Bahá'u'lláh no solamente está más ampliamente diseminada y universalmente aceptada, sino que su impacto sobre los fanáticos de todas las denominaciones – y su inevitable antagonismo – se siente más ampliamente. Es verdad que a los bahá'ís rara vez se les pide morir por sus creencias en estos días, pero no es infrecuente que, ya sean blancos, negros, asiáticos o de ancestro piel roja, se les torture, se les apalee, sean objeto de burlas, sean condenados a muerte o encarcelados de por vida a causa de su religión. En verdad, en el transcurso de los últimos años, por ningún otro motivo que sus creencias, han sido atacados y asesinados en Persia – la tierra que parece no cansarse nunca de perseguirlos.

[8] Total de bahá'ís en el mundo: más de 6.000.000
Países independientes donde está establecida la Fe Bahá'í: 187
Territorios o dependencias de ultramar donde está establecida la Fe Bahá'í: 45
Localidades donde residen bahá'ís: más de 116.000
Tribus, razas y grupos étnicos representados en la comunidad mundial bahá'í: más de 2.100

Capítulo XIII

Usted

Reforma mundial es reforma personal. Las antiguas máximas “el agua no puede subir sobre su propio nivel”, “una cadena es tan fuerte como su eslabón débil”, no son sino la verdad. Si a usted no le agradan las condiciones que le rodean, si desea ver cambios en la sociedad, comience consigo mismo. Eso es algo que está a la mano, siempre bajo su vista personal y que, noventa y nueve veces de cada cien, está muy necesitado de revisión. Porque es razonable concluir que **si usted es mejor el mundo será mejor**; habrá ese tanto más de oro en el mineral de la humanidad, porque uno de sus componentes será de mejor calidad.

Todos sabemos que la vida es una lucha; que para comer, vivir con cierto grado de comodidad, de tener incluso una medida pequeña de seguridad, hay que trabajar para lograrlos. Pero la mayoría de nuestros esfuerzos siguen la línea de menor resistencia. Trabajamos para ganarnos el sustento, estudiamos para mejorar nuestras mentes, ya sea por el agrado que nos da el saber o para obtener un mejor ingreso en algún campo especializado. Cuando se trata de hacer un verdadero esfuerzo con nosotros mismos, tenemos muchísimas excusas para no hacerlo. Somos espiritualmente flojos y dejados. En consecuencia, también estamos espiritualmente enfermos y desaliñados.

Hay dos problemas masivos y fundamentales sobre el planeta en la época actual. Todos los demás – la lucha entre diversas ideologías políticas y económicas, la carrera armamentista, las disputas cada vez más enconadas entre las naciones “que tienen” y las que “no tienen”, estados de guerra encarnizada si bien localizada, desempleo, contaminación ambiental y lo demás – todos ellos se esfuman como detalles relativamente pequeños cuando se las compara con los verdaderos problemas, que son los siguientes: **el hombre, como individuo y los hombres, como sociedad,** que habitan el planeta. Se requieren dos líneas paralelas de progreso y reforma para hacer que este mundo sea un lugar maravilloso para vivir: una en el carácter de cada individuo, la otra en las leyes que gobiernan y la conducta que distingue a las masas de la humanidad, sean estos grupos, naciones, o razas. En este último campo se están haciendo más esfuerzos, a lo mejor, nuevamente, porque es más fácil y requiere menos trabajo de nuestra parte, que en el primer caso. Entusiasmarse por la democracia o el comunismo o el socialismo; vociferar a favor de seguridad social, pensiones de vejez, libre comercio, las Naciones Unidas, un idioma internacional, el sufragio universal y lo demás, no necesita mucho esfuerzo interior de nuestra parte. **Desviamos la carga hacia**

todos. Aun nos deja totalmente libres para rebelarnos, para apalear a Juanito porque no deseamos controlar nuestro mal genio, para tener prejuicios, para ser egoístas, para ser hipócritas, para ser, en otras palabras, como un hombre-mono civilizado; un desajustado social de primera clase en lo interno. Pero de nada sirve. La verdadera caridad comienza en casa. Por **en casa léase interiormente**. **Cada una de las reformas necesarias y grandes que se están llevando a cabo en la actualidad, fracasarán finalmente en su objetivo, a no ser que los individuos comiencen a reformarse ellos mismos**. Después de la primera guerra mundial, se dieron grandes pasos de avances en todos los aspectos de la vida humana en conjunto. Mucho de lo que estamos tratando de establecerse en la actualidad se comenzó entonces; nosotros solamente estamos ampliando lo que nuestras mejores mentes visualizaron en fecha anterior, y estamos renovando nuestra determinación de llevarlo adelante. Pero ello no impidió la guerra de 1939-45. No impedirá otra más cataclísmica en el futuro – **nada lo hará excepto una reforma interior emprendida por cada hombre para sí mismo, por sí mismo, en sí mismo.**

Bahá'u'lláh dijo muy sucintamente: ***Aquel cuyas palabras exceden sus acciones, en verdad, su no ser es mejor que su ser y su muerte es preferible a su vida.*** Es hora que dejemos de decirle al otro sujeto lo que debe hacer y que le mostremos como nosotros lo hacemos. Ninguna otra cosa nos puede salvar de las fuerzas físicas que ahora nos da la ciencia y que, sin la guía de la conciencia, corren el peligro de destruir nuestro mundo civilizado. Hemos dado vida a un monstruo y él nos está mirando expectante y amenazador. Nuestro genio, nuestro gran genio humano, sin las limitaciones de una vida espiritual, se precipita hacia la maldad y la autodestrucción. No existen lazos que sean suficientemente fuertes como para mantenerlo bajo arnés en forma útil y que impidan que ataque con furia, excepto las cadenas de nuestro propio carácter. Si ha de haber alguna esperanza de que este mundo dé el fruto que ha prometido su semilla, la esperanza debe venir de adentro; porque todas las grandes fuerzas supra-animales del hombre son fuerzas interiores; su voluntad, su imaginación, su capacidad de trabajo creativo, su capacidad de amar sin egoísmo, con idealismo, su fe en sí mismo y en el Dios invisible que instintivamente siente que está detrás suyo y detrás del propio universo – estas fuerzas interiores deben ser cultivadas, dominadas, dirigidas.

Como se dijo al comienzo de estas páginas, la tarea no es tan difícil como parece. No es necesario que todo el mundo salga con alas, aureola y arpa de la noche a la mañana. Un coro fuerte y bien entrenado bastará para atraer el interés del auditorio. Se necesita una levadura, el fermento del ejemplo en esta masa moralmente fláccida y negativa de nuestra generación. Una vez que se propague la voz **¡Se puede hacer! ¡Empiece a trabajar sobre usted mismo; no es tan difícil como suena y uno se siente mejor después de ello!** la batalla se ganará. Todas las

reformas grandes, necesarias y en su mayor parte listas para ser usadas, que tenemos a mano en el mundo en la actualidad, en todos los departamentos de la vida humana, las haremos funcionar con éxito y aseguraremos que sean permanentes pues – fluirá la marea que es la única que puede lograrlo – la marea del carácter humano.

Hoy tenemos todo lo que necesitamos. El escenario está listo. Todo lo que hace falta es levantar la cortina y comenzar la acción.

Recibimos entre nosotros, en el siglo diecinueve, dos Mensajeros iluminados enviados desde la Fuente de nuestro ser – sea que queramos llamarlo nuestro ***Padre Celestial*** o la ***Esencia Infinita*** poco importa en cuanto a la diferencia que hace en relación con la Luz y Guía que confiere a todos los hombres. Todos los conceptos de reforma mundial de los que nos sentimos tan orgullosos y que ansiamos tanto que se implanten, fueron enunciados, amplificados, redefinidos o aclarados, según fuere el caso, por Bahá'u'lláh y por El Báb. Mejores formas de hacer las cosas, leyes actualizadas para el establecimiento de una sociedad mundial, nos fueron dadas por Ellos. La estructura está allí y en la actualidad se está construyendo activamente por Sus seguidores según los planes delineados por Shoghi Effendi, el Guardián de la Fe bahá'í, el bisnieto de Bahá'u'lláh y nieto mayor de 'Abdu'l-Bahá y por el cuerpo supremo gobernante elegido de los bahá'ís del mundo, la Casa Universal de Justicia. El poderoso árbol de la Divina Revelación que Persia, ayudaba posteriormente por Turquía, trató de desarraigar con tan endiablado ardor en la segunda mitad del siglo diecinueve y comienzo del siglo veinte, ha crecido a saltos y, regado por la mejor de todas las aguas, la sangre de los mártires, ha desarrollado raíces, ramas y hojas en todas parte del mundo.

El propósito de este libro no es exponer las múltiples enseñanzas dadas por estos Profetas Gemelos del siglo diecinueve para guía de la sociedad y mejoramiento del mundo. Sólo Su Ejemplo personal y lo que se podría llamar Su **“Prescripción para Vivir”** ha sido abordado en sus líneas más generales. Necesitamos ayuda, ayuda íntima y personal, con mucha urgencia. Antes de que se establezca la paz afuera, en la gran arena de la vida en común del hombre sobre este planeta, se debe lograr cierto grado de ella primero en lo interior. ¿Cómo podemos implantar nuevas leyes, apoyar nuevas políticas internacionales de largo alcance, avanzar unidos hacia nuestra meta de cooperación y coordinación mundiales, estar libres de necesidad y libres de temor, a no ser que nosotros mismos, individualmente, orientemos nuestras brújulas hacia algo seguro por lo cual guiarnos y tratemos de saber cuál es el lugar verdadero del ser humano en el diseño de lo que existe, cuáles son sus potencialidades, qué se requiere de él? Y permitamos que cada cual se pregunte, **¿qué puedo hacer yo mismo?**

Y mientras se hace usted esa pregunta, ponga ante su vista el cálculo de hoy, el cálculo que enfrenta a todo el mundo en una fórmula matemática muy sencilla.

Crédito: una nueva Religión mundial, constructiva, histórica, probada, disponible, lista para ser usada.

Débito: una nueva arma mundial – fuerza atómica, destructiva, histórica, probada, disponible, lista para ser usada.

Con todas las consecuencias que trae, la elección depende por entero de

USTED

Apéndice A

Cuando falleció la primera esposa de Muhammad, Sus parientes, casi un año después, Le persuadieron que acogiese en Su harén otras dos mujeres. Una era viuda, la esposa de uno de Sus primeros creyentes, que había sido desterrado a causa de Su Fe y que había muerto en el exilio. Era carente de interés desde todo punto de vista. Se casó con ella para darle un hogar y una recompensa por los sacrificios que había hecho en el sendero de Su Fe. La segunda era aún más asombrosa; era una niña de siete años de edad, evidentemente aún inmadura. Este matrimonio, al mirar retrospectivamente la historia de islam, es muy interesante. El padre de esta niña era uno de los primeros y más poderosos discípulos de la nueva Fe. Es evidente que, desde el mismísimo comienzo de su relación con el Fundador del islam, su propósito era mantener su propio prestigio y proteger sus propios intereses. Una de las mejores maneras de lograr esto, claro está, era hacer que Muhammad fuese su yerno. Este matrimonio le fue propuesto a Muhammad por el padre de la niña por intermedio de Su tía, y no al revés. Está de más decir que no se consumió hasta que ella llegó a la madurez, cuando su madre y su padre la trajeron a su Marido y la pusieron sobre Su regazo. Su padre fue el sucesor de Muhammad, por lo que podemos observar que cuando él se apresuró en unir a una niña de siete años con el Profeta, en los primeros días de Su ministerio, hizo un gesto que no carecía de estrategia.

Su cuarta esposa era la hija de otro de los primeros y poderosos adherentes a Su Causa. Bien podemos creer que este discípulo no iba a permitir que su amigo y rival fuese el único suegro del Profeta, cuando él mismo tenía también una hermosa hija suya a la mano. Fue casada con Muhammad, pero no era una virgen ya que quedó viuda cuando su marido murió luchando por el islam. En relación con esto, es interesante saber que la forma en que llegó a concretarse este matrimonio fue que, después de la muerte de su marido, su padre la ofreció a dos de los principales seguidores de Muhammad, cada uno de los cuales, a su vez, rehusaron cortésmente aceptarla ya que tenía reputación de muy mal genio. Su padre, furioso, llevó su queja a Muhammad diciendo que no podía tragar semejantes insultos, visto lo cual Muhammad tuvo la bondad de casarse con ella.

Su quinta esposa era una viuda de mediana edad de un primo Suyo que había muerto luchando por el islam. Falleció ocho meses después de su matrimonio con Él. Su sexta esposa también era una viuda cuyo marido había muerto por la Fe de Muhammad. Muhammad insistió en mostrarle honor y consideración al aceptarla en Su harén con sus niños. Su séptima esposa era Su propia prima en primer grado que se había divorciado de un otrora esclavo Suyo, con quien no era feliz. La

octava mujer que acogió en Su harén era una prisionera para la que no se había pagado rescate y cuya gente había muerto en combate, y la novena era una judía que también había quedado sin hogar, durante una batalla con su pueblo. La décima era, como había sucedido a menudo en Su vida, la viuda de uno de los primeros conversos a la Fe que había emigrado a Abisinia y había fallecido allí. La decimoprimera en entrar a Su harén era una hermosa joven copta de Egipto, que Le fue enviada como regalo por el gobernador romano, cuando Su suerte había llegado al punto en que gobernadores de las provincias romanas pensaban en hacerle tan señalado cumplido. No fue rechazada, sino por el contrario, fue tratada con gran afecto y Le dio un hijo, que murió en la infancia, para gran dolor del Padre. La decimosegunda esposa de Muhammad también era judía, la esposa de un jefe que murió en una batalla. La decimotercera era la viuda de uno de Sus primos y la hija del que era probablemente Su mayor enemigo.

Los detalles se han seleccionado de: **The Messenger**, *por R.V.C. Bodley. Book of the Month Club, New York.*[9]

[9] El Mensajero, por R.V.C.Bodley, Club del Libro de Mes, Nueva York. (N. del T.)

Apéndice B

Un oficial austriaco, capitán von Gumoens, en una carta a amigos en su patria, escribió lo siguiente: “Pero sígueme, amigo mío, tú que aseguras tener un corazón de ética europea, sígueme hacia los infelices, que, con los ojos vaciados, deben comer, en la escena de la acción, sin salsa, sus propias orejas amputadas; o cuya dentadura es arrancada con inhumana violencia por la mano del verdugo; o cuyos cráneos descubiertos son simplemente triturados por golpes de martillo; o donde el bazar se ilumina con las infelices víctimas, porque a la derecha y a la izquierda, la gente horada profundamente sus pechos y hombros y meten mechas encendidas en las heridas. Vi a algunos que arrastraban encadenados por el bazar, precedidos por una banda militar, en quienes estas mechas habían ardido a tal profundidad que la grasa ahora ardía convulsionada en las heridas como una lámpara que se acaba de extinguir. No es infrecuente que suceda que el incansable ingenio de los orientales dé lugar a nuevas torturas. Le arrancan la piel de la planta de los pies a los bábís empapan las heridas con aceite hirviendo, ponen herraduras como en un caballo y obligan a la víctima a correr. Ningún grito sale del pecho de la víctima; el tormento se soporta en oscuro silencio por los embotados sentidos del fanático; ahora debe correr; el cuerpo no puede soportar lo que ha resistido el alma; cae. ¡Denle el *coup de grace*! ¡pongan fin a su dolor! ¡No! ¡El verdugo levanta su látigo – esto lo he tenido que atestiguar personalmente – la infeliz víctima de cien torturas corre! Esto es el principio del fin. En cuanto al fin en sí, cuelgan los cuerpos chamuscados y perforados por las manos y los pies a un árbol, con la cabeza abajo y ahora cada persa puede probar su puntería con todo agrado desde una distancia determinada, pero no demasiado cerca, sobre la noble presa puesta a su disposición. Vi cadáveres destrozados por casi 150 balas… Cuando vuelvo a leer lo que he escrito me sobreviene el pensamiento de que aquellos que están contigo en nuestra muy querida Austria pueden dudar la completa verdad de este cuadro y me acusen de exageración. ¡Ojalá Dios no hubiera permitido que viviese para verlo! Pero por los deberes de mi profesión, desafortunadamente a menudo, muy a menudo, fui testigo de estas abominaciones. En la actualidad nunca dejo mi casa, para no encontrarme con nuevas escenas de horror. Después de su muerte los bábís son partidos en dos con un machete y se les clava al portón de la ciudad o se les arroja en la llanura como alimento para los perros y los chacales. De esta manera el castigo se extiende aún más allá de los límites de este mundo amargo, porque los musulmanes que no son sepultados no tienen derecho a entrar en el paraíso del Profeta. Como toda mi alma se rebela ante tal infamia, contra abominaciones tales como las que, según el

juicio de todos, presenta la época actual, no seguiré manteniendo mi conexión con el escenario de semejantes crímenes".

(Esta descripción de las persecuciones de 1852 apareció en **The Times** *y fue traducida nuevamente por E.G.Browne).*

Apéndice C

Cinco Oraciones de Bahá'u'lláh

He aquí cinco oraciones que tienen que ver con los aspectos más vitales de la vida humana: Dios, nosotros, los niños y la muerte. Las he colocado al final de este libro – aun cuando en justicia deberían venir al principio – porque mucha gente se aparta de inmediato de la oración en estos tiempos. Si usted hubiese abierto casualmente las primeras páginas de este libro y hubiese visto las oraciones, es posible que habría dicho: "Ah, es la misma cosa de siempre nuevamente; pensé que a lo mejor **Prescripción para Vivir** tenía algo nuevo…", habría cerrado el libro cuidadosamente y habría seguido su camino. Pero se me ocurrió, cuando revisé este volumen en 1977, que a lo mejor a la gente que había leído hasta el fin les gustaría leer estas oraciones, como muestras de pensamientos elevados en hermosa prosa inglesa[10], o como alimento para el alma - ¿quién sabe cuál de los dos le parecerá a usted? Para cada persona podrían significar algo, hacer algo diferente, y cada persona está libre para hacerlas suyas.

La primera explica la Divinidad, la Esencia Infinita, el Creador de todas las cosas, en términos majestuosos, casi científicos.

La segunda y tercera son un llamado en busca de iluminación y ayuda por parte de un ser débil y limitado a una Fuente cuyo Poder es infinito y que jamás puede ser restringido.

La cuarta es una oración para un niño y su bienestar.

La quinta es una oración para los muertos, que hay que admitir a primera vista que es una oración extraña que debe ser dicha en una forma extraña. La he incluido aquí a causa de una experiencia en mi propia vida, por si acaso alguna otra persona pudiese necesitarla y pudiese encontrar en ella un cordel fuerte al cual asirse en el vórtice del dolor y conmoción que a menudo vienen con la muerte. Yo adoraba a mi madre y estábamos tan estrechamente unidos de corazón como pueden estarlo alguna vez dos personas; ella falleció a causa de un ataque cardíaco en América del Sur y cuando me llegó la noticia en el otro lado del mundo, por primera vez en mi vida dije esta oración – sola en la agonía de mi repentina separación y dolor. Es la repetición de los sencillos versos al final de esta oración, diecinueve veces cada frase, que tiene un efecto tan poderoso sobre el espíritu apesadumbrado. Para mí,

[10] En este libro traducido, en prosa castellana

mientas los seguía repitiendo, eran como agua refrescante que caía sobre mi ardiente corazón. Me dio consuelo y me fortaleció y fue una de las experiencias más profundas de mi vida. Así es que posiblemente puede ser eso, en algún momento, para alguien que lea este libro. De allí que se incluya aquí. Leerla solamente es una experiencia filosófica, recitarla en lo profundo de nuestra agonía es una gracia curativa.

Una Oración Sobre Dios

Dios atestigua la unidad de Su Deidad, y la unicidad de Su propio Ser. Sobre el Trono de la Eternidad, de las inaccesibles alturas de Su rango, Su Lengua proclama que no hay otro Dios sino Él. El mismo, independientemente de todo lo demás, ha sido siempre testigo de Su propia unicidad, el revelador de Su propia naturaleza, el glorificador de Su propia esencia. Él, ciertamente, es el Todo-Poderoso, el Omnipotente, el Hermoso.

Él es supremo sobre Sus siervos, y cuida Sus criaturas. En Su mano está la fuente de autoridad y verdad. Hace vivir a los hombres mediante Sus signos, y hace que mueran por Su ira. No admite que se Le interrogue por Sus acciones y Su poder es capaz de todo. Él es Potente, Él que Todo lo Subyuga. Él sostiene en Sus manos el imperio de todas las cosas, y a Su diestra se encuentra el reino de Su Revelación. Su Poder, ciertamente, abarca a toda la creación. La victoria y el señorío son Suyos; todo poder y dominio son Suyos; toda gloria y grandeza son Suyos. Él, en verdad, es el Todo-Glorioso, el Más Potente, el Incondicionado.

Dos Oraciones para Nosotros

De las fragantes corrientes de Tu Eternidad dame de beber, oh mi Dios, y de los frutos del árbol de Tu Ser permíteme gustar, ¡oh mi Esperanza! ¡De las fuentes cristalinas de Tu Amor permitente beber, oh mi Gloria, y bajo la sombra de Tu eterna Providencia déjame habitar, oh mi Luz! ¡En las praderas de Tu proximidad, ante Tu Presencia, haz posible que pueda vagar, oh mi Bienamado, y a la diestra del Trono de Tu Misericordia siénteme, oh mi deseo! ¡De las perfumadas brisas de Tu alegría permite que un soplo llegue hasta mí, oh mi Objetivo, y a las alturas del paraíso de Tu Realidad déjame entrar, oh mi Adorado! ¡A las melodías de la paloma de Tu Unidad permíteme escuchar, oh Resplandeciente, y mediante el espíritu de Tu Fuerza y Tu Poder vivifícame, oh mi Proveedor! ¡En el espíritu de Tu Amor mantenme firme, oh mi Auxiliador, y en el sendero de Tu complacencia haz firmes mis pasos, oh mi Hacedor! ¡Dentro del jardín de Tu Inmortalidad, ante Tu Rostro, permíteme eternamente morar,

oh Tú Quien eres misericordioso conmigo, y sobre el asiento de Tu Gloria estableceme, oh Tu Quien eres mi Poseedor! ¡Hacia el cielo de Tu amorosa Bondad, elévame, oh mi Vivificador, y hacia el Sol de Tu Guía condúceme, oh Tú mi Atraedor! ¡Ante las revelaciones de Tu invisible Espíritu cítame para estar presente, oh Tú Quien eres mi origen y mi más elevado deseo, y a la esencia de la fragancia de Tu Belleza, que Tu manifestarás, hazme regresar, oh Tú Quien eres mi Dios!

Potente eres Tú para hacer lo que Te place. Tú eres, en verdad, el Más Exaltado, el Todo Glorioso, el Altísimo.

****

¡Crea en mí un corazón puro, oh mi Dios, y renueva una consciencia tranquila dentro de mí, oh mi Esperanza! ¡Mediante el Espíritu del Poder confírmame Tú en Tu Causa, oh mi Bienamado, y por la Luz de Tu Gloria revélame Tu Sendero, oh Tú el Objeto de mi deseo! ¡Mediante el Poder de Tu trascendente Fuerza, elévame hacia el Cielo de Tu Santidad, oh Fuente de mi ser, y por las Brisas de Tu Eternidad alégrame, oh Tú Quien eres mi Dios! ¡Permite que Tus eternas Melodías respiren tranquilidad en mí, oh mi Compañero, y deja que las riquezas de Tu antiguo Semblante me libren de todo excepto Tú, oh mi Maestro, y permite que las nuevas de la revelación de Tu incorruptible Esencia me traigan alegría, oh Tú Quien eres el Más Manifiesto de los manifiestos y el Más Oculto de los ocultos!

Oración para un Niño

Yo soy, oh mi Dios, sólo una pequeña semilla que Tú has sembrado en la tierra de Tu Amor, y has hecho crecer por la mano de Tu Munificencia. Esta semilla ansia, por lo tanto, en su más íntimo ser, las aguas de Tu Misericordia, y la fuente vivificante de Tu Merced. Haz descender sobre ella, desde el Cielo de Tu amorosa Bondad, aquello que le permitirá florecer bajo Tu Sombra y dentro de los confines de Tu Corte.

Una Oración para los Muertos

¡Oh mi Dios! Éste es Tu siervo y el hijo de Tu siervo quien ha creído en Ti y Tus signos, y ha vuelto su rostro hacia Ti, completamente desprendido de todo excepto de Ti. Tú eres, ciertamente, de aquellos quienes muestran misericordia, el Más Misericordioso.

Trátalo, oh Tú que perdones los pecados de los hombres y que ocultas sus faltas, según sea digno del Cielo de Tu Bondad y el Océano de Tu Gracia. Permítele entrar en los Recintos de Tu trascendente Misericordia que era antes del establecimiento de la tierra y del Cielo. No hay otro Dios fuera de Ti, el que Siempre Perdona, el Más Generoso.

Que entonces repita seis veces el saludo:

"Alláh'u'Abhá"

Y que después repita diecinueve veces cada uno de los siguientes versos:

Todos, ciertamente, adoramos a Dios.

Todos, ciertamente, nos inclinamos ante Dios.

Todos, ciertamente, somos devotos a Dios.

Todos, ciertamente, damos alabanzas a Dios.

Todos, ciertamente, damos gracias a Dios.

Todos, ciertamente, somos pacientes en Dios.

(Si la persona fallecida es una mujer, permítele decir:

Esta es Tu sierva y la hija de Tu sierva, etc…)

Bibliografía

Epístola al Hijo del Lobo: Bahá'u'lláh

Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh

Palabras Ocultas: Bahá'u'lláh

Kitáb-i-Iqán: El Libro de la Certeza: Bahá'u'lláh

Oraciones y Meditaciones de Bahá'u'lláh

La Proclamación de Bahá'u'lláh

La Sabiduría de 'Abdu'l-Bahá

Contestación a Unas Preguntas: 'Abdu'l-Bahá

Bahá'í World Faith: *compilaciones de Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá*

Dios Pasa: Shoghi Effendi

Bahá'u'lláh y la Nueva Era: *John Esslemont*

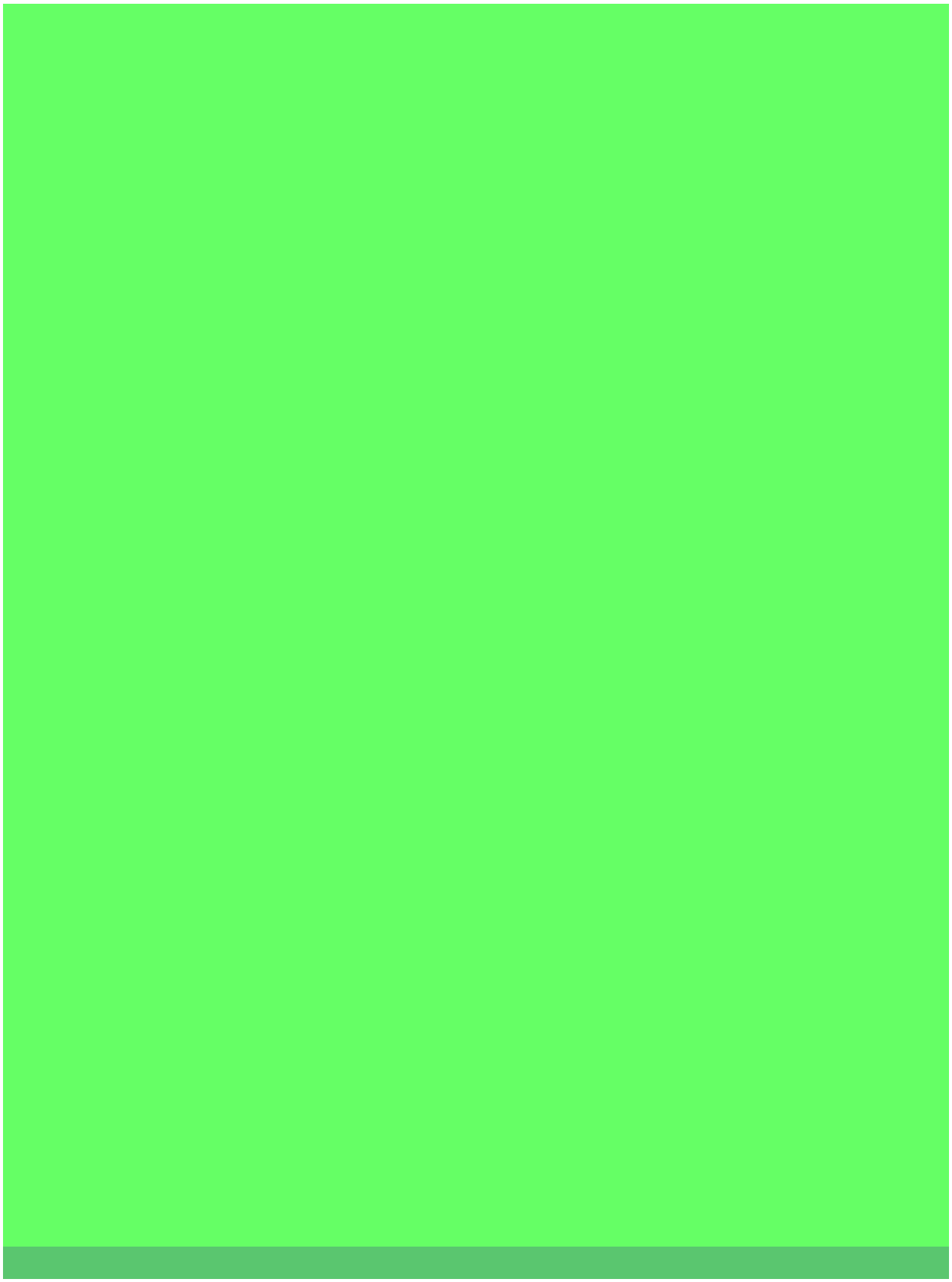
The Chosen Highway: *Lady Blomfield*

Los Rompedores del Alba: *la narración de Nabil, traducido por Shoghi Effendi*

Un Manual para Pioneros: *Rúhíyyih Khánum*

Portales a la Libertad: *Howard Colby Ives*

La Perla Inapreciable: *Rúhíyyih Khánum*

El Promedito de Todas las Edades: *George Towshend*

La Renovación de la Civilización: *David Hofman.*